



TROTSKY, per G. Zornike

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

El nuevo curso
(y anexos)
León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Wikipèdia en català
de la Universitat de València

Edicions Internacionals Sedov

Edicions internacionals Sedov



Germinal_1917@yahoo.es

Serie Trotsky inédito en internet y en castellano
3ª edición (con nuevos anexos)
Valencia 2022

Nueva presentación para serie **Obras escogidas de León Trotsky en español**

Todas las notas para los anexos han sido tomadas de *Cahiers Léon Trotsky* número 54, diciembre de 1994. La versión castellana de los nuevos anexos se hace también desde ese número de *CLT*

Prefacio	3
I El problema de las generaciones en el partido	5
II La composición social del partido.....	9
III Grupos y fracciones	13
IV El burocratismo y la revolución (Proyecto de informe que el autor luego no redactó)	19
V Tradición y política revolucionaria	23
VI La “subestimación” del campesinado	29
VII El Plan en la economía (<i>El decreto nº 1042</i>)	35
ANEXOS	44
Carta al radio de Krasnaya Presnia (8 de diciembre de 1923).....	45
El funcionarismo en el ejército y en otras partes	49
Sobre la soldadura entre la ciudad y el campo (... y sobre rumores falaces).....	52
Dos generaciones.....	56
Carta de los 46 al Politburó del Comité Central del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) (Plataforma de los 46).....	58
Carta a los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) (8 de octubre de 1923).....	63
Carta al Presidium de la Comisión Central de Control y al Politburó del Comité Central del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 19 de octubre de 1923	71
Carta a los miembros del Comité Central y de la Comisión de Control del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 23 de octubre de 1923	73
El régimen en el partido.....	73
La tentativa de implicar a Lenin en mis divergencias.....	75
La “subestimación” del papel del campesinado	79
El partido y el estado	81
De la dirección del Plan	82
Cuestiones de política exterior	83
Sobre la revolución alemana	84
Los elementos personales en la carta de los miembros del Politburó.....	85
La desconfianza frente al partido	87
Discurso en el Plenario Unificado del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 26 de octubre de 1923	88
Nota a la subcomisión del Politburó. 5 de diciembre de 1923	93
Carta al Comité Central del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 9 de diciembre de 1923	94
Carta al Politburó del Comité Central y al Presidium de la Comisión de Control Central. 13 de diciembre de 1923.....	95

Prefacio

Este opúsculo aparece con un retraso considerable debido a un problema de salud. Pero, después de todo, las cuestiones que aquí trato, recién han sido planteadas en la discusión llevada a cabo hasta el momento.

Alrededor de esos problemas, concernientes al régimen interno del partido y la economía del país, se levantaron durante la discusión nubes de polvo que con frecuencia forman un velo casi impenetrable y queman los ojos. Pero esto pasará. Las nubes de polvo, se disiparán y reaparecerán los contornos reales de los problemas. El pensamiento colectivo del partido extraerá progresivamente de las discusiones lo que le es necesario, adquirirá una mayor madurez y se volverá más seguro de sí mismo. Y, de esta manera, la base del partido se ampliará y su dirección, se fortalecerá.

Este es el sentido objetivo de la resolución del Comité Central sobre el “nuevo curso” del partido, cualesquiera sean las interpretaciones restrictivas de que es objeto. Todo el trabajo anterior de depuración del partido, el mejoramiento de su instrucción política, de su nivel teórico y del nivel de preparación de sus funcionarios sólo puede lograr su punto óptimo en la ampliación e intensificación de la actividad autónoma de todo el partido, actividad que es la única garantía seria contra todos los peligros inherentes a la nueva política económica y a la lentitud del desarrollo de la revolución europea.

Pero es indudable que el “nuevo curso” del partido sólo puede ser un medio y no un fin en sí mismo. Se puede decir que el valor del período será determinado exactamente en la medida en que nos facilite la solución de nuestra labor económica.

La administración de nuestra economía estatal es necesariamente centralizada. La consecuencia de esto en los primeros tiempos fue que los problemas y las divergencias de opiniones vinculados a la dirección económica central estuvieron limitados a un círculo estrecho de personas. La elaboración colectiva del partido aún no se abocó directamente al estudio de los problemas y de las dificultades fundamentales de la dirección centralizada y racionalizada de la economía estatal. Aún en el XII Congreso, los problemas relativos al plan de la economía sólo fueron abordados, en resumidas cuentas, de un modo formal. Esto explica en gran medida que las vías y los métodos establecidos en la resolución de ese congreso casi no fueron aplicados hasta ahora y que el Comité Central debió plantear nuevamente la cuestión de la necesidad de llevar a la práctica las decisiones económicas del XII Congreso, en particular las relacionadas con el Gosplan.

Pero esta vez también la decisión del Comité Central fue acogida por diferentes sectores con reflexiones escépticas sobre el Gosplan y la realización del plan por parte de la dirección. Ese escepticismo no recubre ningún pensamiento creador, ninguna teoría, nada serio. Y si ese escepticismo barato es tolerado en el partido es precisamente porque el pensamiento colectivo del partido aún no abordó claramente los problemas de la dirección centralizada y racionalizada de la economía. Sin embargo, de la realización fructífera de esas decisiones depende totalmente la suerte de la revolución.

En su último capítulo este opúsculo aborda el problema de las relaciones entre el plan y la dirección, a propósito de un ejemplo particular que no hemos elegido arbitrariamente, sino que nos fue impuesto por la discusión interna del partido. Es de esperar que en la próxima etapa el pensamiento del partido aborde todos estos problemas de manera mucho

más concretamente de como lo hizo hasta ahora. A quien sigue como espectador (y tal es ahora mi situación) la actual discusión económica, le parece que el partido ha retrocedido un año para interpretar de una manera más crítica las decisiones del XII Congreso. De ello resulta que los problemas que de alguna manera eran el monopolio de un círculo estrecho concentran ahora poco a poco la atención de todo el partido. Por mi parte, sólo puedo aconsejar a los camaradas que afrontan los problemas económicos que estudien atentamente los debates del XII Congreso sobre la industria y los relacionen convenientemente con la discusión actual. Espero poder volver sobre estos problemas muy pronto.

Es preciso reconocer que durante la discusión oral y escrita del partido aparecieron una gran cantidad de “hechos” y de informaciones que no tienen nada en común con la realidad y representan, para emplear un eufemismo, el fruto de inspiraciones pasajeras. De ello damos prueba en este libro. Recurrir a medios tan “contundentes” significa en el fondo una falta de respeto hacia el partido. Y, según mi parecer, este último debe responder a esos procedimientos con una verificación minuciosa de las citas, cifras y hechos presentados. Esto constituye para el partido un excelente medio de educar a las masas y de educarse a sí mismo.

Nuestro partido es lo suficientemente maduro como para no ser obligado a refugiarse en la apatía o, por el contrario, en el furor de la discusión. Un régimen más estable de democracia asegurará a nuestra discusión el carácter que debe tener y enseñará a presentar al partido solamente datos cuidadosamente verificados. En tal sentido, la opinión pública del partido debe formarse en el arte de la crítica despiadada. Las células de fábrica, en su experiencia diaria, deben verificar los datos de la discusión y sus conclusiones. También sería muy útil que la juventud estudiantil tomara como base de sus trabajos históricos, económicos y estadísticos, la verificación minuciosa de los datos empleados en la discusión actual del partido y sobre los cuales éste basará sus decisiones en el futuro.

Vuelvo a repetir que la adquisición más importante que el partido ha hecho, y que debe conservar, consiste en el hecho que las cuestiones económicas capitales, que antes eran resueltas en el seno de organismos restringidos, se han convertido en el centro de atención de la masa del partido. Entramos en un nuevo período. Las nubes de polvo levantadas por la discusión se disiparán, los datos falsos serán rechazados por el partido y éste mantendrá los ojos fijos en las cuestiones fundamentales de la organización económica. Con ello, la revolución saldrá ganando.

León Trotsky

Post-Scriptum: Este opúsculo contiene, además de los capítulos publicados en Pravda, algunos capítulos nuevos: “El burocratismo y la revolución”, “Tradición y política revolucionaria”, “La “subestimación” del campesinado”, “La planificación en la economía”. En cuanto a los artículos ya publicados, los reproduzco aquí sin cambiar una línea, lo que permitirá al lector juzgar en qué medida su sentido ha sido y algunas veces es monstruosamente desnaturalizado a lo largo de la discusión.

I El problema de las generaciones en el partido

En una de las resoluciones adoptadas durante la discusión de Moscú, sus firmantes se lamentaban de que el problema de la democracia en el partido se hubiera complicado con las discusiones sobre las relaciones generacionales, con ataques personales, etc. Este reproche evidencia una cierta confusión en las ideas. Los ataques personales y las relaciones generacionales son dos cosas muy diferentes. Si se planteara ahora el problema de la democracia sin analizar la composición del partido, tanto desde el punto de vista social como del de la edad y de la experiencia política, no se podría llegar a ninguna conclusión.

No es casual que el problema de la democracia se haya planteado primeramente como un problema de las relaciones entre las diversas generaciones. Ese es el resultado lógico de toda la evolución de nuestro partido, cuya historia puede dividirse esquemáticamente en cuatro períodos: a) la preparación, que duró un cuarto de siglo y que finalizó en octubre; b) octubre; c) el período posterior a octubre; d) el “nuevo curso”, es decir, el período en el que entramos ahora.

A pesar de su riqueza, su complejidad y la diversidad de las etapas realizadas, hoy comprendemos que el período anterior a octubre sólo tuvo un carácter preparatorio. Octubre permitió verificar la ideología y la organización del partido y de sus militantes. Por octubre entendemos el período más agudo de la lucha por el poder que puede fijarse, aproximadamente, en las *Tesis de abril* de Lenin y que termina con la toma del aparato del Estado.

Aunque sólo duró algunos meses, es tan importante, por su contenido, como todo el período de preparación que se mide en años y en decenas de años. Octubre, no sólo nos ofreció una verificación infalible, única en su género, del pasado del partido, sino que se convirtió en una fuente de experiencia para el futuro. Gracias a octubre, el partido pudo, por primera vez, valorarse en su justa medida.

La conquista del poder fue seguida de un crecimiento rápido, casi anormal, del partido, que atrajo a sus filas no sólo a trabajadores poco conscientes sino, también, a ciertos elementos totalmente extraños a su espíritu: funcionarios, arribistas y politiqueros. En este período caótico, el partido únicamente conservó su naturaleza bolchevique gracias a la dictadura interna de la vieja guardia que había demostrado sus aptitudes en octubre. En todos los problemas, de mayor o menor importancia, los nuevos miembros aceptaron entonces, casi sin discusión, la dirección de la vieja generación. Los arribistas consideraban esta docilidad como el mejor medio para consolidar su situación dentro del partido. Pero sus cálculos fallaron. Mediante una depuración rigurosa de sus propias filas, el partido se desembarazó de ellos. Los efectivos del partido disminuyeron, pero su conciencia aumentó. Esta autoverificación, esta depuración, hicieron que el partido, después de octubre, se sintiera por primera vez un colectivo cuya tarea no era simplemente la de dejarse conducir por la vieja guardia sino la de examinar y decidir por sí mismo los problemas esenciales de la política. En este sentido, el período crítico de la depuración constituye, en cierto modo, la preparación para ese cambio profundo que ahora se manifiesta en la vida del partido y que seguramente entrará en su historia bajo el nombre de “nuevo curso”.

Es preciso tener bien en claro una cosa: la esencia de las diferencias y de las dificultades actuales no reside en el hecho que los “secretarios” hayan exagerado la nota en ciertos aspectos y debe llamárseles al orden, sino en que *el conjunto del partido se dispone a pasar a una fase histórica más elevada*. Es como si la masa de los comunistas dijese a los dirigentes: “Compañeros, vosotros tenéis la experiencia anterior a octubre de la que la mayoría de nosotros carecemos; pero bajo vuestra dirección hemos adquirido

después de octubre una gran experiencia, que cada día se vuelve más digna de consideración. Y queremos no sólo ser dirigidos por vosotros sino participar en la dirección del proletariado. Lo queremos no solamente porque es nuestro derecho en cuanto miembro del partido sino también porque es absolutamente necesario para que la clase obrera avance. Sin nuestra experiencia, debida al hecho de estar en la base del partido, experiencia que no debe simplemente ser tenida en cuenta en las esferas dirigentes, sino que debe ser introducida por nosotros mismos en la vida del partido, el aparato dirigente se burocratiza y nosotros, comunistas de base, no nos sentimos suficientemente armados ideológicamente ante los sin partido.”

El viraje actual es, como ya lo he dicho, el resultado de toda la evolución anterior. Desde hace mucho tiempo era preparado a través de procesos moleculares, invisibles a primera vista, en la vida y la conciencia del partido. La crisis económica imprimió un fuerte impulso al pensamiento crítico. La noticia de los acontecimientos de Alemania ha conmovido al partido. En ese momento se ha visto con particular claridad que el partido vive, de alguna manera, en dos niveles: el nivel superior, donde se decide, y el nivel inferior, que se limita a tomar conocimiento de las decisiones. Sin embargo, la revisión crítica del régimen interno del partido se ha visto aplazada por la espera ansiosa del desenlace, que parecía próximo, de los acontecimientos de Alemania. Cuando se comprendió que ese desenlace resultaba retrasado por la fuerza de las cosas, el partido puso al orden del día el problema del “nuevo curso”.

Como sucede frecuentemente en la historia, es precisamente durante estos últimos meses cuando el aparato evidenció sus rasgos más negativos e intolerables: aislamiento de la masa, suficiencia burocrática, total desprecio por el estado de ánimo, las opiniones y las necesidades del partido. Impregnado de burocratismo, rechazó desde un comienzo, con una violencia hostil, los intentos de discutir el problema de la revisión del régimen interno del partido.

Esto no quiere decir, por cierto, que el aparato se componga únicamente de elementos burocratizados ni, menos aun, de burócratas declarados e incorregibles. El periodo crítico actual ayudará a la mayoría de sus miembros a comprender el sentido de esta discusión y les hará renunciar a muchos de sus errores. El reagrupamiento ideológico y orgánico que surgirá del viraje actual tendrá, a fin de cuentas, consecuencias beneficiosas tanto para la masa de comunistas como para el aparato. Pero en este último, tal como aparece en el umbral de la crisis actual, el burocratismo ha alcanzado un desarrollo excesivo, verdaderamente alarmante. Y este hecho es lo que da al reagrupamiento ideológico actual un carácter de urgencia, surgido de legítimos temores.

Así, hace dos o tres meses, el solo hecho de señalar el burocratismo del aparato, la autoridad excesiva de los comités y de los secretariados, era recibido entre los representantes responsables del “viejo curso” en las organizaciones centrales y locales con encogimientos de hombros o protestas indignadas. ¿Los nombramientos convertidos en sistema? Pura imaginación. ¿Formalismo, burocratismo? Invenciones, oposición por el único placer de oponerse, etc., etc. Esos camaradas, con toda sinceridad, no observaban el peligro burocrático que ellos mismos representan. Sólo bajo la presión de la base han comenzado, poco a poco, a reconocer que realmente había manifestaciones de burocratismo, pero únicamente en ciertas regiones y distritos, y que por otra parte no era sino una desviación momentánea, etc. Según ellos, el burocratismo era un mero resabio del periodo de guerra, es decir un fenómeno en vías de desaparición. Inútil explicar cuán falsa es esta concepción y explicación del estado de la cuestión.

El burocratismo no es una característica momentánea de algunas organizaciones provinciales sino un fenómeno general. No va del distrito a la organización central por intermedio de la organización regional sino más bien de la organización central al distrito

por intermedio de la organización regional. No es de ningún modo un “resabio” del período de guerra, sino que surge a raíz de haberse transferido al partido los métodos y los procedimientos administrativos acumulados durante estos últimos años. Por más exageradas que fuesen algunas veces las formas que revistió, el burocratismo del período de guerra era insignificante en comparación con el actual burocratismo, que se ha desarrollado en tiempos de paz mientras que el aparato, a pesar de la madurez ideológica del partido, continuaba obstinadamente pensando y decidiendo por sí mismo.

Es por ello que, desde el punto de vista de los principios, la resolución del comité central sobre la organización del partido tiene una gran importancia, de la que el partido debe darse cuenta claramente. Sería indigno, en efecto, considerar que el sentido profundo de las decisiones tomadas se reduce a modificaciones técnicas en la organización y que se pretenda limitar a reclamar de los secretarios y comités más “suavidad” y “solicitud” hacia la masa. *La resolución del comité central habla de “nuevo curso”*. El partido se prepara para entrar en una nueva fase de desarrollo. No se trata, por cierto, de romper los principios de organización del bolchevismo, como algunos intentan hacer creer, sino de aplicarlos a las condiciones de la nueva etapa del partido. Ante todo, se trata de instaurar relaciones más sanas entre los viejos cuadros y la mayoría de los miembros que han entrado al partido después de octubre.

La preparación teórica, el temple revolucionario, la experiencia política representan nuestro capital fundamental, cuyos principales exponentes son los viejos cuadros del partido. Por otra parte, el partido es esencialmente una organización democrática, es decir, un colectivo cuya orientación depende del pensamiento y de la voluntad de todos. Es claro que, en la situación complicada del período inmediatamente posterior a octubre, el partido podía abrirse paso tanto mejor cuanto más utilizaba en su totalidad la experiencia acumulada por la vieja generación, a cuyos representantes confiaba los puestos más importantes en la organización. El resultado de ese estado de cosas fue que, desempeñando el papel de director del partido y absorbida por los problemas de administración, la vieja generación se habituó a pensar y a decidir por el partido e instaurar preferentemente para las masas comunistas métodos puramente escolares, pedagógicos, de participación en la vida política: cursos de instrucción política elemental, verificación de las nociones, escuelas del partido, etc. De aquí proviene el burocratismo del aparato, su aislamiento con relación a las masas, su existencia como un organismo separado, en una palabra, todas las características que constituyen el aspecto profundamente negativo del “viejo curso”. El hecho de que el partido viva en dos niveles distintos implica numerosos peligros, a los que ya me he referido en mi carta sobre los viejos y los jóvenes. (Por “jóvenes” entiendo evidentemente no sólo a los estudiantes sino a toda la generación incorporada al partido después de octubre y, en primer lugar, a los jóvenes de las células de fábrica.) ¿Cómo se ha manifestado el malestar cada vez más profundo dentro del partido? En el hecho que la mayoría de los miembros se decían a sí mismos: “Por más que el aparato piense y decida bien o mal, siempre piensa y decide sin nosotros y en nuestro lugar. Cuando creemos necesario manifestar una incomprensión, una duda, o expresar una objeción o una crítica, se nos llama al orden, se apela a la disciplina. La mayoría de las veces se nos acusa de actuar como opositores o de querer constituir fracciones. Estamos dedicados por entero al partido y dispuestos a sacrificar todo por él. Pero queremos participar activa y conscientemente en la elaboración de sus decisiones y en la elección de sus formas de acción.” Las primeras manifestaciones de este estado de ánimo pasaron indudablemente inadvertidas, el aparato dirigente no las tuvo en cuenta y ésa fue una de las principales causas de la formación de grupos, cuya importancia es inútil exagerar, pero cuyo alcance no se puede desconocer y que debe constituir para nosotros una advertencia.

El peligro fundamental del “viejo curso”, resultante de causas históricas generales, así como de nuestros errores particulares, consiste en que el aparato manifiesta una tendencia progresiva a oponer a algunos millares de camaradas que forman los cuadros dirigentes con el resto de la masa que se convierte para ellos sólo en un medio de acción. Si ese estado de cosas persistiese, se correría el riesgo de provocar a la larga una degeneración del partido en sus dos polos, es decir entre los jóvenes y los cuadros. En lo que concierne a la base proletaria del partido, las células de fábrica, los estudiantes, etc., el peligro es evidente. Al no sentir que participan activamente en el trabajo general del partido y no ver satisfechas sus aspiraciones, numerosos comunistas buscarían un sucedáneo de actividad bajo la forma de grupos y de fracciones de toda clase. Precisamente en ese sentido hablamos de la importancia sintomática de grupos tales como el “grupo obrero”.

Pero no menos grande es, en el otro extremo, el peligro de ese régimen que ha durado demasiado y que se ha convertido para el partido en sinónimo de burocratismo. Sería ridículo no comprender, o negarse a ver, que la acusación de burocratismo formulada en la resolución del comité central está dirigida contra los cuadros del partido. No se trata, con relación a la línea ideal, de desviaciones aisladas en el plano práctico sino de política general del aparato, de su tendencia profunda. ¿El burocratismo implica un peligro de degeneración? Sólo un ciego podría negarlo. En su desarrollo gradual, el burocratismo amenaza con separar a los dirigentes de la masa, con llevarlos a concentrar únicamente su atención en los problemas administrativos, en las designaciones; amenaza también con restringir su horizonte, debilitar su sentido revolucionario, es decir, provocar una degeneración más o menos oportunista de la vieja guardia o al menos de un sector considerable de ésta. Esos procesos se desarrollan lenta y casi insensiblemente, pero se revelan de manera brusca. Para considerar a esta advertencia, basada en la previsión marxista objetiva, como un “ultraje”, un “atentado”, etc., es preciso en realidad la susceptibilidad recelosa y la altanería de los burócratas.

¿Pero *realmente* el peligro de esa degeneración es grande? El hecho de que el partido haya comprendido este peligro y haya tratado de remediarlo (lo que provocó en particular la resolución del comité central) evidencia su profunda vitalidad y, al mismo tiempo, revela el antídoto poderoso de que dispone contra el veneno burocrático. Esta es la principal garantía de su integridad en tanto que partido revolucionario. Pero si el “viejo curso” tratase de mantenerse a cualquier precio, por medio de la restricción en la admisión de militantes, una selección más severa o la intimidación, en una palabra, por medio de procedimientos que ponen de manifiesto una desconfianza con respecto al partido, el peligro efectivo de degeneración de un sector considerable de los cuadros aumentaría inevitablemente.

El partido no puede vivir únicamente de las reservas del pasado. Es suficiente que el pasado haya preparado al presente, pero es preciso que el presente esté ideológica y prácticamente a la altura del pasado para preparar el futuro. La tarea del presente es la de desplazar el centro de la actividad en dirección a las bases.

Pero quizás se diga que este desplazamiento del centro de gravedad no se efectúa de golpe; el partido no puede “arrumbar” a la vieja generación y comenzar inmediatamente una nueva vida. No vale la pena detenerse en este argumento, tontamente demagógico. Pretender desechar a la vieja generación sería una locura. Lo que es preciso es que esta vieja generación cambie de orientación y así pueda ejercer en el futuro una influencia preponderante sobre toda la actividad autónoma del partido. Es preciso que considere al “nuevo curso” no como una maniobra, un procedimiento diplomático o una concesión momentánea sino como una nueva etapa en el desarrollo político del partido, para mayor beneficio de la generación dirigente y del conjunto del partido.

Pravda, 29 de diciembre de 1923

II La composición social del partido

La crisis interna del partido no se limita, por supuesto, a las relaciones entre generaciones. Históricamente, en un sentido más amplio, su solución está determinada por la composición social del partido y, sobre todo, por la proporción de células de fábrica y de proletarios industriales.

Después de la toma del poder, la primera preocupación de la clase obrera fue crear un aparato estatal (ejército, órganos de dirección de la economía etc.). Pero la participación de los obreros en los aparatos estatal, cooperativo y otros implicaba un debilitamiento de las células de fábrica y un aumento excesivo, dentro del partido, del número de funcionarios, fuesen o no de origen proletario. Aquí reside el problema. Y sólo se podrá resolver por medio de progresos económicos considerables, de un fuerte impulso dado a la vida industrial y de una constante afluencia de obreros manuales a las filas del partido.

¿Con qué rapidez se efectuará ese proceso fundamental, a través de qué flujos y reflujos pasará? Por el momento, es difícil preverlo. En el estado actual de nuestro desarrollo económico es preciso hacer, evidentemente, todo lo posible para atraer hacia el partido a la mayor cantidad posible de obreros que trabajan en fábricas. Pero no se logrará modificar seriamente la composición del partido (de modo, por ejemplo, que las células de fábrica constituyan sus dos terceras partes) sino muy lentamente, y sólo apoyándose en notables progresos económicos. En todo caso, debemos prever un período aún muy largo durante el cual los miembros más experimentados y activos del partido (incluidos naturalmente los comunistas de origen proletario) serán absorbidos por diferentes funciones del aparato estatal, sindical, cooperativo y del partido. Y por eso mismo, este hecho implica un peligro, ya que es una de las fuentes del burocratismo.

La educación de la juventud ocupa y ocupará necesariamente en el partido un lugar excepcional. Pero al formar en nuestras universidades obreras, nuestras facultades, nuestros establecimientos de enseñanza superior, al nuevo contingente de intelectuales, que cuenta con una gran proporción de comunistas, separamos a los jóvenes elementos proletarios de la fábrica no solamente durante el período de sus estudios sino generalmente para toda su vida. En efecto, la juventud obrera que ha pasado por las escuelas superiores estará, en realidad, totalmente afectada al aparato industrial, estatal o al del partido. Ese es el segundo factor de destrucción del equilibrio interno del partido en detrimento de sus núcleos fundamentales: las células de fábrica.

El problema del origen, proletario, intelectual o de otro tipo, de los comunistas tiene evidentemente importancia. En el período inmediatamente posterior a la revolución, la profesión ejercida antes de octubre parecía hasta decisiva. En efecto, la asignación de los obreros a una determinada función soviética era considerada una medida provisional. Actualmente, en ese sentido, se ha verificado un cambio profundo. Es indudable que los presidentes de comités regionales o los comisarios de divisiones, cualquiera sea su origen, representan un tipo social determinado, independientemente del origen de cada uno de ellos. Durante estos seis años se han formado en el régimen soviético grupos sociales bastante estables.

Así, en la actualidad, y por un período relativamente bastante largo, un sector considerable del partido, representado por los comunistas más competentes, es absorbido por los diferentes aparatos de dirección y de administración civil, militar, económico, etcétera. Otro sector, igualmente importante, está dedicado a estudiar. Un tercer sector

está disperso por el campo y se dedica a la agricultura. Sólo la cuarta categoría (que en la actualidad representa menos de la sexta parte de los afiliados) está compuesta por proletarios que trabajan en las fábricas. Es evidente que el desarrollo del aparato del partido y la burocratización inherente a ese desarrollo son originados no por las células de fábrica vinculadas entre sí por medio del aparato, sino por todas las otras funciones que el partido ejerce a través de los aparatos estatales de administración, de gestión económica, de mando militar, de enseñanza. En otras palabras, la fuente del burocratismo radica en la creciente concentración de la atención y de las fuerzas del partido en las instituciones y aparatos gubernamentales y en la lentitud del desarrollo de la industria.

Este estado de cosas debe hacernos comprender los peligros de degeneración burocrática de los cuadros del partido. Seríamos fetichistas si consideráramos a estos cuadros (por el solo hecho de haber seguido la mejor escuela revolucionaria del mundo) al margen de todo peligro de empobrecimiento ideológico y de degeneración oportunista. La historia es hecha por los hombres, pero los hombres no siempre hacen conscientemente la historia, incluso la suya propia. En definitiva, el problema será resuelto por dos grandes factores de importancia internacional: la marcha de la revolución en Europa y la rapidez de nuestro desarrollo económico. Pero sería un error el atribuir de modo fatalista toda la responsabilidad a estos dos factores objetivos, así como buscar garantías únicamente en un radicalismo subjetivo heredado del pasado. En la misma situación revolucionaria, y en las mismas condiciones internacionales, el partido resistirá en mayor o menor medida a las tendencias desorganizadoras según sea más o menos consciente de los peligros y los combata con mayor o menor vigor.

Es evidente que la heterogeneidad de la composición social del partido, lejos de debilitar los aspectos negativos del “viejo curso”, los agrava al extremo. El único medio de triunfar sobre el corporativismo, sobre el espíritu de casta de los funcionarios, es realizar la democracia. Conservando la “calma”, el burocratismo divide al partido y afecta igualmente, aunque de manera diferente, a las células de fábrica, a los trabajadores en el campo de la economía, a los militares y a la juventud estudiantil.

Esta última, como habíamos visto, reacciona de manera particularmente vigorosa contra el burocratismo. Lenin había propuesto, justamente, para combatir el burocratismo, recurrir decididamente a los estudiantes. Debido a su composición social y a sus vinculaciones, los jóvenes estudiantes son un reflejo de todos los grupos sociales de nuestro partido, así como de su estado de ánimo. Su sensibilidad y su ímpetu los llevan a imprimir inmediatamente una fuerza activa a ese estado de ánimo. Como *estudian*, se esfuerzan por explicar y generalizar. Esto no quiere decir que todos sus actos y estados de ánimo reflejen tendencias sanas. Si así ocurriese, significaría, y no es nuestro caso, o que todo marcha bien en el partido o que la juventud ya no es el reflejo del partido.

En principio, es justo afirmar que nuestra base no son los establecimientos de enseñanza sino las células de fábrica. Pero al decir que la juventud es nuestro barómetro, asignamos a sus manifestaciones políticas un valor no esencial sino sintomático. El barómetro no crea el tiempo, se limita a registrarlo. En política, el tiempo se forma en las profundidades de las clases y en los campos donde estas últimas entran en contacto entre sí. Las células de fábrica crean una vinculación directa entre el partido y la clase, esencial para nosotros, del proletariado industrial. Las células rurales sólo crean una vinculación mucho más débil entre el partido y el campesinado. Estamos ligados al campesinado principalmente a través de las células militares ubicadas en condiciones especiales. En cuanto a los jóvenes estudiantes, provenientes de todos los sectores y capas de la sociedad soviética, reflejan en su composición heterogénea todos nuestros defectos y nuestras cualidades, y sería una necedad no conceder la mayor atención a su estado de ánimo. Además, un sector considerable de nuestros nuevos estudiantes son comunistas que han

tenido una experiencia revolucionaria bastante importante. Y los partidarios más obstinados del “aparato” se equivocan enormemente al despreciar a esta juventud que es nuestro medio de autocontrol, que deberá tomar nuestro lugar y a la que pertenece el futuro.

Pero volvamos al problema de la heterogeneidad de los grupos del partido separados entre sí por sus funciones en el estado. Repitamos que el burocratismo del partido no es un resabio del período anterior en vías de desaparecer sino, por el contrario, un fenómeno esencialmente nuevo, originado por nuevas tareas, nuevas funciones, nuevas dificultades y nuevos errores del partido.

El proletariado realiza su dictadura por medio del estado soviético. El partido comunista es el partido dirigente del proletariado y, en consecuencia, de su estado. El problema consiste en ejercer activamente ese poder sin fundir al partido con el aparato burocrático del estado con el objeto de no exponerse al riesgo de una degeneración burocrática.

Los comunistas se hallan agrupados de manera diferente según estén en el partido y en el aparato del estado. En este último, están dispuestos jerárquicamente en relación con los otros comunistas y los sin partido. En el partido, son todos iguales, en lo que concierne a la determinación de las tareas y de los métodos de trabajo fundamentales. Los comunistas trabajan en las fábricas, forman parte de los comités de fábrica, administran las empresas, los trusts, los sindicatos, dirigen el Consejo de Economía Nacional, etcétera. En la dirección de la economía, el partido tiene y debe tener en cuenta la experiencia, las observaciones y la opinión de todos sus miembros ubicados en los diferentes niveles de la escala de la administración económica. La ventaja esencial e incomparable de nuestro partido consiste en que puede, en todo momento, observar la industria con los ojos del tornero comunista, del especialista comunista, del director comunista, del comerciante comunista, reunir la experiencia de esos trabajadores que se completan entre sí, extraer los resultados y determinar así su línea de dirección de la economía en general y de cada empresa en particular.

Es evidente que esta dirección sólo es realizable sobre la base de la democracia viva y activa dentro del partido. Cuando, por el contrario, los métodos del “aparato” prevalecen, la dirección ejercida por el partido cede el lugar a la administración ejercida por sus órganos ejecutivos (comité, oficina, secretaría, etc.). Al reforzarse ese sistema, todos los asuntos se concentran en manos de un pequeño grupo, muchas veces en un sólo secretario que nombra, destituye, imparte las directivas, sanciona, etcétera.

Si se tiene esa concepción de la dirección, la principal superioridad del partido, es decir, su múltiple experiencia colectiva, pasa a segundo plano. La dirección adquiere un carácter de pura organización y degenera frecuentemente en la estrechez de miras y en el espíritu de mando. El aparato del partido entra cada vez más en el detalle de las tareas del aparato soviético, vive de sus preocupaciones diarias, se deja influenciar por él y, al preocuparse por los detalles, pierde de vista las grandes líneas.

Si la organización del partido en cuanto colectividad es siempre más rica en experiencias que cualquier órgano del aparato estatal, no ocurre lo mismo con los funcionarios considerados individualmente. En efecto, sería ingenuo creer que un secretario, gracias a su cargo, reúne en él todos los conocimientos y toda la competencia necesarios para la dirección de su organización. En realidad, se crea un aparato auxiliar con secciones burocráticas, un servicio de informaciones burocrático y ese aparato, que lo acerca al aparato soviético, lo mantiene apartado de la vida del partido. Y creyendo mover a los otros, él mismo es movido por su propio aparato.

Toda la práctica cotidiana del estado soviético se infiltra así en el aparato del partido e introduce en él el burocratismo. El partido, en cuanto colectividad, pierde el sentido de

su poder pues no lo ejerce. De aquí surgen descontentos o incomprensiones, aun en el caso en que ese poder sea ejercido de manera efectiva. Pero ese poder sólo puede mantenerse en la línea justa si no se diluye en detalles mezquinos y logra mantener un carácter sistemático, racional y colectivo. De ese modo, el burocratismo no solamente destruye la cohesión interna del partido, sino que debilita la acción necesaria de este último sobre el aparato estatal. Esto es lo que no observan ni comprenden la mayoría de las veces los que reclaman con más ardor para el partido el rol dirigente en el estado soviético.

III Grupos y fracciones

El problema de los grupos y de las fracciones en el partido se ha convertido en el eje central de la discusión. Dada su importancia intrínseca y su extrema virulencia, requiere ser tratado con total claridad, aunque hasta ahora ha sido planteado frecuentemente de manera errónea.

Somos el único partido del país y, en el período actual de dictadura, no podría ser de otro modo. Las diferentes necesidades de la clase obrera, del campesinado, del aparato estatal y de sus componentes actúan sobre nuestro partido, a través del cual tratan de buscar una expresión política. Las dificultades y las contradicciones propias de nuestra época, el desacuerdo coyuntural de intereses entre los diversos sectores del proletariado, o entre el proletariado y el campesinado, influyen sobre el partido a través de sus células obreras y campesinas, del aparato estatal, de los jóvenes estudiantes. Los matices de opinión, la diversidad de puntos de vista, aunque sean episódicos, pueden expresar la presión de intereses sociales determinados y, en determinadas circunstancias, originar grupos estables. Estos grupos pueden, a su vez, tarde o temprano, adoptar la forma de fracciones organizadas que, al oponerse como tales al resto del partido, sean más sensibles a las presiones exteriores. Esa es la evolución lógica de los grupos en un período en que el partido comunista está obligado a monopolizar la dirección de la vida política.

¿Cuál es el resultado? Si no se quiere fracciones, no debe haber grupos permanentes; si no se quiere grupos permanentes, es preciso evitar los grupos esporádicos; finalmente, para que no haya grupos esporádicos, no tiene que haber divergencias, pues donde hay dos opiniones, fatalmente la gente tiende a agruparse. Pero, por otra parte, ¿cómo es posible evitar las divergencias en un partido de medio millón de hombres que dirige el país bajo condiciones excepcionalmente complicadas y penosas? Esa es la contradicción esencial, debida a la misma situación del partido, de la dictadura del proletariado y que no se puede eliminar únicamente por procedimientos puramente formales.

Los partidarios del “viejo curso” que votan la resolución del comité central con la convicción de que todo seguirá igual que antes razonan más o menos así: “observen cómo apenas comenzamos a levantar la tapa de nuestro aparato, súbitamente comienzan a manifestarse en el partido tendencias de todo tipo que tratan de agruparse; por lo tanto, es preciso poner rápidamente la tapa y cerrar herméticamente la olla”. Gran cantidad de discursos y artículos contra el “fraccionalismo” están inspirados en este criterio tan estrecho. En su fuero interno, los partidarios del aparato estiman que la resolución del comité central es, o un error político (y entonces debe impedirse por todos los medios su aplicación) o, si no, una maniobra (y en ese caso se la debe utilizar). A mi entender, se engañan totalmente. Y si es una táctica capaz de introducir la desorganización en el partido, es obra de aquellos que persisten en las viejas concepciones, fingiendo la aceptación respetuosa de las nuevas.

La elaboración de la opinión pública del partido nace inevitablemente de las contradicciones y divergencias de criterios. Localizar dicha elaboración en el aparato, que sólo después debe suministrar al partido el fruto de su trabajo en forma de directivas, órdenes, etc., significa esterilizar ideológica y políticamente al partido. Hacer participar a todo el partido en la elaboración y adopción de las resoluciones es favorecer a los agrupamientos ideológicos coyunturales que corren el riesgo de transformarse en grupos permanentes y hasta en fracciones. ¿Cómo hacer? ¿Es posible que no haya salida? ¿Es

posible que no haya para el partido un camino intermedio entre el régimen de “calma” y el de la división en fracciones? La solución existe, y la tarea de la dirección consiste, cada vez que es necesario y particularmente en el momento de las opciones, en elaborar la línea que corresponda a la situación real del momento.

La resolución del comité central dice claramente que el régimen burocrático es una de las causas de las fracciones. Esta es una verdad que ya no necesita ser demostrada. El “viejo curso” estaba muy lejos de la democracia y sin embargo no pudo preservar al partido de la aparición de fracciones ilegales de mejor manera que la difícil discusión actual, la cual, no se puede negarlo, puede conducir a la formación de grupos coyunturales o permanentes. *Para evitarlo, es preciso que los órganos dirigentes del partido escuchen la opinión de las masas, no consideren a toda crítica como una manifestación del espíritu fraccional y no impulsen así a los comunistas conscientes y disciplinados a guardar sistemáticamente silencio o a constituirse en fracciones.*

Pero, dirán los burócratas, esto es ni más ni menos que una justificación de episodios como el de Miásnikov y sus partidarios. En primer lugar, la frase que acabamos de enfatizar es una cita textual de la resolución del comité central. Además, ¿desde cuándo una explicación equivale a una *justificación*? Decir que una úlcera es el resultado de una circulación sanguínea defectuosa debida a la afluencia insuficiente de oxígeno no significa que se justifique la úlcera y se la considere como una parte normal del organismo humano. Hay una sola conclusión que extraer: es necesario escarificar y desinfectar la herida y, sobre todo, abrir la ventana para permitir que el aire fresco proporcione el oxígeno necesario a la sangre. Pero lo malo es que el ala más combativa del “viejo curso” está convencida que la resolución del comité central es errónea, particularmente en su párrafo sobre el burocratismo considerado como motivo del fraccionalismo. Y si no lo dice abiertamente, es sólo debido a razones propias de una mentalidad saturada de formalismo, atributo esencial del burocratismo.

Es indiscutible que, en la situación actual, las fracciones son un flagelo, y que los grupos, aun los coyunturales, pueden transformarse en fracciones. Pero la experiencia demuestra que no basta con declarar que los grupos y las fracciones son perjudiciales para impedir su aparición. Sólo se los prevendrá con una política justa, adaptada a la situación real.

Basta estudiar la historia de nuestro partido, aunque sólo sea la del período de la revolución, es decir la del período en que la constitución de fracciones resultaba particularmente peligrosa, para observar que la lucha contra ese flagelo no puede limitarse a su condenación y prohibición formal.

Fue en el otoño de 1917 cuando surgió en el partido, a raíz del problema fundamental de la toma del poder, el desacuerdo más peligroso. El ritmo febril de los acontecimientos imprimió una extrema intensidad a ese desacuerdo, que culminó casi inmediatamente con la constitución de una fracción. Quizás involuntariamente, los adversarios del golpe de estado formaron un bloque con elementos que no pertenecían al partido, publicaron sus declaraciones en órganos externos, etc. En ese momento, la unidad del partido pendía de un hilo. ¿Cómo pudo ser evitada la escisión? Sólo gracias a la rápida evolución de la situación y a su desenlace favorable. La escisión se hubiera producido inevitablemente si los acontecimientos se hubiesen prolongado y, con mayor razón, si la insurrección hubiese terminado en una derrota. Bajo la firme dirección de la mayoría del comité central, el partido, en una impetuosa ofensiva, pasó por encima de la oposición, muy poco numerosa pero cualitativamente muy fuerte, y adoptó la plataforma de Octubre. La fracción y el peligro de una escisión fueron vencidos no por medio de decisiones formales basadas en los estatutos sino con la acción revolucionaria.

El segundo gran desacuerdo surgió con ocasión de la paz de Brest-Litovsk. Los partidarios de la guerra revolucionaria constituyeron entonces una verdadera fracción que poseía un organismo central. ¿Qué hay de cierto en la anécdota según la cual Bujarin estuvo a punto, en un momento dado, de derrocar al gobierno de Lenin? No podría decirlo¹. Lo cierto es que la existencia de una fracción comunista de izquierda representaba entonces un peligro gravísimo para la unidad del partido. Provocar una escisión no habría sido difícil y no habría exigido por parte de la dirección un gran esfuerzo de inteligencia, pues bastaba con prohibir la existencia de la fracción comunista de izquierda. Sin embargo, el partido adoptó métodos no tan simples: prefirió discutir, explicar, comprobar por medio de la experiencia y resignarse coyunturalmente a esta amenazante anomalía que representaba la existencia de una fracción organizada en su seno.

El problema de la organización militar provocó igualmente la constitución de un grupo bastante fuerte y obstinado, que se oponía a la creación de un ejército regular con un aparato militar centralizado, especialistas, etc. Por momentos, la lucha adquirió gran intensidad. Pero, al igual que en octubre, el problema fue resuelto por la experiencia: por la guerra misma. Ciertos errores y exageraciones de la política militar oficial fueron corregidos por la presión de la oposición, y no sólo sin perjuicio sino con provecho para la organización centralizada del ejército regular. En cuanto a la oposición, poco a poco se fue disgregando. Un gran número de sus representantes más activos participaron en la organización del ejército, donde en muchos casos ocuparon puestos importantes.

Otros grupos claramente individualizados se constituyeron en la época de la memorable discusión sobre los sindicatos. Ahora que tenemos la posibilidad de abarcar con una sola mirada todo este período y de entenderlo mejor a la luz de la experiencia posterior, comprobamos que la discusión no estaba referida solamente a los sindicatos ni a la democracia obrera. Lo que se expresaba en esas disputas era un profundo malestar que imperaba dentro del partido, cuya causa era la excesiva prolongación del régimen económico del “comunismo de guerra”, Toda la organización económica del país estaba estancada. La discusión sobre el papel de los sindicatos y de la democracia obrera ocultaba en realidad la búsqueda de una nueva salida económica. La solución consistió en la supresión de las requisas de productos alimenticios y del monopolio de los cereales y en la hacer gradualmente independiente a la industria estatal en relación con la tiranía de las direcciones económicas centrales. Esas decisiones históricas fueron adoptadas por unanimidad y pusieron fin a toda discusión sindical dado que, como consecuencia de la instauración de la NEP, el papel de los sindicatos fue considerado en forma distinta. Algunos meses más tarde, hubo que modificar radicalmente la resolución sobre los sindicatos.

El grupo más duradero y, en ciertos aspectos, más peligroso fue el de la “oposición obrera”. Reflejó, desnaturalizándolas, las contradicciones del “comunismo de guerra”, ciertos errores del partido, así como las dificultades objetivas esenciales de la organización socialista. Pero esta vez tampoco se limitó a una toma de posición formal. Sobre los problemas de la democracia se adoptó una decisión de principio, pero en lo

¹ Posteriormente, *Pravda* del 21 de diciembre de 1923 publicó una carta firmada por nueve de los ex comunistas de izquierda que aclara el problema. En una sesión del Comité Ejecutivo de los Soviets, el socialista revolucionario de izquierda Kamkov dice “con un tono de broma” a Bujarin y a Piatakov: “Y bien, ¿qué van a hacer ustedes si obtienen la mayoría en el partido? Lenin renunciará y deberemos constituir juntos un nuevo Consejo de Comisarios del Pueblo. En ese caso, pienso que elegiremos a Piatakov como presidente...” Más tarde, el socialista revolucionario de izquierda Prochian dijo a Radek riendo: “Usted no hace más que escribir resoluciones. ¿No sería más simple detener a Lenin durante un día y declarar la guerra a los alemanes y luego reelegirlo por unanimidad presidente del Consejo?” Estas son las *boutades* que fueron presentadas como un “proyecto” de detener a Lenin. (LT)

relativo a la depuración del partido, se elaboraron medidas efectivas, extremadamente importantes, que satisfacían lo que había de justo y sano en la crítica y en las reivindicaciones de la “oposición obrera”. Y, sobre todo, gracias a las decisiones y a las medidas económicas adoptadas por el partido (y cuyo resultado fue la desaparición de las divergencias y de los grupos, el X Congreso pudo, con razones para creer que su decisión no carecería de validez, prohibir formalmente la constitución de fracciones. Pero, como lo demuestra la experiencia y el buen sentido político, es evidente que esa prohibición, por sí sola, no significaba ninguna garantía absoluta, ni tampoco sería, contra la aparición de nuevos agrupamientos ideológicos y orgánicos. En este caso, la garantía esencial es una dirección justa y la atención puesta en las necesidades del momento que se reflejan en el partido y la elasticidad del aparato, que no debe paralizar sino organizar la iniciativa del partido, que no debe temer a la crítica ni tratar de frenarla, por miedo al fraccionalismo. La decisión del X Congreso que prohibió las fracciones no constituye por sí sola una solución para todas las dificultades internas del partido. Sería un “fetichismo organizativo” creer que cualquiera que sea el desarrollo del partido, los errores de la dirección, el conservadurismo del aparato, las influencias exteriores, etc., basta con una decisión para preservarnos de los agrupamientos y de las perturbaciones ocasionadas por la formación de fracciones. Creer esto sería una prueba de burocratismo.

Un ejemplo evidente nos lo proporciona la historia de la organización de Petrogrado. Poco después del X Congreso, que había prohibido la constitución de agrupamientos y fracciones, surge en Petrogrado una lucha muy enconada sobre el problema organizativo que dio origen a la formación de dos agrupamientos netamente opuestos entre sí. A primera vista, lo más simple hubiese sido lanzar el anatema contra por lo menos uno de los dos agrupamientos. Pero el comité central se negó categóricamente a emplear este método, que se le sugería desde Petrogrado. Asumió el papel de árbitro entre los dos agrupamientos y, finalmente, logró asegurar no únicamente su colaboración sino su total fusión con la organización. Este es un ejemplo importante que merece ser recordado y que podría servir para iluminar a algunos cerebros burocráticos.

Hemos dicho antes que todo agrupamiento importante y permanente dentro del partido, y con mayor razón toda fracción organizada, tenía tendencia a convertirse en el portavoz de determinados intereses sociales. Toda desviación puede, en el curso de su desarrollo, devenir la expresión de los intereses de una clase hostil o semihostil al proletariado. Ahora bien, el burocratismo es una. Desviación, y una desviación malsana; esperemos que esta afirmación no sea cuestionada. En el momento en que esto ocurre, amenaza con desviar al partido de su línea justa, de su línea de clase; y aquí reside el peligro. Pero (y éste es un hecho muy instructivo y a la vez uno de los más alarmantes) los que afirman con mayor nitidez, con mayor insistencia, y hasta brutalmente, que *toda* divergencia de criterios, *todo* agrupamiento de opinión, aun si es coyuntural, son una expresión de los intereses de las clases enemigas del proletariado, no quieren aplicar ese criterio al burocratismo.

Y, sin embargo, el criterio social estaría, en este caso, perfectamente justificado, pues el burocratismo es un mal bien determinado, una desviación notoria e incuestionablemente peligrosa, oficialmente condenada pero que no da muestras de desaparecer. Por otra parte, es muy difícil lograr su súbita desaparición. Pero si, tal como lo dice la resolución del comité central, el burocratismo amenaza con *separar al partido de las masas* y, por lo tanto, debilitar el carácter de clase del partido, es evidente que la lucha contra el burocratismo no podría en ningún caso ser el resultado de influencias no proletarias. Por el contrario, la aspiración del partido a conservar su carácter proletario inevitablemente debe engendrar la resistencia al burocratismo. Evidentemente, bajo la apariencia de esta resistencia, pueden manifestarse diversas tendencias erróneas, malsanas, peligrosas. Y sólo es posible descubrirlas por medio del análisis marxista de su

contenido ideológico. Pero quien afirma que la resistencia al burocratismo se identifica con una lucha de grupo que puede servir para introducir en el partido influencias extrañas a éste, se convierte, por ello, en el canal de las influencias burocráticas.

Por otra parte, no hay que entender de manera demasiado simplista el pensamiento de quien sostiene que las divergencias del partido y, con mayor razón, los reagrupamientos no son otra cosa que una lucha de influencias de clases opuestas. En 1920, la cuestión de la invasión de Polonia suscitó dos corrientes de opiniones, una que preconizaba una política más audaz, la otra que predicaba la prudencia. ¿Constituían estas dos corrientes diferentes tendencias de clase? No creo que pueda afirmarse tal cosa. Se trataba sólo de divergencias en la apreciación de la situación, de las fuerzas y de los medios. El criterio esencial era el mismo para ambas partes.

Sucede con frecuencia que el partido está en condiciones de resolver un problema por diferentes medios. Y si en este caso se producen discusiones, es para saber cuál de esos medios es el mejor, el más expeditivo, el más económico. Según el problema en discusión, esas divergencias pueden interesar a sectores considerables en el partido, pero esto no quiere decir necesariamente que exista una lucha entre dos tendencias de clase.

Seguramente se producirán aún numerosos desacuerdos, pues nuestro camino es arduo y tanto las tareas políticas como los problemas económicos de la organización socialista originarán infaliblemente divergencias de opinión y de agrupamientos coyunturales. La verificación política de todos los matices de opinión por medio del análisis marxista constituirá siempre, para nuestro partido, una de las medidas preventivas más eficaces. Pero es a esta verificación marxista concreta a la que hay que recurrir y no a los clisés que son instrumentos de defensa para el burocratismo. Se podrá controlar mucho mejor la ideología política heterogénea que hoy se levanta contra el burocratismo y depurarla de todos los elementos extraños y nocivos si se emprende seriamente el camino del “nuevo curso”; pero esto será imposible sin un viraje serio en la mentalidad y en las intenciones del aparato del partido. De otro modo asistiremos a una nueva ofensiva del aparato, que rechazará toda crítica contra el “viejo curso”, que ha sido formalmente condenado, pero aún no liquidado, so pretexto de que se trata de una crítica fraccional. Si es verdad que las fracciones son peligrosas (y en realidad lo son), entonces es delito cerrar los ojos ante el peligro representado por la *fracción conservadora burocrática*. Y es precisamente contra este peligro que está dirigida en primer lugar la resolución del comité central.

Mantener la unidad del partido es la preocupación principal para la gran mayoría de los comunistas. Pero es necesario decir abiertamente que, si existe hoy un serio peligro para la unidad, o cuanto menos para la unanimidad del partido, ese peligro está representado por el burocratismo desenfrenado. De allí se han levantado las voces provocadoras. De allí partió el atrevimiento de decir: no tenemos miedo a la escisión. Son los representantes de esta tendencia los que se alimentan del pasado, buscando en él todo aquello que pueda introducir una mayor aspereza en la discusión; ellos reaniman artificialmente los recuerdos de la vieja lucha, de la vieja escisión para habituar insensiblemente al espíritu del partido a la posibilidad de un delito tan monstruoso, tan funesto, como puede serlo una nueva escisión. Se trata de oponer a la necesidad de unidad que es viva en el partido, la necesidad de un régimen menos burocrático.

Si el partido se dejase influir, sacrificaría así los elementos vitales de su democracia, se llegaría a una lucha interna más áspera y resultaría seriamente quebrantada su cohesión. No se puede pretender que el partido tenga confianza en el aparato cuando es el aparato el que no tiene confianza en el partido. El problema radica aquí. La prejuiciosa desconfianza de la burocracia con respecto al partido, a su conciencia y a su espíritu de disciplina, es la causa de todos los males producidos por el dominio del aparato. El partido

no quiere las fracciones y nos las tolerará. Es simplemente monstruoso creer que el partido destrozará o permitirá que alguien destruya su aparato. El partido sabe que el aparato está compuesto por los elementos más valiosos, que encarnan la mayor parte de la experiencia del pasado. Pero el partido quiere renovar el aparato, y recuerda que es *su aparato*, que está elegido *por el partido*, y que no puede separarse de él.

Reflexionando adecuadamente sobre la situación creada en el partido y que se evidenció de modo claro en el curso de la discusión, se verá que el porvenir se nos presenta bajo una doble perspectiva: o el reagrupamiento ideológico orgánico que se ha formado ahora en el partido sobre la base de las resoluciones del comité central constituye un paso adelante en el camino del desarrollo orgánico de todo el partido, significa el comienzo de un nuevo capítulo (y ésta es para todos nosotros la solución más deseable y la más fecunda para el partido, que dará cuentas fácilmente de los excesos en la discusión y en la oposición y, con mayor razón, de las tendencias democráticas vulgares), o bien, pasando a la contraofensiva, el aparato caerá en cierta forma bajo los golpes de sus elementos más conservadores y, con el pretexto de combatir las fracciones, hará retroceder al partido y restablecerá la “calma”. Esta segunda eventualidad es incomparablemente más dolorosa; no impedirá, como es obvio, el desarrollo del partido, pero este desarrollo sólo se dará al precio de grandes esfuerzos y de muy serios trastornos, pues este método alimentará aún más las tendencias nocivas, que se oponen al partido y que amenazan con disolverlo. Tales son las dos eventualidades que debemos considerar.

Mi carta sobre el “nuevo curso” tenía por finalidad ayudar al partido a recorrer el primer camino, que es el más justo y el más económico. Y mantengo totalmente sus términos, rechazando toda interpretación tendenciosa o falsa.

Pravda, 28 de diciembre de 1923

IV El burocratismo y la revolución (Proyecto de informe que el autor luego no redactó)

1.- Las condiciones esenciales que además de obstaculizar la realización del ideal socialista muchas veces constituyen para la revolución una fuente de pruebas penosas y graves peligros son suficientemente conocidas. Ellas son: a) las contradicciones sociales internas de la revolución que, en la época del “comunismo de guerra”, eran automáticamente reprimidas pero que, bajo la NEP, se desarrollan fatalmente y tratan de encontrar una expresión política; b) la amenaza contrarrevolucionaria que representan para la república soviética los estados imperialistas.

2.- Las contradicciones sociales de la revolución son contradicciones de clase. ¿Cuáles son las clases fundamentales en nuestro país? Ellas son: a) el proletariado; b) el campesinado; c) la nueva burguesía, con el sector de intelectuales burgueses que la recubre

Desde el punto de vista económico y político, el primer lugar lo ocupa el proletariado organizado en estado y el campesinado que proporciona los productos agrícolas, predominantes en nuestra economía. La nueva burguesía desempeña principalmente el papel de intermediario entre la industria soviética y la agricultura, así como entre los diferentes sectores de esa industria y las diferentes ramas de la economía rural. Pero no se limita a ser un intermediario comercial, sino que parcialmente asume también el papel de organizador de la producción.

3.- Haciendo abstracción de la rapidez del desarrollo de la revolución proletaria en occidente, la marcha de nuestra revolución estará determinada por el crecimiento proporcional de los tres elementos fundamentales de nuestra economía: industria soviética, agricultura, capital comercial e industria privada.

4.- Las analogías históricas con la gran Revolución Francesa (caída de los jacobinos) que establecen el liberalismo y el menchevismo, y con las que intentan consolarse, son superficiales e inconsistentes. La caída de los jacobinos estaba predeterminada por la falta de madurez de las relaciones sociales: la izquierda (artesanos y comerciantes arruinados), privada de la posibilidad de desarrollo económico no podía constituir un apoyo firme para la revolución; la derecha (burguesía) crecía inevitablemente; además, Europa, económica y políticamente más atrasada, impedía que la revolución se extendiera más allá de los límites de Francia.

En todos estos aspectos, nuestra situación es incomparablemente más favorable. En nuestro caso, el centro, juntamente con la izquierda de la revolución, es el proletariado, cuyas tareas y objetivos coinciden totalmente con la realización del ideal socialista. El proletariado es políticamente tan fuerte que, al permitir dentro de ciertos límites, la formación a su lado de una nueva burguesía, hace participar al campesinado en el poder del Estado no por intermedio de la burguesía y de los partidos pequeños burgueses, sino directamente, cerrando de ese modo a la burguesía el acceso a la vida política. La situación económica y política de Europa no solamente no excluye, sino que hace inevitable la extensión de la revolución a su territorio. Mientras que en Francia la política de los jacobinos, a pesar de ser la más clarividente, era incapaz de modificar radicalmente el curso de los acontecimientos, entre nosotros, donde la situación es infinitamente más favorable, la justeza de una línea política trazada según los métodos del marxismo será por largo tiempo un factor decisivo para la salvaguardia de la revolución.

5.- Aceptemos la hipótesis histórica más desfavorable para nosotros. Si se produjera un rápido desarrollo del capital privado, esto significaría que la industria y el comercio soviéticos, incluida la cooperación, no aseguran la satisfacción de las necesidades de la economía campesina. Además, demostraría que el capital privado se interpone cada vez más entre el estado obrero y el campesinado, y adquiere una influencia económica, y por lo tanto política, sobre este último. Es evidente que semejante ruptura entre la industria soviética y la agricultura, entre el proletariado y el campesinado, constituiría un grave peligro para la revolución proletaria, un síntoma de la posibilidad de triunfo de la contrarrevolución.

6.- ¿Cuáles son las vías *políticas* que podrían conducir a la victoria de la contrarrevolución si las hipótesis *económicas* que acabamos de exponer se realizasen? Podría haber varias: la caída del partido obrero, su degeneración progresiva, una degeneración parcial acompañada de escisiones y de perturbaciones contrarrevolucionarias.

La realización de una u otra de esas eventualidades dependerá sobre todo de la *rapidez* del desarrollo económico. En el caso en que el capital privado llegue poco a poco, lentamente, a dominar al capital soviético, el aparato soviético sufriría posiblemente una degeneración burguesa con las consecuencias que eso acarrearía para el partido. Si el capital privado creciera rápidamente y llegase a ponerse en contacto, a soldarse con el campesinado, las tendencias contrarrevolucionarias activas dirigidas contra el partido probablemente prevalecerían.

Si exponemos de forma cruda esas hipótesis, no es evidentemente porque las consideremos históricamente probables (por el contrario, su probabilidad es mínima) sino porque sólo esa manera de plantear el problema permite una orientación justa y, en consecuencia, la adopción de todas las medidas preventivas posibles. Nuestra superioridad, en cuanto marxistas, reside en nuestra capacidad de distinguir y de captar las nuevas tendencias y los nuevos peligros, aún en el caso de encontrarse todavía en estado embrionario.

7.- La conclusión de lo que acabamos de decir referido al aspecto económico nos remite al problema de las “tijeras”, es decir a la organización racional de la industria, a su coordinación con el mercado campesino. Perder el tiempo en esta situación específica significa reducir nuestra lucha contra el capital privado. Y ésta es la tarea principal, la clave esencial del problema de la revolución y del socialismo.

8.- Si el peligro contrarrevolucionario surge (como hemos dicho) de ciertas relaciones sociales, esto no significa que, con una política justa no se pueda prevenir ese peligro (aun en condiciones económicas desfavorables para la revolución), disminuirlo, alejarlo, aplazarlo. Ahora bien, lograr aplazar un peligro puede ser la salvación de la revolución, al lograr asegurarle ya sea un viraje favorable para la economía interna ya sea el contacto con la revolución victoriosa europea.

Por eso, sobre la base de la política económica indicada anteriormente, es necesaria una determinada política del estado y del partido (incluida una determinada política dentro el partido) que tenga por objeto contrarrestar la acumulación y el reforzamiento de las tendencias dirigidas contra la dictadura de la clase obrera y alimentadas por las dificultades y los fracasos del desarrollo económico.

9.- La heterogeneidad de la composición social de nuestro partido refleja las contradicciones objetivas del desarrollo de la revolución, con las tendencias y peligros que se derivan de ello:

*las células de fábrica, que aseguran la vinculación entre el partido y la clase fundamental de la revolución, representan una sexta parte de los efectivos del partido;

*pese a todos sus aspectos negativos, las células de las instituciones soviéticas aseguran al partido la dirección del aparato del estado; también su importancia es considerable; los viejos militantes participan en gran medida en la vida del partido a través de estas células;

*las células rurales dan al partido una cierta vinculación (muy débil aún) con el campo;

*las células militares realizan la vinculación del partido con el ejército y, a través suyo, con el campo (sobre todo);

*finalmente, en las células de las instituciones de enseñanza, todas esas tendencias e influencias se mezclan y entrecruzan.

10.-Por su composición de clase, las células de fábrica son, por supuesto, fundamentales. Pero como sólo constituyen una sexta parte del partido y sus elementos más activos fueron retirados, para ser afectados al aparato del partido o del estado, el partido no puede, por desgracia, apoyarse únicamente (o ni siquiera preferentemente) en ellas.

[Su crecimiento será la señal más segura de los éxitos del partido en la industria, en la economía en general y, al mismo tiempo, la mejor garantía de la durabilidad de su carácter proletario. Pero no es posible esperar su crecimiento rápido en un futuro próximo. En consecuencia, el partido se verá obligado en el período cercano a asegurar su equilibrio interno y su línea revolucionaria apoyándose en células de composición social heterogénea.]2

11.- Las tendencias contrarrevolucionarias pueden encontrar apoyo en los kulaks, los intermediarios, los revendedores, los concesionarios, en una palabra, entre elementos mucho más capaces de absorber el aparato de estado que el propio partido.

Sólo las células campesinas y militares podrían estar amenazadas por una influencia más directa y hasta por una penetración por parte de los kulaks. Sin embargo, la diferenciación del campesinado representa un factor capaz de contrarrestar esta influencia. La no admisión de los kulaks en el ejército (comprendidas las divisiones territoriales) debe no sólo seguir siendo una regla inviolable, sino también convertirse en un factor esencial de la educación política de la juventud rural, de las unidades militares y sobre todo de las células militares.

Los obreros asegurarán su papel dirigente en las células militares oponiendo políticamente las masas rurales laboriosas del ejército con los sectores renacientes de los kulaks. Esta oposición deberá igualmente ser explicada. El éxito de esta acción evidentemente dependerá, en definitiva, de la medida en que la industria estatal logre satisfacer las necesidades del campo.

Pero cualquiera que sea la rapidez de nuestro desarrollo económico, nuestra línea política fundamental en las células militares debe estar dirigida no sólo contra la nueva burguesía, sino ante todo contra el sector de los kulaks, único apoyo serio y posible de todas las tentativas contrarrevolucionarias. Desde este punto de vista, es necesario un análisis más minucioso de los diferentes elementos del ejército desde el punto de vista de su composición social.

12.- Es indudable que por medio de las células rurales y militares se infiltran y se infiltrarán en el partido tendencias que reflejan más o menos el campo, con las características especiales que lo distinguen de la ciudad. Si no ocurriera así, las células rurales no tendrían ningún valor para el partido.

Las modificaciones del estado de ánimo que se manifiestan en esas células constituyen para el partido un aviso o una advertencia. Las posibilidades de dirigir a esas células según la línea del partido dependen de la justeza de la dirección general del partido, así como

2 *Cours Nouveau*, Union Générale d'Éditions – 10/18, París, 1972, página 69. Reproduce la edición de Les Éditions de Minuit de 1963.

de su régimen interno y, finalmente, de nuestros éxitos en la solución del problema decisivo.

13.- El aparato de estado es la causa principal del burocratismo. Por una parte, absorbe a una gran cantidad de los elementos más activos del partido y enseña a los más capaces los métodos de administrar a los hombres y las cosas, pero no la dirección política de las masas. Además, acapara en gran medida la atención del aparato del partido, a quien influye con sus métodos administrativos.

Esa es la causa, en gran medida, del burocratismo del aparato, que amenaza con separar al partido de las masas. Precisamente este peligro es ahora el más evidente e inmediato. En las condiciones actuales, la lucha contra los otros peligros debe comenzar con la lucha contra el burocratismo.

14.- Es indigno de un marxista considerar que el burocratismo es sólo el conjunto de los malos hábitos de los empleados de oficina. El burocratismo es un fenómeno social en tanto que sistema determinado de administración de los hombres y de las cosas. Sus causas más profundas son la heterogeneidad de la sociedad, la diferencia de los intereses cotidianos y fundamentales de los diferentes grupos de la población. El burocratismo se complica debido a la carencia de cultura de las masas. Entre nosotros, la causa esencial del burocratismo reside en la necesidad de crear y sostener un aparato estatal que una los intereses del proletariado con los del campesinado en una armonía económica perfecta de la que aún estamos muy lejos. La necesidad de mantener permanentemente un ejército es también otra causa importante del burocratismo.

Es evidente que los fenómenos sociales negativos que acabamos de enumerar y que alimentan ahora al burocratismo podrían, si continuasen desarrollándose, poner en peligro a la revolución. Ya mencionamos anteriormente esta hipótesis: el creciente desacuerdo entre la economía soviética y la economía campesina, el fortalecimiento de los kulaks en el campo, su alianza con el capital comercial e industrial privado serían, dado el nivel cultural de las masas trabajadoras del campo y en parte de la ciudad, las causas de los eventuales peligros contrarrevolucionarios.

En otros términos, el burocratismo en el aparato de estado y en el partido es la expresión de las peores tendencias inherentes a nuestra situación, de los defectos y de las desviaciones de nuestro trabajo que, bajo determinadas condiciones sociales, pueden socavar las bases de la revolución. Y en este caso, como en muchos otros, la cantidad, alcanzado un determinado grado, se transformará en calidad.

15.- La lucha contra el burocratismo del aparato estatal es una tarea excepcionalmente importante, pero que exige mucho tiempo, y más o menos paralela a nuestras otras tareas fundamentales: la reconstrucción económica y la elevación del nivel cultural de las masas.

El instrumento histórico más importante para la realización de todas estas tareas es el partido. Evidentemente, el partido no puede prescindir de las condiciones sociales y culturales del país. Pero, como organización voluntaria de vanguardia de los mejores elementos, los más activos, los más conscientes de la clase obrera, puede, en mucha mayor medida que el aparato de estado, prevenirse contra las tendencias del burocratismo. Para ello, debe ver claramente el peligro y combatirlo sin descanso.

De aquí la enorme importancia de la educación de la juventud del partido, basada en la iniciativa personal, si se quiere modificar el funcionamiento del aparato del estado y transformarlo.

V Tradición y política revolucionaria

El problema de las relaciones entre la tradición y la política del partido no es simple, sobre todo en la actualidad. En estos últimos años, hemos hablado muchas veces de la enorme importancia de la tradición teórica y práctica de nuestro partido y hemos declarado que, en ningún caso, podíamos permitir la ruptura de nuestra filiación ideológica. Pero debemos precisar bien el modo de concebir la tradición del partido. Para ello, comenzaremos con ejemplos históricos con los que reforzaremos nuestras conclusiones.

Tomemos el “clásico” partido de la Segunda Internacional: la socialdemocracia alemana. Su política “tradicional” semisecular se basaba en la adaptación del partido al régimen parlamentario y en el crecimiento ininterrumpido de la organización, de su prensa y de sus finanzas. Esta tradición, que no es totalmente extraña, tenía un carácter semiautomático: cada día derivaba naturalmente del precedente y, también naturalmente, preparaba el siguiente. La organización crecía, la prensa se desarrollaba y las finanzas aumentaban.

En este automatismo se formó toda la generación que sucedió a Bebel: una generación de burócratas, filisteos, espíritus obtusos, cuya fisonomía política se puso en evidencia apenas comenzó la guerra imperialista. En cada uno de los congresos de la socialdemocracia se hablaba invariablemente de la vieja táctica del partido consagrada por la tradición. Y, en efecto, la tradición era poderosa. Era una tradición automática, desprovista de espíritu crítico, conservadora, que terminó ahogando la voluntad revolucionaria del partido.

La guerra despojó definitivamente a la vida, política alemana de su “tradicional” equilibrio. Desde los primeros momentos de su existencia oficial, el joven partido comunista entró en un período tempestuoso de crisis y perturbaciones. Sin embargo, en el curso de su historia relativamente corta, es posible distinguir el papel no solamente creador sino también conservador de la tradición que, en cada etapa, en cada viraje, se enfrenta con las necesidades objetivas del movimiento y la conciencia crítica del partido.

En el primer período de existencia del comunismo alemán, la lucha directa por el poder representaba la tradición, la tradición heroica. Los terribles acontecimientos de marzo de 1921 revelaron que el partido no tenía todavía suficientes fuerzas como para alcanzar ese objetivo. Hubo que cambiar de táctica y emprender la lucha *por las masas* antes de recomenzar la lucha directa *por el poder*.

Ese cambio fue difícil de realizar, pues se oponía a una nueva tradición. Actualmente, en el partido ruso, se recuerdan todas las divergencias de criterios, incluso las más insignificantes, que surgieron en el partido o en su comité central durante estos últimos años. Quizá convendría también recordar la diferenciación fundamental que se manifestó durante el III Congreso de la Internacional Comunista. Es evidente ahora que el viraje que se produjo entonces bajo la dirección de Lenin, a pesar de la resistencia encarnizada de un sector inicialmente considerable de la mayoría del congreso, salvó literalmente a la Internacional del aniquilamiento y de la disgregación con que era amenazada por el “izquierdismo” automático, desprovisto de espíritu crítico, que, en un breve lapso de tiempo, se había constituido en rígida tradición.

Después del III Congreso, el Partido Comunista Alemán realizó, con bastante dificultad, el viraje necesario. Entonces comienza el período de lucha para ganarse a las

masas bajo la consigna del frente único, con largas negociaciones y otros procedimientos pedagógicos. Esta táctica duró más de dos años y suministró excelentes resultados. Pero, al mismo tiempo, esos nuevos procedimientos prologados de propaganda se transforman... en una nueva tradición semiautomática, cuyo papel fue muy importante en los acontecimientos del segundo semestre de 1923.

En la actualidad, es incuestionable que el periodo que va desde mayo (comienzo de la resistencia en el Ruhr) o desde julio (aplastamiento de esa resistencia) hasta noviembre, momento en que el general Seeckt toma el poder, constituye en la vida de Alemania una fase de crisis muy neta y sin precedentes. La resistencia que la Alemania republicana semimoribunda de Ebert-Cuno había intentado oponer al militarismo francés es aplastada, arrastrando tras ella al lastimoso equilibrio social y político del país. La catástrofe del Ruhr desempeñó en cierta medida para la Alemania "democrática" el mismo papel que cinco años antes desempeñó para el régimen de los Hohenzollern la derrota de las tropas alemanas.

Desvalorización inusitada del marco. Caos económico, efervescencia e incertidumbre generales, disgregación de la socialdemocracia, aflujo constante de obreros a las filas comunistas, espera generalizada de un golpe de estado... Si el partido comunista hubiese modificado bruscamente la orientación de su trabajo y hubiese consagrado los cinco o seis meses que le concedía la historia a una preparación directa política, orgánica y técnica de la toma del poder, el desenlace de los acontecimientos habría sido muy distinto del que se produjo en noviembre.

Pero el partido alemán había entrado en la nueva fase de esta crisis, quizás sin precedentes en la historia mundial, armado sólo con los procedimientos utilizados durante los dos años precedentes y que estaban destinados, por medio de la propaganda, a estabilizar su influencia sobre las masas. En ese momento hacía falta una nueva orientación, un nuevo tono, una nueva forma de abordar a las masas, una nueva interpretación y una nueva aplicación del frente único, nuevos métodos de organización y de preparación técnica, en una palabra, un brusco viraje táctico. El proletariado tendría que haber visto en acción a un partido revolucionario que se encaminase directamente a la conquista del poder.

Pero el partido alemán continuaba, al fin de cuentas, su política de propaganda, aunque a una escala más vasta. Sólo en octubre tomó una nueva orientación. Pero entonces ya le quedaba muy poco tiempo para desarrollar su iniciativa. Imprimió a su preparación un ritmo febril, la masa no pudo seguirlo, la inseguridad del partido se contagió al proletariado y, en el momento decisivo, el partido se negó a combatir.

Si el partido cedió sin resistencia posiciones excepcionales, ello ocurrió principalmente porque no supo, a comienzos de la nueva fase (mayo-julio de 1923) liberarse del automatismo de su política anterior, establecida como si debiese durar muchos años, y plantear decididamente en la agitación, la acción, la organización y la técnica, el problema de la toma del poder.

El tiempo es un elemento muy importante en política, particularmente en una época revolucionaria. Muchas veces se necesitan años y decenas de años para recuperar algunos meses perdidos. Lo mismo nos hubiese ocurrido a nosotros si nuestro partido no hubiese tomado la iniciativa en abril de 1917 y no se hubiese apoderado del poder en octubre. Sin embargo, tenemos motivos para creer que el proletariado alemán no pagará demasiado cara su vacilación, pues la estabilidad del actual régimen alemán, sobre todo a consecuencia de la situación internacional, es más que dudosa.

Es evidente que, como elemento conservador, como presión automática del pasado sobre el presente, la tradición representa una fuerza extremadamente importante al servicio de los partidos conservadores, y profundamente hostil para un partido

revolucionario. Toda la fuerza de este último radica, precisamente, en su libertad en relación con el tradicionalismo conservador. Esto no significa de ningún modo que sea libre con respecto a la tradición en general. Pero la tradición de un partido revolucionario es algo muy diferente.

Si se considera, por ejemplo, a nuestro partido bolchevique en su pasado revolucionario y en el período siguiente a octubre, se reconocerá que su cualidad táctica más importante y valiosa es su aptitud inigualable para orientarse rápidamente, para cambiar de táctica, para renovar su armamento y para aplicar nuevos métodos, en una palabra, para operar bruscos virajes. Las difíciles condiciones históricas hicieron necesaria esta táctica, y el genio de Lenin le imprimió una forma superior. Esto no quiere decir que nuestro partido esté totalmente libre de un cierto tradicionalismo conservador: un partido de masas no puede tener semejante libertad ideal. Pero su fuerza se manifestó en el hecho de que el tradicionalismo, la rutina, estaban reducidos al mínimo debido a una iniciativa táctica clarividente, profundamente revolucionaria, a la vez audaz y realista. En esto consiste, y debe consistir, la verdadera tradición del partido.

La burocratización más o menos grande del aparato del partido se ve acompañada inevitablemente del desarrollo del tradicionalismo conservador con todos sus efectos. Es preferible exagerar este peligro que subestimarlos. El hecho de que los elementos más conservadores del aparato tiendan a identificar sus opiniones, sus decisiones, sus procedimientos y sus faltas con el “viejo bolchevismo” e intenten asimilar la crítica del burocratismo a la destrucción de la tradición, es indudable y constituye por sí mismo la expresión incuestionable de una cierta petrificación ideológica.

El marxismo es un método de análisis histórico, de orientación política, y no un conjunto de decisiones preparadas de antemano. El leninismo es la aplicación de este método a las condiciones de una época histórica excepcional. Es precisamente esta alianza de las particularidades del momento con el método lo que determina la política audaz, segura de sí misma, de los *giros* bruscos, cuyos más altos ejemplos nos fueron dados por Lenin y que él mismo en varias oportunidades explicó y generalizó en el plano teórico.

Marx decía que los países adelantados ofrecen en cierta medida la imagen del porvenir de los países atrasados. De esta proposición condicional se intentó hacer una ley absoluta que estuvo en la base de la “filosofía” del menchevismo ruso. Por eso se le fijaba al proletariado límites que derivaban no de la marcha de la lucha revolucionaria sino de un esquema mecánico. Y el marxismo menchevique era y sigue siendo únicamente la expresión de las necesidades de la sociedad burguesa, expresión adaptada a una “democracia” atrasada. En realidad, Rusia, debido a los fenómenos extremadamente contradictorios de su economía y su política, resultó ser la primera en recorrer el camino de la revolución proletaria.

Ni octubre, ni Brest-Litovsk, ni la creación de un ejército campesino regular, ni el sistema de requisas de los productos alimenticios, ni la NEP, ni el plan del estado fueron ni podían ser previstos o predeterminados por el marxismo o el bolchevismo antes de octubre. Todos esos hechos y todos esos virajes fueron el resultado de la aplicación autónoma, independiente, crítica, caracterizada por el espíritu de iniciativa, de los métodos del bolchevismo en una situación a cada momento diferente.

Cada decisión, antes de ser adoptada, suscitaba grandes discusiones. La mera referencia a la tradición nunca fue un factor decisivo. Ante cada nueva tarea, en cada nuevo giro, no se trata de buscar en la tradición una respuesta inexistente sino de aprovechar toda la experiencia del partido para encontrar por sí mismo una nueva solución conveniente a la situación y, de ese modo, enriquecer la tradición. También se puede decir que el leninismo consiste en no mirar hacia atrás, en no dejarse influir por los precedentes, referencias y citas puramente formales.

El propio Lenin expresó recientemente este pensamiento con una frase de Napoleón: *on s'engage et puis on voit*. Dicho de otro modo, una vez embarcado en la lucha, no ocuparse demasiado de los modelos y de los precedentes, profundizar en la realidad tal cual es y buscar en ella las fuerzas necesarias para la victoria y las vías que conducen a ella. Por seguir esta línea, Lenin fue acusado en su propio partido, no una vez sino decenas de veces, de violar la tradición y repudiar el “viejo bolchevismo”.

Recordemos que los *otsovistas* intervenían invariablemente con el pretexto de la defensa de las tradiciones bolcheviques contra la desviación leninista (se encuentran materiales muy interesantes sobre este tema en la *Krásnaia Létopis*, número 9). Bajo la égida del “viejo bolchevismo”, en realidad bajo la égida de la tradición formal, ficticia, errónea, todo lo que había de rutinario en el partido se sublevó contra las “tesis de abril” de Lenin. Uno de los historiadores de nuestro partido (los historiadores de nuestro partido no tienen hasta el momento mucha suerte) me decía en el momento más crucial de los acontecimientos de octubre: “No estoy con Lenin porque soy un viejo bolchevique y sigo siendo partidario de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado”. La lucha de los “comunistas de izquierda” contra la paz de Brest-Litovsk y a favor la guerra revolucionaria también se hizo en nombre de la integridad de la tradición revolucionaria del partido, de la pureza del “viejo bolchevismo” que había que proteger de los peligros del oportunismo de estado. Es inútil recordar que toda la crítica de la “oposición obrera” consistió, en suma, en acusar al partido de violar las viejas tradiciones. Recientemente hemos visto a los intérpretes más oficiales de las tradiciones del partido en el problema nacional entrar en contradicción con las necesidades de la política del partido en lo referente a ese problema, así como con la posición de Lenin.

Se podría multiplicar estos ejemplos, dar gran cantidad de otros históricamente menos importantes, pero igualmente convincentes. Lo que acabamos de decir es suficiente para demostrar que cada vez que las condiciones objetivas exigen un nuevo giro, un viraje audaz, una iniciativa creadora, la resistencia conservadora manifiesta una tendencia natural a oponer a las nuevas tareas, a las nuevas condiciones, a la nueva orientación, las “viejas tradiciones”, el pretendido “viejo bolchevismo”, en realidad la envoltura vacía de un período que acabamos de dejar atrás.

Cuanto más cerrado en sí mismo está el partido, más impregnado está del sentimiento de su importancia intrínseca, reacciona más lentamente ante las necesidades de las bases y tiende más a oponer la tradición formal a las nuevas necesidades, a las nuevas tareas. Y si hay algo capaz de asestar un golpe mortal a la vida espiritual del partido y a la formación doctrinal de la juventud, ese algo es la transformación del leninismo, método que requiere en su aplicación iniciativa, pensamiento crítico y audacia ideológica, en un dogma que sólo exige intérpretes escogidos de una vez para siempre.

No podría concebirse el leninismo sin poder teórico, sin un análisis crítico de las bases materiales del proceso político. Es preciso aguzar y aplicar incesantemente el arma de la investigación marxista. En esto consiste la tradición, y no en la sustitución del análisis por una referencia formal o una cita casual. El leninismo no podría conciliarse con la superficialidad ideológica y la negligencia teórica.

No se puede fragmentar el pensamiento de Lenin en citas apropiadas para todos los casos, pues para Lenin la fórmula nunca estaba por encima de la realidad, siempre era el instrumento que permite aprehender la realidad y dominarla. Se puede encontrar fácilmente en Lenin decenas y centenares de pasajes que formalmente parecen contradecirse. Pero hay que observar no la relación formal de un texto con otro sino la relación real de cada uno de ellos con la realidad concreta en la cual la fórmula ha sido introducida como una palanca. La verdad leninista es siempre concreta.

Como sistema de acción revolucionaria, el leninismo presupone un sentido revolucionario estimulado por la reflexión y la experiencia y que equivale, en el campo social, a la sensación muscular en el trabajo físico. Pero no hay que confundir el sentido revolucionario con el olfato oportunista. Este último puede aportar éxitos efímeros, algunas veces hasta sensacionales; pero es un instinto político de orden menor, que siempre tiende hacia la línea de menor resistencia. Mientras que el leninismo trata de plantear y resolver los problemas revolucionarios fundamentales, de superar los principales obstáculos, su contrapartida demagógica consiste en eludir los problemas, en suscitar un apaciguamiento ilusorio, en adormecer el pensamiento crítico.

El leninismo es ante todo el realismo, la mejor apreciación cualitativa y cuantitativa de la realidad, desde el punto de vista de la acción revolucionaria. También es inconciliable con la evasión de la realidad, la pasividad, la pérdida de tiempo, la justificación altiva de los errores del pasado con el pretexto de salvar la tradición del partido.

El leninismo es la independencia verdadera con respecto a prejuicios, al doctrinarismo moralizador, a todas las formas del conservadurismo espiritual. Pero creer que el leninismo significa que “todo está permitido” sería un error irreparable. El leninismo resume la moral, no formal sino realmente revolucionaria, de la acción de masas y del partido de masas. Nada le es tan extraño como la altivez de los funcionarios y el cinismo burocrático. Un partido de masas tiene su moral, que es el vínculo entre los combatientes en y para la acción. La demagogia es inconciliable con el espíritu de un partido proletario porque es falaz: al dar una solución simplificada de las dificultades del momento socava inevitablemente el futuro y debilita la confianza del partido en sí mismo.

Ante la dificultad, y enfrentada a un serio peligro, la demagogia se convierte fácilmente en pánico. Ahora bien, es difícil yuxtaponer, incluso en el papel, el pánico y el leninismo.

El leninismo combate con puños y dientes. Pero la guerra es imposible sin astucia, sin subterfugios, sin engaños. La astucia en un combate victorioso es un elemento constitutivo de la política leninista. Pero a la vez, el leninismo es la suprema honestidad revolucionaria con respecto al partido y a la clase obrera. No emplea ni la ficción, ni la autopromoción ni la falsa grandeza.

El leninismo es ortodoxo, obstinado, irreducible, pero no implica ni formalismo, ni dogma, ni burocratismo. En la lucha, toma al toro por los cuernos. Pretender convertir las tradiciones del leninismo en una garantía dogmática de la infalibilidad de todas las frases y pensamientos de los intérpretes de estas tradiciones, significa ridiculizar la verdadera tradición revolucionaria y transformarla en burocratismo oficial. Es ridículo e inútil tratar de hipnotizar a un gran partido revolucionario con la repetición de las mismas fórmulas, en virtud de las cuales habría que buscar la línea justa no en la esencia de cada problema ni tampoco analizando y resolviendo correctamente ese problema sino en informaciones de carácter... biográfico.

En lo que a mí respecta, diré que no considero el camino por el que llegué al leninismo menos seguro que el de los otros. Mi comportamiento al servicio del partido constituye la única garantía; no puedo dar otra. Y si se quiere plantear la cuestión en el plano de las investigaciones biográficas, entonces hay que hacerlo como se debe.

Entonces habría que responder a preguntas espinosas: ¿todos los que fueron fieles al maestro en las pequeñas cosas lo fueron también en las grandes? ¿Todos los que demostraron docilidad en presencia del maestro han dado garantías con ello de que continuarán su obra en su ausencia? Pero no tengo intención de analizar estos problemas tomando como ejemplo a determinados camaradas con los que, en lo que a mí respecta, quiero continuar trabajando en buenos términos.

Cualesquiera sean las futuras dificultades y divergencias de opinión, sólo se logrará triunfar con el trabajo colectivo del pensamiento del partido, verificándose en todo momento a sí mismo y verificando de ese modo la continuidad del desarrollo.

Este carácter de la tradición revolucionaria está vinculado al carácter particular de la disciplina revolucionaria. Allí donde la tradición es conservadora, la disciplina es pasiva y se quiebra ante el primer síntoma de crisis. Allí donde, como en nuestro partido, la tradición consiste en la más alta actividad revolucionaria, la disciplina alcanza su punto máximo, pues su importancia decisiva se verifica constantemente en la acción. De aquí la alianza indestructible de la iniciativa revolucionaria, de la elaboración crítica, audaz, de los problemas, con la disciplina férrea en el momento de la acción. Y sólo por medio de esta actividad superior los jóvenes pueden recibir las enseñanzas de los viejos y continuar esa tradición de disciplina.

Nosotros valoramos más que nadie las tradiciones del bolchevismo. Pero que no se identifique el bolchevismo con el burocratismo ni la tradición con la rutina oficial.

VI La “subestimación” del campesinado

Algunos camaradas han adoptado en materia de crítica política, métodos muy particulares: afirman que me equivoco hoy en tal o cual cuestión porque no tuve razón en un determinado problema hace, por ejemplo, quince años.

Este método simplifica considerablemente mi tarea. Pero lo que habría que hacer es estudiar los problemas actuales por sí mismos.

Un problema planteado hace muchos años está desde hace tiempo agotado y juzgado por la historia, y para referirse a él no hace falta grandes esfuerzos de inteligencia; sólo es preciso memoria y buena fe. Pero en este sentido, no puedo decir que siempre ocurra así con mis críticos. Y voy a probarlo con un ejemplo relativo a uno de los problemas más importantes.

Uno de los argumentos favoritos en algunos medios durante estos últimos tiempos consiste en indicar (sobre todo indirectamente) que yo “subestimo” el papel del campesinado. Pero en vano se buscará en mis adversarios un análisis de este problema, hechos, citas; en una palabra, cualquier tipo de prueba. Casi siempre sus argumentaciones se reducen a alusiones a la teoría de la “revolución permanente” y a dos o tres rumores de pasillos. Nada más ni nada menos.

En lo concerniente a la teoría de la revolución permanente, no veo ninguna razón para renegar de lo que he escrito al respecto en 1904, 1905, 1906 y posteriormente. Aún ahora insisto en considerar que las ideas que yo desarrollaba en esa época están en su conjunto mucho más próximas al verdadero leninismo que la mayoría de los escritos que publicaban por ese entonces numerosos bolcheviques. La expresión “revolución permanente” pertenece a Marx, quien la aplicaba a la revolución de 1848. En la literatura marxista revolucionaria ese término siempre tuvo carta de ciudadanía. Franz Mehring lo usó a propósito de la revolución de 1905-1907. La revolución permanente es la revolución continua, sin interrupción. ¿Cuál es el pensamiento político que se intenta resumir en esta expresión?³

Para nosotros comunistas, este pensamiento consiste en la afirmación de que la revolución no acaba después de una determinada conquista política, tras de la obtención de una determinada reforma social, sino que continúa desarrollándose hasta la realización del socialismo integral. Así pues, una vez comenzada, la revolución (en la que participamos y que dirigimos) en ningún caso es interrumpida por nosotros en una etapa formal determinada.

Por el contrario, no dejamos de realizar y de llevar adelante esta revolución, conforme a la situación, en tanto que ella no haya agotado todas las posibilidades y todos los recursos del movimiento. Este concepto se aplica tanto a las conquistas de la revolución en un país como a su ampliación en el área internacional. En el caso de Rusia esta teoría

3 L. Trotsky, *La revolución permanente*, en estas mismas *Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*; Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 (con anexos)*, en particular ver páginas 76, 95 y 99 del formato pdf, en *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*; Franz Mehring, *La revolución en permanencia*, en la serie *Mehring, Franz*, de nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria*.

significaba: lo que necesitamos no es la república burguesa ni tampoco la dictadura democrática del proletariado y del campesinado, sino el gobierno obrero apoyado por el campesinado que inicie la era de la revolución socialista internacional.

Así pues, la idea de la revolución permanente coincide totalmente con la línea estratégica fundamental del bolchevismo. En rigor, podía no vérsela así hace una quincena de años. Pero es imposible no comprenderla y no reconocerla ahora, cuando las fórmulas generales han sido verificadas por la experiencia.

No se podrá descubrir en mis escritos de esa época la menor tentativa de “pasar por encima” del campesinado. La teoría de la revolución permanente *conducía directamente al leninismo y en particular a las Tesis de abril de 1917*. Ahora bien, esas tesis que predeterminaron la política de nuestro partido con vistas a octubre y en el momento de la insurrección provocaron, como se sabe, el pánico en muchos de aquellos que ahora sólo hablan con un santo horror de la teoría de la revolución permanente.

Analizar todos esos problemas con camaradas que desde hace tiempo dejaron de leer y viven únicamente de sus recuerdos de juventud es cosa penosa y por otra parte inútil. Pero los camaradas, y en primer lugar los jóvenes comunistas, que todavía poseen el fuego sagrado del partido, y que, en todo caso, no se dejan asustar por las palabras cabalísticas como tampoco por la palabra “permanente”, harán bien en leer, lápiz en mano, las obras de esa época, a favor y en contra de la revolución permanente y en tratar de vincularlas con la Revolución de Octubre.

Sin embargo, lo que importa aún más es el estudio de los hechos durante y después de octubre. Allí se pueden verificar todos los detalles. Inútil es decir que con respecto a la adopción política por parte de nuestro partido del programa agrario de los socialistas revolucionarios no hubo entre Lenin y yo ni la sombra de un disentimiento. Lo mismo ocurrió en lo que respecta al decreto sobre la tierra.

Quizás nuestra política campesina haya sido errónea en algunos puntos particulares, pero nunca provocó entre nosotros la más mínima divergencia. Nuestra política se orientó hacia el campesinado medio con mi activa participación. La experiencia del trabajo en el sector militar contribuyó en gran medida a la realización de esta política. ¿Cómo se habría podido subestimar el papel y la importancia del campesinado en la formación de un ejército revolucionario reclutado entre los campesinos y organizado con la ayuda de los obreros más esclarecidos?

Basta examinar nuestra literatura política militar para ver hasta qué punto estaba impregnada de la idea de que la guerra civil es políticamente la lucha del proletariado en oposición a los contrarrevolucionarios por la conquista del campesinado y que la victoria sólo puede ser asegurada con el establecimiento de relaciones racionales entre los obreros y los campesinos, tanto en un regimiento aislado como a escala de las operaciones militares y en todo el estado.

En marzo de 1919, en un informe enviado al comité central desde la región del Volga donde me encontraba entonces, yo sostenía la necesidad de una aplicación más efectiva de nuestra política orientada hacia el campesino medio y protestaba por la negligencia del partido al respecto. En un informe inspirado directamente por una discusión en la organización de Senguileev, yo escribía:

“La situación política actual (que, por otra parte, quizás dure largo tiempo) corresponde a una realidad económico-social mucho más profunda, pues si la revolución proletaria triunfa en Occidente, *para realizar el socialismo deberemos apoyarnos en gran medida en el campesino medio y hacerlo participar de la economía socialista.*”

Sin embargo, la orientación hacia el campesino medio, en su primera forma (“testimoniar interés por el campesinado”, “no darle órdenes”, etc.) se rebeló insuficiente.

Cada vez más se sentía la *necesidad de modificar la política económica*. Influido por mis observaciones por el estado de ánimo del ejército y mis comprobaciones durante un viaje de inspección económica que realicé en la zona de los Urales, escribí al comité central en 1920:

“La política actual de requisa de los productos alimenticios, de responsabilidad colectiva para la entrega de estos productos y de reparto equitativo de los productos industriales provoca la decadencia progresiva de la agricultura, la dispersión del proletariado industrial y amenaza con desorganizar totalmente la vida económica del país.”

Como medida práctica fundamental yo proponía:

“Reemplazar la requisa de los excedentes por un descuento proporcional a la cantidad de la producción (una especie de impuesto progresivo sobre el ingreso) y establecido de tal modo que siempre sea ventajoso aumentar la superficie sembrada o cultivarla mejor.”

Mi texto⁴ proponía, en resumen, pasar a la NEP en el campo. A esta proposición estaba vinculada otra que concernía a la nueva organización de la industria, proposición mucho menos detallada y mucho más circunspecta, pero dirigida en general contra el régimen de las “centrales” que suprimía toda coordinación entre la industria y la agricultura.

Esas proposiciones fueron rechazadas por el Comité Central. Esa fue nuestra única divergencia de opinión sobre el problema campesino.

¿En qué medida la adopción de la NEP era racional en febrero de 1920? Las opiniones pueden diferir al respecto. Personalmente, estoy seguro de que habría sido ventajosa. En todo caso, de los documentos que acabo de citar es imposible sacar la conclusión de que yo ignoraba sistemáticamente al campesinado o que no apreciaba suficientemente el papel que desempeñaba...

4 Reproducimos aquí la parte fundamental de ese documento:

“Las tierras de los señores y de la corona han sido entregadas al campesinado. Toda nuestra política va dirigida contra los campesinos poseedores de una gran extensión de tierra, de un gran número de caballos: los kulaks. Además, nuestra política de reabastecimiento está basada en la requisa de los excedentes de producción agrícola (norma de consumo). Esto incita al campesino a cultivar sólo en la medida de las necesidades de su familia. En particular el decreto sobre la requisa de la tercera vaca (considerada como superflua) provoca la matanza clandestina de vacas, la venta secreta de la carne a precios altos, y la declinación de la industria de productos lácteos. A la vez, los elementos semiproletarios y hasta proletarios de las ciudades se establecen en los pueblos en donde organizan explotaciones. La industria pierde su mano de obra y, en la agricultura, la cantidad de explotaciones aisladas que se bastan a sí mismas tiende a aumentar continuamente. De esa manera se sabotea la base de nuestra política de reabastecimiento, basada en la requisa de excedentes. Si en el curso de este año la requisa da una cantidad más elevada de productos, hay que atribuirlo a la extensión del territorio soviético y a un cierto mejoramiento del aparato de reabastecimiento. Pero, en general, los recursos alimenticios del país amenazan con agotarse y ninguna mejora del aparato de requisa podrá remediar ese hecho. Las tendencias a la crisis económica pueden ser combatidas con los siguientes métodos:

1. Reemplazar la requisa de los excedentes por un descuento proporcional a la cantidad de la producción (una especie de impuesto progresivo sobre el ingreso agrícola) y establecido de tal forma que resulte beneficioso, no obstante, el aumento de la superficie cultivada, o el mejoramiento del cultivo.
2. Instituir una correlación más rigurosa entre los productos de la industria entregados a los campesinos y la cantidad de trigo proporcionada por ellos, no solamente por cantones y burgos sino también por explotaciones rurales.

Hacer participar en esta tarea a las empresas industriales locales. Pagar en parte a los campesinos, por las materias primas, el combustible y los productos alimenticios, que proporcionan, con productos de empresas industriales.

En todo caso, es evidente que la actual política de requisa según las normas de consumo, de responsabilidad colectiva para la entrega de los productos y de reparto igualitario de los productos industriales contribuye a la declinación de la agricultura, a la dispersión del proletariado y amenaza con desorganizar totalmente la vida económica del país.” (LT) [Febrero de 1920]

La discusión sobre los sindicatos fue provocada por el impasse económico en que nos hallábamos debido a la requisita de los productos alimenticios y del régimen de las omnipotentes “centrales”. ¿La vinculación de los sindicatos con los órganos económicos podía remediar la situación? Evidentemente no. Pero ninguna otra medida podía tampoco arreglar la situación mientras subsistiese el régimen económico del “comunismo de guerra”.

Esas discusiones episódicas desaparecieron ante la decisión de recurrir al mercado, decisión de una importancia capital y que no suscitó ninguna divergencia. La nueva resolución relativa a la tarea de los sindicatos sobre la base de la NEP fue elaborada por Lenin en el X y XI Congreso y adoptada por unanimidad.

Podría citar por lo menos una decena de otros hechos políticamente menos importantes pero que desmienten también claramente la fábula de mi pretendida “subestimación del papel del campesinado” ¿Es, sin embargo, necesario, es acaso posible refutar una afirmación totalmente indemostrable y basada únicamente en la mala fe o, en el mejor de los casos, en una carencia de memoria?

¿Es cierto, por otra parte, que la característica fundamental del oportunismo internacional sea la subestimación del papel del campesinado? Esto no es verdad. La característica esencial del oportunismo, incluido nuestro menchevismo ruso, es la subestimación del papel del *proletariado* o, más exactamente, la falta de confianza en su fuerza revolucionaria.

Los mencheviques fundaban toda su argumentación contra la toma del poder por parte del proletariado en el gran número de campesinos y en su papel social determinante en Rusia. Los socialistas revolucionarios consideraban que el campesinado estaba hecho para dirigir al país, bajo su dirección y por su intermedio.

Los mencheviques, que hicieron causa común con los socialistas revolucionarios en los momentos más críticos de la revolución, estimaban que por su misma naturaleza el campesinado estaba destinado a ser el apoyo principal de la democracia burguesa, a la cual ayudaban en toda ocasión, ya sea sosteniendo a los socialistas revolucionarios o a los cadetes. En realidad, en estas combinaciones, los mencheviques y los socialistas revolucionarios entregaron a la burguesía a los campesinos atados de pies y manos.

Se puede afirmar, es cierto, que los mencheviques y los socialistas revolucionarios subestimaban el probable papel del campesinado *con respecto a la burguesía*; pero subestimaban más aún el papel del proletariado con respecto al del campesinado. Y de esta última subestimación derivaba lógicamente la primera.

Los mencheviques rechazaban como una utopía, como un sinsentido, el papel dirigente del proletariado respecto al campesinado, con todas las consecuencias que de ello derivaban, es decir la conquista del poder por parte del proletariado apoyado en el campesinado. Este era el punto débil de los mencheviques.

Por otra parte, ¿cuáles eran, en nuestro propio partido, los principales argumentos contra la toma de poder antes de octubre? ¿consistían en una subestimación del papel del campesinado? Por el contrario, eran una sobrestimación de su papel en relación al del proletariado. Los camaradas que se oponían a la toma del poder alegaban principalmente que el proletariado sería aplastado por el elemento pequeño burgués cuya base era una población de más de cien millones de campesinos.

El término “subestimación” por sí solo no expresa nada ni teórica ni políticamente, pues se trata no del peso absoluto del campesinado en la historia sino de su papel y de su importancia *con relación* a otras clases: por una parte, con la burguesía y, por otra, con el proletariado.

El problema puede y debe ser planteado concretamente, es decir, desde la perspectiva de la relación dinámica de las fuerzas de las diversas clases. El problema que tiene para

la revolución una importancia considerable políticamente (decisiva en ciertos casos pero diferente según el país) reside en saber si, en el período revolucionario, el proletariado arrastrará consigo a los campesinos y en qué proporción.

El problema que, desde el punto de vista económico, tiene una gran importancia (decisiva en algunos países como el nuestro, pero muy diferente según el caso) es saber en qué medida el proletariado en el poder logrará conciliar las exigencias de la construcción del socialismo con las de la economía campesina.

Pero en todos los países y en todas las condiciones, la característica esencial del oportunismo reside en la sobrestimación de la fuerza de la clase burguesa y de las clases intermedias y en la subestimación de la fuerza del proletariado.

Ridícula, por no decir absurda, es la pretensión de establecer una fórmula bolchevique universal del problema campesino, válida para la Rusia de 1917 y para la de 1923, para Norteamérica con sus granjeros y para Polonia con su gran propiedad terrateniente.

El bolchevismo comenzó con el programa de la restitución de su pedazo de tierra al campesino, reemplazó ese programa por el de la nacionalización, hizo suyo, en 1917, el programa agrario de los socialistas revolucionarios, estableció el sistema de la requisita de los productos alimenticios, luego lo reemplazó por el impuesto a los alimentos... Y sin embargo, estamos todavía muy lejos de haber solucionado el problema campesino y habrá que efectuar muchos cambios y virajes en ese sentido.

¿Acaso no es evidente que no se puede disgregar las tareas prácticas actuales en fórmulas generales creadas por la experiencia del pasado? ¿Que no se puede reemplazar la solución de los problemas de organización económica con recurrir simplemente a la tradición? ¿Que no se puede, cuando se decide emprender un camino histórico, basarse únicamente en recuerdos y analogías?

En la actualidad, el objetivo económico fundamental consiste en establecer entre la industria y la agricultura y, en consecuencia, dentro de la industria, una correlación que permita a la industria desarrollarse con el mínimo de crisis, enfrentamientos y perturbaciones y que asegure a la industria y comercio estatales un predominio creciente sobre el capital privado.

Ese es el problema general, que se divide a su vez en una serie de problemas particulares: ¿cuáles son los métodos a seguir para el establecimiento de una armonía racional entre la ciudad y el campo?, ¿entre los transportes, las finanzas y la industria?, ¿entre la industria y el comercio? ¿Cuáles son, finalmente, los datos estadísticos concretos que permitan en todo momento establecer los planes y los cálculos económicos más apropiados para la situación?

Evidentemente, estos son problemas cuya solución no puede estar predeterminada por una fórmula política general cualquiera. La respuesta concreta hay que hallarla en el proceso de realización.

Lo que el campesino nos pide no es la repetición de una fórmula histórica justa de las relaciones de clase (“soldadura” entre la ciudad y el campo, etc.) sino que le proporcionemos clavos, telas y fósforos a buen precio. Sólo podremos llegar a satisfacer esas reivindicaciones por medio de una aplicación cada vez más decidida de los métodos de registro, organización, producción, venta, verificación del trabajo, correcciones y cambios radicales.

¿Estos problemas tienen un carácter de principio de programa? No, porque ni los programas ni la tradición teórica del partido están vinculados ni pueden estarlo al respecto, puesto que carecemos de la experiencia, a partir de la cual se puede llegar a generalizar.

¿La importancia práctica de estos problemas es grande? Inconmensurable. De su solución depende la suerte de la revolución. En esas condiciones, tratar de diluir cada

problema práctico, y las divergencias que se producen, en la “tradicción” del partido transformada en abstracción significa la mayoría de las veces renunciar a lo que hay de más importante en esta tradición: la situación y la solución de cada problema en su realidad integral.

Es preciso dejar de charlar sobre la subestimación del papel del campesinado. Lo que hay que hacer es rebajar el precio de las mercancías destinadas a los campesinos.

VII El Plan en la economía (*El decreto n° 1042*)

En la discusión actual, oral y escrita, el decreto número 1.042 ha sido citado con gran frecuencia no sé por qué causa. ¿Por qué ocurre eso? ¿Cómo? Sin duda, la mayoría de los miembros del partido han olvidado la significación de ese número misterioso. Se trata de la orden del Comisariado de Transportes del 22 de mayo de 1920 referida a la reparación de las locomotoras. Me parece que desde entonces transcurrió bastante tiempo y en la actualidad hay muchos problemas más urgentes que el de la organización de la reparación de locomotoras en 1920. Existen planes e instrucciones mucho más recientes en la metalurgia, la construcción de máquinas y en particular de máquinas agrícolas. Hay una resolución clara y precisa del XII Congreso sobre el sentido y las tareas del plan que la dirección debe realizar. Tenemos la experiencia reciente de la realización del plan de trabajo para 1923. ¿Por qué entonces precisamente ahora reaparece, como el *deus ex machina* del teatro romano, ese plan del período del comunismo de guerra?

Ha reaparecido porque detrás de la tramoya había directores de escena para los cuales su aparición era necesaria para el desenlace del drama. ¿Quiénes son esos directores y por qué tan súbitamente han sentido la necesidad del decreto 1.042? Es totalmente incomprensible. Habría que creer que este decreto ha sido exhumado por personas afectadas de una irresistible preocupación por establecer la verdad histórica. Es evidente que ellos también saben que hay muchos problemas más importantes y más actuales que el plan de reparación del material rodante de los ferrocarriles, puesto en práctica hace casi cuatro años. Pero juzguen ustedes mismos: ¿cómo seguir adelante, cómo establecer nuevos planes, cómo estar seguros de su justeza, de su éxito, sin comenzar por explicar a todos los ciudadanos rusos que el decreto 1.042 era un decreto erróneo, que descuidaba el factor campesinado, que despreciaba la tradición del partido y tendía a la constitución de una fracción? A simple vista, 1.042 parece un simple número de resolución. Pero no hay que dejarse llevar por las apariencias. Si se presta un poco más de atención y de clarividencia se verá que el número 1.042 no es, en el fondo, mejor que el número apocalíptico 666, símbolo de la Bestia. Es preciso comenzar por aplastar la cabeza de la Bestia apocalíptica y solamente entonces se podrá hablar libremente de los nuevos planes económicos aún no cubiertos por una prescripción de cuatro años...

A decir verdad, no tenía en principio ningún deseo de entretener a mis lectores con el decreto 1.042. Con mayor razón cuanto que los ataques de que es objeto se reducen a subterfugios y vagas alusiones destinadas a hacer creer que el que las utiliza sabe mucho más de lo que dice, cuando en realidad el infeliz no sabe nada de nada. En ese sentido, las “acusaciones” contra el decreto 1.042 no difieren mucho de las 1.041 acusaciones lanzadas contra mí... Se ha suplido la calidad por la cantidad. Se desvirtúan inescrupulosamente los hechos, se desfiguran los textos, se modifican las proporciones, se acumula todo en un montón sin orden ni método. Para poder hacerse una idea clara de las divergencias y de los errores del pasado, habría que poder reconstruir exactamente la situación en ese momento. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Y vale la pena, cuando deliberadamente se han ignorado numerosas acusaciones esencialmente falsas, reaccionar ante la reaparición del “decreto 1.042”?

Luego de haber reflexionado un poco, llegué a la conclusión de que sí valía la pena, porque éste es un caso típico de denuncia basada en la ligereza y la mala fe. El caso del decreto 1.042 es un caso concreto, referido a la producción, y que por consiguiente contiene datos precisos, cifras y medidas. Es relativamente fácil y simple repetir informaciones seguras, citar hechos evidentes; la simple prudencia debería hacer callar a los que se ocupan del tema, pues es bastante fácil demostrar que hablan de lo que no saben ni tampoco comprenden. Además, si este ejemplo concreto, preciso, demuestra que el *deus ex machina* sólo es en realidad un bufón frívolo, quizás ayude al lector a comprender los métodos de puesta en escena que existen en las otras “acusaciones”, cuya vacuidad desgraciadamente es mucho menos verificable que la del decreto 1.042.

Trataré, en mi exposición del caso, de no limitarme a los datos históricos y de vincular la cuestión del decreto 1.042 a los problemas del plan de organización y de dirección económicas. Los ejemplos concretos que daré posiblemente hagan más claro todo este asunto.

El decreto 1.042, concerniente a la reparación de las locomotoras y a la utilización metódica con ese objeto de todas las fuerzas y los recursos de la administración ferroviaria y estatal en ese campo, fue largamente elaborado por los mejores especialistas que todavía ocupan puestos elevados en la dirección de ferrocarriles. La aplicación de la orden comenzó prácticamente en mayo-junio, aunque se establecía el 1 de julio de 1920 como fecha de iniciación. El plan interesaba no solamente a los talleres de reparación de la red ferroviaria sino también a las fábricas correspondientes del Consejo de Economía Nacional. Reproducimos a continuación un cuadro comparativo que indica la realización del plan por parte de los talleres ferroviarios y por parte de las fábricas del consejo de la economía. Nuestras cifras reproducen datos oficiales incuestionables presentados periódicamente al Consejo de Trabajo y Defensa por la Comisión Principal de Transportes y firmados por los representantes del Comisariado de Transporte y del Consejo de Economía Nacional.

Así, gracias a la intensificación del trabajo en los talleres del Comisariado de Transporte, fue posible aumentar desde octubre en un 28 % la norma fijada, durante los primeros cuatro meses de 1921, la ejecución del plan fue un poco inferior a dicha norma. Pero después, cuando Dzerzhinsky ocupó el puesto de comisario de transporte se enfrentó con dificultades ajenas a su voluntad. Por una parte, la carencia de material y de productos elementales para el personal afectado a reparaciones; por otra parte, la gran escasez de combustible, que imposibilitaba hasta la utilización de las locomotoras existentes, En consecuencia, el Consejo de Trabajo y Defensa decidió, por un decreto del 22 de abril de 1921 disminuir, durante el resto de 1921, las normas de reparación de las locomotoras determinadas por el plan 1.042. En los últimos ocho meses de 1921, el trabajo del Comisariado de Transporte representa un 88 % y el del Consejo de Economía Nacional el 44 % del plan primitivo.

Los resultados de la ejecución del decreto 1042 durante el primer semestre, el más crítico para el sector transportes, son expuestos del siguiente modo en las tesis adoptadas por el buró político del partido para el VIII Congreso de los Soviets:

“El programa de reparación adquirió un carácter preciso no solamente para los talleres ferroviarios sino también para las fábricas del Consejo de Economía Nacional destinadas a transportes. El programa de reparaciones, establecido como resultado de un gran trabajo y aprobado por la Comisión Principal de Transportes, fue sin embargo ejecutado en una proporción muy diferente en los talleres ferroviarios (Comisariado de Transporte) y en las fábricas (Consejo de Economía Nacional).

*Realización del decreto número 1.042
(Porcentaje de realización del plan)*

	Talleres ferroviarios	Fábricas del Consejo de Economía Nacional
<i>1920</i>		
julio	135	40,5
agosto	131,6	74
septiembre	139,3	80
Octubre(5)	130	51
noviembre	124,6	70
diciembre	120,8	66
Total	130,2	70(6)
<i>1921</i>		
enero	95	36
febrero	90	38
marzo	101	
abril	98	26

Mientras que en los talleres la reparación total y media expresada en unidades de reparación media pasó durante ese año de 258 locomotores a más de 1.000, es decir, aumentó cuatro veces, representando así un 130 % del programa mensual fijado, las fábricas del Consejo de Economía sólo proporcionaron material y piezas de recambio en la proporción de un tercio del programa establecido por la Comisión de Transportes, de acuerdo con las dos administraciones (ferroviaria y Consejo de Economía).

Pero a partir de un cierto momento, la ejecución de las normas establecidas por el decreto 1.042 se torna imposible, como consecuencia de la insuficiencia de materias primas y de combustible. Eso prueba precisamente que el decreto era erróneo, dirán ciertos críticos (que por otra parte recién acaban de conocer el hecho al leer estas líneas). ¿Qué otra cosa responderles sino que el decreto 1.042 reglamentaba la reparación de locomotoras pero no la producción de metales y la extracción del carbón reglamentada por otras órdenes y otras instituciones? El decreto 1.042 no era un plan económico universal sino solamente un plan referido a los transportes.

Pero, se dirá, ¿no había que tener en cuenta los recursos de combustible, de metales, etc.? Evidentemente, y precisamente por eso fue creada la Comisión de Transportes en la que participaron, con paridad de representantes, el Comisariado de Transportes y el Consejo de Economía Nacional. El plan fue establecido según las indicaciones de los representantes del Consejo de Economía Nacional que declararon que podían proporcionar los materiales necesarios. Si hubo un error de cálculo, la culpa recae totalmente en el Consejo de Economía.

¿Esto era lo que querían decir los críticos? Lo dudo. Estos críticos se muestran muy interesados en la verdad histórica pero a condición de que ésta les otorgue alguna ventaja. Ahora bien, entre esos críticos *post factum* hay algunos que en aquella época eran responsables de la gestión del Consejo de Economía Nacional. Pero, en sus críticas, se equivocan simplemente de dirección. Eso puede ocurrir. Como circunstancia atenuante,

5 Considerando los éxitos obtenidos en la ejecución del plan, la norma aumentó, a partir de octubre, en un 28 %. (L T)

6 En lo que respecta al aprovisionamiento de los talleres ferroviarios en materiales y piezas de repuesto, las fábricas del Consejo de Economía Nacional realizaron el programa que se habían fijado sólo en un 30 %. (L T)

por otra parte, hay que reconocer que las previsiones relativas a la extracción del carbón, la producción de metales, etc., eran entonces mucho más difíciles de precisar que ahora. Si las previsiones del Comisariado de Transporte en lo concerniente a la reparación de las locomotoras eran incomparablemente más exactas que las del Consejo de Economía Nacional, era porque, al menos hasta cierto punto, la administración de los ferrocarriles estaba más centralizada y tenía mayor experiencia. Eso lo reconocemos, pero no cambia nada en lo que respecta al error de evaluación totalmente imputable al Consejo de Economía.

Ese error, que requirió la disminución de las normas del plan pero que no provocó su supresión, no constituye prueba ni a favor ni en contra del decreto 1.042, que tenía esencialmente un carácter orientador y que registraba las modificaciones periódicas sugeridas por la experiencia. *La regularización de un plan de producción es uno de los puntos más importantes de su realización.* Hemos visto anteriormente que las normas de producción del decreto 1.042 fueron aumentadas, a partir de octubre de 1920, en un 28 %, debido a que la capacidad de producción de los talleres del Comisariado de Transporte era, gracias a las medidas adoptadas, más elevada de lo que se había supuesto. También hemos visto cómo esas normas fueron sensiblemente disminuidas a partir de mayo de 1921, debido a circunstancias independientes del citado comisariado. Pero la disminución y el aumento de esas normas se hicieron siguiendo un plan determinado *cuya base fue proporcionada* por el decreto 1.042.

Eso es lo máximo que se le puede exigir de un plan de orientación. Evidentemente, lo que tenía mayor importancia eran las cifras de los primeros meses, el semestre del año siguiente, las otras sólo podían ser aproximativas. Ninguno de los que participaron en la elaboración del decreto pensó en ese momento que su ejecución duraría exactamente cuatro años y medio. Cuando se contempló la posibilidad de elevar la norma, el período teórico aproximativo fue reducido a tres años y medio. La carencia de materiales originó una nueva prolongación. Pero a pesar de todo, en el período más crítico del funcionamiento de los transportes (fines de 1920 y comienzos de 1921) el decreto era adaptado a la realidad, la reparación de las locomotoras se efectuó de acuerdo con un plan determinado, se cuadruplicó la actividad y los ferrocarriles se salvaron de una catástrofe inminente.

No sé con qué planes ideales nuestros honorables críticos comparan el decreto 1.042. Creo que deberían compararlo con la situación anterior a su promulgación. Ahora bien, en esa época, las locomotoras estaban asignadas a cada fábrica que hacía el trabajo para reabastecerse de productos alimenticios. Se trataba de una medida desesperada que provocaba la desorganización del transporte y un derroche monstruoso del trabajo necesario para las reparaciones. El decreto 1.042 instauró una unificación, introdujo en la reparación los elementos de la organización racional del trabajo afectando series determinadas de locomotoras a talleres determinados, de manera que la reparación del material dependiera ya no de los esfuerzos dispersos de la clase obrera sino de un registro más o menos exacto de las fuerzas y de los recursos de la administración de transportes. En esto reside la importancia fundamental del decreto 1.042, independientemente del grado de coincidencia de las cifras del plan con las cifras de ejecución. Pero, como ya hemos dicho, a pesar de este problema, igualmente todo fue bien.

Evidentemente, ahora que los hechos han sido olvidados, algunas personas pueden decir sobre el plan 1.042 todo lo que se les ocurra con la esperanza de que nadie se molestará en revisar los papeles y que, aunque eso se haga, algo de todo lo que dicen será cierto. Pero en esa época, el asunto era perfectamente claro e incuestionable. Se podría dar decenas de testimonios, pero yo elegiré tres, más o menos autorizados pero característicos cada uno en su género.

El 3 de junio, *Pravda* apreciaba de este modo la situación de los transportes:

“... Ahora, el funcionamiento de los transportes ha mejorado en ciertos aspectos. Cualquier observador, incluso el más superficial, puede comprobar un cierto ordenamiento, muy imperfecto todavía, pero que antes no existía. Por primera vez, se ha elaborado *un plan de producción preciso*, se ha fijado una tarea determinada a los talleres, a las fábricas y a los depósitos. Desde la revolución, es la primera vez que se efectúa un registro completo y exacto de todas las posibilidades de producción. Desde este punto de vista, el decreto 1.042, firmado por Trotsky, representa un cambio en nuestro trabajo en el sector del transporte...”

Pero vamos a reproducir un testimonio más autorizado y basado en la experiencia de un semestre. En el VIII Congreso de los Soviets, Lenin decía:

“... ya han visto ustedes en las tesis de los camaradas Iemshánov y Trotsky que, en este dominio, reparación de los transportes, se trata de un plan de largo alcance. El decreto número 1.042 fue calculado para cinco años, y en cinco años podemos reconstruir nuestro transporte, disminuir el número de locomotoras averiadas, y quisiera destacar, como lo más difícil quizá, la indicación de la novena tesis, que se refiere a que ya hemos reducido este plazo.

Cuando se publican grandes planes, calculados para muchos años, aparecen a menudo escépticos que dicen: no podemos calcular para tantos años; ojalá se pueda hacer lo que necesitamos ya mismo. Camaradas, hay que saber combinar lo uno con lo otro; no es posible trabajar sin tener un plan calculado para un largo período y para un serio éxito. El indudable mejoramiento del trabajo en el transporte demuestra que esto es realmente así. Les invito a examinar el pasaje de la novena tesis, donde dice que el plazo para la reconstrucción del transporte, que era de cinco años, fue reducido ya, porque se ha trabajado sobrepasando la norma; el plazo fijado ahora es de tres años y medio. Es necesario trabajar también así en todas las otras ramas de la economía.” (Lenin, Obras Completas, edición en español, tomo XXXI, pág. 489).

Por último, un año después de la publicación del decreto 1.042, leemos en la orden de Dzerzhinsky titulada Bases del futuro trabajo del *Comisariado de Transportes*, fechado el 27 de mayo de 1921:

“Considerando que la disminución de la norma de los decretos 1.042 y 1.157, que constituyen las *primeras y brillantes experiencias de trabajo de acuerdo con un plan económico*, es temporaria y debida a la crisis del aprovisionamiento de combustible..., es preciso adoptar las medidas necesarias para apoyar y restablecer el aprovisionamiento de los talleres...”

Así, luego de una experiencia de unos años y de la forzosa disminución de las normas de reparación, el nuevo director (después de Iemshánov) de ferrocarriles reconocía que el decreto 1.042 había sido “una primera y brillante experiencia de la aplicación del plan en el dominio económico”. Dudo que sea posible rehacer, transformar ahora la historia, al menos en lo que hace a la reparación del material ferroviario. Sin embargo, en la actualidad muchas personas tratan de rehacer los hechos y de adaptarlos a las “necesidades” del presente. Pero no creo que esta reforma (efectuada también según un “plan”) tenga ninguna utilidad social y pueda tener finalmente resultados apreciables...

Es cierto que Marx llamó a la revolución la locomotora de la historia. Pero si bien es posible restaurar las locomotoras del ferrocarril, no creo que se pueda hacer lo mismo con la locomotora de la historia... En lenguaje común, esas tentativas se llaman falsificaciones.

Para embarullar la cuestión algunos podrían hacer a un lado las cifras y los hechos y hablar de la *Comisión Central de los Transportes* o de los pedidos de locomotoras al

exterior. Creo que conviene señalar que estas cuestiones no guardan entre sí ninguna relación. El decreto 1.042 siguió regulando el trabajo de reparación bajo la dirección de Iemshánov y luego con la de Dzerzhinsky, mientras que la composición de la Comisión Central de los Transportes fue completamente cambiada. En lo que respecta a los pedidos de locomotoras al exterior, debo observar que *toda esta operación fue resuelta y realizada fuera del Comisariado de los Transportes e independientemente del decreto 1.042 y de su ejecución*. Y si alguien quiere desmentir estos hechos, que se atreva a hacerlo.

Como ya hemos visto, la comisión principal de transporte realizó en forma parcial y vacilante el objetivo de armonizar las ramas conexas de la economía, trabajo que ahora, en una escala más amplia y sistemática representa el objetivo del plan estatal, el Gosplan. El ejemplo que hemos citado pone en evidencia cuáles son las tareas y las dificultades de la realización del plan en la dirección económica.

Ninguna rama industrial, grande o pequeña, ni ninguna empresa pueden repartir racionalmente sus recursos y sus fuerzas sin contar con un plan orientador. Al mismo tiempo, todos esos planes parciales son relativos, dependen y se condicionan entre sí. Esta dependencia recíproca debe necesariamente servir de criterio fundamental en la elaboración y luego en la realización de los planes, es decir, en su verificación periódica sobre la base de los resultados obtenidos.

Nada es más fácil que burlarse de los planes establecidos para muchos años y que sobre la marcha se revelan como inconsistentes. De esos planes hubo muchos, y es inútil repetir que la fantasía no debe ser tenida en cuenta en el campo de la economía. Pero para llegar a establecer planes racionales desgraciadamente es preciso comenzar con planes más sencillos, así como fue preciso comenzar con el hacha de piedra para llegar al cuchillo de acero.

Es notable como muchas personas tienen todavía ideas infantiles sobre el problema del plan económico: “No tenemos necesidad [dicen], de numerosos [?!] planes; tenemos un plan de electrificación, comencemos a ejecutarlo.” Este razonamiento evidencia un total desconocimiento de los elementos mismos del problema. El plan de electrificación está totalmente subordinado a los planes de las ramas fundamentales de la industria, del transporte, de las finanzas y de la agricultura. Todos estos planes parciales deben ser ante todo concertados entre sí de acuerdo con los datos que se poseen sobre nuestros recursos y nuestras posibilidades económicas.

Sólo sobre un plan general concertado de ese modo, anual por ejemplo (que comprenda las fracciones anuales de los planes particulares para tres años, etc., y que represente sólo una hipótesis), puede y debe basarse el organismo dirigente que asegura la realización del plan y que aporta las modificaciones necesarias en el curso de esa realización. Al ser elástica, la dirección no cae entonces en una serie de improvisaciones, en la medida en que se base en una concepción general lógica del conjunto del proceso económico. Y así tenderá, introduciendo las modificaciones necesarias, a perfeccionar, a precisar el plan económico de acuerdo con las condiciones y con los recursos materiales.

Ese es el esquema general del plan en la economía estatal. Pero la existencia del mercado complica considerablemente su realización. En las regiones más alejadas, la economía estatal se suelda, o al menos trata de soldarse, con la pequeña economía campesina. El instrumento directo de esta soldadura es el comercio de los productos de la pequeña y, en parte, de la mediana industria, y sólo mucho más tarde, en forma indirecta y parcial, entra en juego la gran industria al servicio directo del estado (ejército, transportes, industria estatal). La economía campesina no está regida por un plan, sino que está condicionada por el mercado que se desarrolla espontáneamente. El estado puede y debe actuar sobre ella, impulsarla hacia adelante, pero todavía es absolutamente incapaz de canalizarla de acuerdo con un plan único. Hacen falta todavía muchos años para lograr

eso (probablemente gracias, sobre todo, a la electrificación). En el próximo período, que es el que nos interesa directamente, tendremos una economía estatal dirigida según un plan determinado, que se soldará cada vez más con el mercado campesino y, en consecuencia, se adaptará a este último a medida que se vaya desarrollando.

Aunque ese mercado se desarrolle espontánea y naturalmente, eso no quiere decir que la industria estatal debe adaptarse a él también espontáneamente. Por el contrario, nuestros éxitos en la organización económica dependerán en gran parte de la medida en que, por medio de un conocimiento exacto de las condiciones del mercado y de previsiones económicas justas, lleguemos a coordinar la industria estatal con la agricultura según un plan determinado. La competencia entre las diferentes fábricas y entre los trusts estatales no modifica en nada el hecho de que el estado es el propietario de toda la industria nacionalizada y que como propietario, administrador y director, debe considerar su propiedad como un todo único en relación con el mercado campesino. Evidentemente, es imposible determinar con anticipación el movimiento del mercado campesino, así como también el del mercado mundial, con el que se estrechará nuestra vinculación debido sobre todo a la exportación del trigo y de materias primas. Los errores de apreciación son inevitables, aunque sólo sea a causa de la variabilidad de la cosecha. Esos errores, en lo que respecta al mercado, se manifestarán bajo la forma de carencia de productos, perturbaciones, crisis. Sin embargo, está claro que esas crisis serán tanto menos agudas y prolongadas en la medida en que la aplicación del plan sea más seria en todos los sectores de la economía estatal. Si bien la doctrina de los brentanistas (adeptos del economista alemán Ludwig Joseph Brentano) y de los bernstenianos era radicalmente falsa cuando afirmaba que el dominio de los trusts capitalistas regularizaría el mercado y desaparecerían las crisis comerciales-industriales, es totalmente justa si se la aplica al estado obrero considerado como trust de trusts y banco de bancos. Dicho de otro modo, el aumento o la disminución de las crisis será, en nuestra economía, el barómetro más evidente e infalible de los progresos de la economía estatal con relación al capital privado. En la lucha de la industria estatal por la conquista del mercado, el plan es nuestra arma fundamental. Sin él, la nacionalización se convertiría en un obstáculo para el desarrollo económico y el capital privado socavaría inevitablemente las bases del socialismo.

Por economía estatal, entendemos evidentemente, además de la industria, los transportes, el comercio estatal exterior e interior y las finanzas. Todo ese complejo (en su conjunto y en sus partes) se adapta al mercado campesino aislado en tanto que contribuyente. Pero esta adaptación tiene como objetivo principal reforzar y desarrollar *la industria estatal, piedra angular de la dictadura del proletariado y base del socialismo*. Es totalmente falsa la idea de que es posible desarrollar y llevar a cabo aisladamente y a la perfección ciertas partes de ese complejo: transportes, finanzas o cualquier otro. Sus progresos y sus regresiones están en estrecha interdependencia. De aquí la gran importancia del Gosplan, cuyo papel es tan difícil de hacer comprender en la actualidad.

El Gosplan debe dirigir todos los factores fundamentales de la economía estatal, lograr el acuerdo entre ellos y con la economía campesina. Su principal preocupación debe ser el desarrollo de la industria estatal socialista. Precisamente en ese sentido yo afirmo que en el seno del complejo estatal, la “dictadura” debe corresponderle no a las finanzas sino a la industria. Como ya indiqué, la palabra dictadura tiene aquí un sentido muy restringido y condicional: corresponde al tipo de dictadura que aspiraban a ejercer las finanzas. En otros términos, no solamente el comercio exterior sino también el restablecimiento de una moneda estable deben estar rigurosamente subordinados a los intereses de la industria estatal. Es evidente que esto no está de ningún modo dirigido contra la “soldadura”, es decir, contra las relaciones racionales entre todo el complejo estatal y la economía

campesina. Por el contrario, sólo de esta forma se llegará progresivamente a realizar esa “soldadura” que, hasta el momento, sólo es una palabra. Afirmar que al plantear así el problema, se subestima al campesinado o se quiere imprimir a la industria estatal un ritmo que no corresponde al estado de la economía nacional en su conjunto es un gran absurdo que no deviene más convincente por el hecho de ser repetido continuamente.

El siguiente párrafo de mi Informe al XII Congreso demuestra cuál era el ritmo que se esperaba de la industria en el próximo período y quiénes eran los que reclamaban ese ritmo:

“Yo dije que hasta ahora hemos trabajado con pérdidas. Esta no es sólo una apreciación personal sino una posición sostenida por nuestros administradores económicos más autorizados. Les recomiendo leer el folleto de Chalátov *Sobre el salario* que ha sido publicado con ocasión de este congreso. Contiene un prefacio de Ríkov en el cual su autor dice: “Al comienzo de este tercer año de nuestra nueva política económica, es preciso reconocer que los éxitos obtenidos durante los dos años precedentes son todavía insuficientes, que aún no hemos logrado detener la disminución del capital fijo y del capital circulante y que estamos lejos del estadio de acumulación y de aumento de las fuerzas productivas de la república. Durante este tercer año deberemos lograr que los principales sectores de nuestra industria y de nuestros transportes rindan beneficios.” De este modo, Ríkov comprueba que durante este año nuestro capital fijo y nuestro capital circulante han continuado disminuyendo. “Durante este tercer año [dice], debemos lograr que los principales sectores de nuestra industria y de nuestros transportes rindan beneficios.” Apoyo este deseo de Ríkov, pero no comparto su esperanza tan optimista en los resultados de nuestro trabajo durante este tercer año. No creo que los sectores fundamentales de nuestra industria ya puedan producir ganancias durante este tercer año y considero que *será suficiente si solamente limitamos nuestras pérdidas en este tercer año de la NEP en mayor medida de lo que lo hicimos en el segundo y si podemos probar que durante este tercer año nuestras pérdidas, en los sectores más importantes de la economía, los transportes, los combustibles y la metalurgia, son menores que el año anterior*. Lo que interesa sobre todo es establecer la tendencia del desarrollo y desplazarse en la línea justa. Si nuestras pérdidas disminuyen y la industria progresa habremos triunfado, lograremos la victoria, es decir, la ganancia, pero para ello es preciso que la curva se desarrolle a nuestro favor.”

Así, es absurdo afirmar que el problema se reduce al ritmo del desarrollo y está casi totalmente determinado por el factor de la rapidez. En realidad, se trata ante todo de la dirección del desarrollo.

Pero es muy difícil discutir con personas que vinculan cada problema nuevo, preciso, concreto, a un problema más general ya resuelto hace tiempo. Es preciso que concretemos las fórmulas generales, y en este sentido va dirigida en gran parte nuestra discusión: debemos pasar de la fórmula general del establecimiento de la “soldadura” al problema más concreto de las “tijeras” (XII Congreso) y del problema de las “tijeras” a la regularización metódica y efectiva de los factores económicos que determinan los precios (XIII Congreso). Ésta es, para emplear la vieja terminología bolchevique, la lucha contra el “espontaneísmo” económico. El éxito de esta lucha ideológica es la condición *sine qua non* de los éxitos económicos.

La reparación del material ferroviario no era en 1920 parte constitutiva de un plan económico de conjunto pues en ese entonces el problema del plan no estaba en discusión. El incentivo que representa el plan fue aplicado al sector del transporte, es decir, a la rama de la economía que estaba en ese momento en mayor peligro y amenazaba con hundirse

totalmente. “En las condiciones en que se encuentra ahora el conjunto de la economía soviética [escribíamos en las tesis destinadas al VIII Congreso de los Soviets] cuando la elaboración y la aplicación de un plan económico se hallan aún en la etapa del acuerdo empírico de los sectores más afines de ese futuro plan, era absolutamente imposible para la administración de los ferrocarriles realizar su plan de reparación y de explotación sobre la base de un plan económico único que sólo era en ese momento un proyecto”. Mejorados gracias al plan de reparación, los transportes entraron en contradicción en su desarrollo con el retraso de los otros sectores de la economía: industria metalúrgica, combustible, grano. En ese sentido, el plan 1.042 puso a la orden del día la cuestión de un plan económico general. La NEP modificó las condiciones en que se plantea este problema y, por consiguiente, los métodos de su solución. Pero el problema subsiste en toda su gravedad. Esto es lo que evidencian las repetidas decisiones relativas a la necesidad de convertir al Gosplan en el estado mayor de la economía soviética. Pero volveremos a referirnos a este tema en detalle, pues las tareas económicas exigen un examen muy preciso.

Los hechos históricos que acabo de relatar demostraron, por lo menos así lo espero, que nuestros críticos se equivocaron al pretender rediscutir el decreto 1.042. La historia de esta orden prueba exactamente lo contrario de lo que ellos querían probar. Como ya conocemos sus métodos, no nos sorprenderemos si aparecen gritando: “¿Con qué objeto resucitar viejos problemas y expurgar una orden publicada hace cuatro años?” Es terriblemente difícil satisfacer a personas que han resuelto modificar nuestra historia a cualquier precio. Pero éste no es el motivo por el que escribimos. Confiamos en el lector que no se interesa por una renovación de la historia sino que se esfuerza por descubrir la verdad y las lecciones que ella encierra y aprovecharlas para continuar su trabajo.

ANEXOS

Carta al radio de Krasnaya Presnia (8 de diciembre de 1923)

Queridos camaradas:

Esperaba estar restablecido lo suficientemente rápido como para poder participar en la discusión de la situación interna y de las nuevas tareas del partido. Pero la duración de mi enfermedad superó las previsiones de los médicos, y por eso me veo obligado a exponerles mis opiniones por escrito.

La resolución del Buró Político sobre la organización del partido tiene una significación excepcional. Demuestra que el partido ha llegado a un importante giro en su historia. Como ya ha sido dicho en muchas asambleas, cuando se produce un giro es necesaria mucha prudencia, pero también firmeza y decisión. La expectativa, la imprecisión serían en esa ocasión las peores formas de imprudencia.

Llevados por su espíritu conservador a sobrestimar el papel del aparato dirigente y a subestimar la iniciativa del partido, algunos camaradas critican la resolución del Buró Político. El Comité Central, dicen, asume obligaciones imposibles; esa resolución sólo conseguirá engendrar ilusiones y sus resultados serán negativos. Este criterio evidencia una profunda desconfianza burocrática con respecto al partido. Hasta ahora, el centro de gravedad había estado erróneamente situado en el aparato; la resolución del Comité Central proclama que en lo sucesivo debe residir en la actividad, la iniciativa, el espíritu de todos los miembros del partido, vanguardia organizada del proletariado. Dicha resolución no significa que el aparato del partido sea el encargado de decretar, crear o establecer el régimen democrático dentro del partido. Dicho régimen lo realizará el propio partido. En resumen, *el partido debe subordinar a sí mismo su propio aparato*, sin dejar de ser una organización centralizada.

En los debates y artículos producidos en la actualidad, se ha subrayado que la democracia “pura”, “total”, “ideal” es irrealizable y que, para nosotros, no es un fin en sí. Esta afirmación es incuestionable. Pero con igual razón se puede afirmar que el centralismo puro, absoluto, es irrealizable e incompatible con la naturaleza de un partido de masas y que no puede, al igual que el aparato del partido, representar un fin en sí.

La democracia y el centralismo son dos aspectos de la organización del partido. Lo que hay que hacer es lograr su armonización de la manera más justa, es decir que mejor corresponda a la situación. Durante el último período, el equilibrio fue roto a favor del aparato. La iniciativa del partido estaba reducida al mínimo. Esa es la causa de la ‘aparición de hábitos y procedimientos en la dirección que contradicen fundamentalmente el espíritu de la organización revolucionaria del proletariado. La excesiva centralización del aparato a expensas de la iniciativa de todo el partido ha producido un *malestar* que en los sectores marginales del partido revistió una forma extremadamente mórbida y se tradujo, entre otros hechos, en la aparición de grupos ilegales dirigidos por elementos indudablemente hostiles al comunismo.

Al mismo tiempo, el conjunto del partido desaprobaba cada vez más los métodos oficiales de la dirección. La idea o al menos el sentimiento de que el burocratismo amenazaba con sumir al partido en una situación sin salida se había generalizado. Muchas voces se alzaban para señalar el peligro. La resolución sobre la nueva orientación es la primera expresión oficial del cambio que se ha producido en el partido. La resolución será

realizada en la medida en que el partido, es decir sus cuatrocientos mil miembros, quiera y sepa realizarla.

En una serie de artículos recientemente aparecidos, se trata de demostrar que para revitalizar el partido es preciso comenzar por elevar el nivel de sus miembros, después de lo cual todo el resto, es decir la democracia obrera, se dará por añadidura. Es indiscutible que debemos elevar el nivel ideológico de nuestro partido para que pueda realizar las gigantescas tareas que le competen, pero este método pedagógico es insuficiente y, por lo tanto, erróneo. Persistir en este sentido, significará provocar infaliblemente una agravación de la crisis.

El partido sólo puede elevar su nivel realizando sus tareas esenciales, es decir dirigiendo colectivamente (gracias al pensamiento y a la iniciativa de todos sus miembros) a la clase obrera y al estado proletario. Hay que abordar la cuestión no desde el punto de vista pedagógico sino desde el punto de vista político. No se puede supeditar la aplicación de la democracia obrera al grado en que los miembros del partido están “preparados” para esta democracia. El nuestro es un partido: podemos tener exigencias rigurosas con respecto a los que quieren entrar y permanecer en él; pero una vez que se es miembro de un partido, se tiene el derecho de participar, por ese solo hecho, en todas sus acciones.

El burocratismo anula la iniciativa e impide de ese modo el elevamiento del nivel general del partido. Ese es su defecto fundamental. Como el aparato está inevitablemente constituido por los camaradas más experimentados y meritorios, el burocratismo incide con mayor peligrosidad en la formación política de las jóvenes generaciones comunistas. Sin embargo, es la juventud, barómetro seguro del partido, la que reacciona con mayor fuerza contra el burocratismo de nuestra organización.

Pero no hay que pensar que nuestro modo de resolver los problemas (decididos prácticamente sólo por los funcionarios del partido) no tiene ninguna influencia sobre la vieja generación, que encarna la experiencia política y las tradiciones revolucionarias del partido. Aquí también el peligro es grande. La inmensa autoridad del grupo de veteranos del partido es universalmente reconocida. Pero sería un gran error considerarla como absoluta. *Sólo por medio de una colaboración activa y constante con la nueva generación, en el marco de la democracia, la vieja guardia conservará su carácter de factor revolucionario.* En caso contrario, puede cristalizarse y convertirse insensiblemente en la expresión más acabada del burocratismo.

La historia nos ofrece más de un caso de degeneración de ese tipo. Tomemos el ejemplo más reciente y sorprendente: el de los jefes de los partidos de la II Internacional Wilhelm Liebknecht, Bebel, Singer, Víctor Adler, Kautsky, Bernstein, Lafargue, Guesde, eran los discípulos directos de Marx y Engels. Sin embargo, en la atmósfera del parlamentarismo y bajo la influencia del desarrollo automático del aparato del partido y del aparato sindical, esos jefes sufrieron, total o parcialmente, una involución oportunista. En vísperas de la guerra, el formidable aparato de la socialdemocracia, amparado detrás de la autoridad de la vieja generación, se convirtió en el freno más poderoso para la progresión revolucionaria. Y nosotros, los “viejos”, debemos reconocer claramente que nuestra generación, que desempeña naturalmente el papel dirigente en el partido, no estaría de ningún modo inmunizada contra el debilitamiento del espíritu revolucionario y proletario, si el partido tolerase el desarrollo de los métodos burocráticos que transforman a la juventud en objeto de educación y alejan inevitablemente al aparato de la masa, a los viejos de los jóvenes. Contra ese peligro indudable, no le queda al partido otro medio que orientarse hacia la democracia y posibilitar la afluencia cada vez mayor de elementos obreros.

No me referiré aquí a las definiciones jurídicas de la democracia ni a los límites que le son impuestos por los estatutos del partido. Aunque importantes, esos problemas son secundarios. Las examinaremos a la luz de nuestra experiencia y aportaremos las modificaciones necesarias. Pero lo que hay que modificar, ante todo, es el espíritu que impera en nuestras organizaciones. Es necesario que el partido propicie nuevamente la iniciativa colectiva, el derecho de crítica libre y fraternal, que tenga la facultad de organizarse a sí mismo. Es necesario regenerar y renovar el aparato del partido y hacerle entender que sólo es el ejecutor de la voluntad colectiva.

En estos últimos tiempos, la prensa del partido ha suministrado una serie de ejemplos característicos de la degeneración burocrática de las costumbres y de las relaciones en el partido. Un crítico se atrevía a levantar la voz, e inmediatamente se tomaba el número de su carné de afiliado. Antes de publicarse la decisión del Comité Central sobre el “nuevo curso”, el simple hecho de señalar la necesidad de una modificación del régimen interior del partido era considerado por los funcionarios del aparato como una herejía, una manifestación del espíritu de escisión, un atentado contra la disciplina. Y ahora los burócratas están dispuestos, en principio, a “tomar conocimiento” del “nuevo curso”, es decir a *enterrarlo en la práctica*.

La renovación del aparato del partido (en el marco preciso del estatuto) debe tener como objetivo el reemplazo de los burócratas momificados por elementos vigorosos estrechamente vinculados a la vida de la colectividad. Y, ante todo, es preciso alejar de los puestos dirigentes a aquellos que, ante la primera palabra de protesta u objeción, levantan contra los críticos las amenazas de sanciones. El “*nuevo curso*” debe tener como primer resultado hacer sentir a todos que en lo sucesivo nadie se atreverá jamás a aterrorizar al partido.

Nuestra juventud no debe limitarse a repetir nuestras fórmulas. Debe conquistarlas, asimilarlas, formarse una opinión, una fisonomía propias y ser capaz de luchar por sus objetivos con el coraje que dan una convicción profunda y una total independencia de carácter. ¡Fuera del partido la obediencia pasiva que hace seguir mecánicamente las huellas de los jefes! ¡Fuera del partido la impersonalidad, el servilismo, el carrerismo! El bolchevique no es solamente un hombre disciplinado; es un hombre que, en cada caso y para cada problema, se forja una opinión firme y la defiende valerosamente no sólo contra sus enemigos sino en el seno de su propio partido. Quizás constituye hoy una minoría en su organización. Entonces se someterá, porque se trata de su partido. Pero esto no significa siempre que esté equivocado. Quizá vio o comprendió antes que el resto el nuevo camino o la necesidad de un giro. Planteará el problema una segunda, una tercera, una décima vez si es necesario. Con ello hará un servicio a su partido, familiarizándolo con el nuevo camino o ayudándolo a realizar el giro necesario sin convulsiones internas.

Nuestro partido no podría cumplir su misión histórica si se dividiese en fracciones. No se disgregará de ese modo porque, en tanto que colectividad autónoma, su organismo se opone a ello. Pero sólo combatirá con éxito los peligros de fraccionalismo desarrollando y consolidando en su seno la aplicación de la democracia obrera.

El burocratismo del aparato es precisamente una de las principales fuentes del fraccionalismo. Reprime despiadadamente la crítica y el descontento dentro de la organización. Para los burócratas, toda crítica, toda advertencia es casi fatalmente una manifestación del espíritu fraccional. El centralismo mecánico tiene como complemento obligado el fraccionalismo, caricatura de la democracia y gran peligro político. Consciente de la situación, el partido realizará la evolución necesaria con la firmeza y la decisión exigidas por las tareas con que se enfrenta. Así, afianzará su unidad revolucionaria, que le permitirá realizar correctamente el inmenso trabajo que le está reservado en el plano nacional e internacional.

Estoy muy lejos de haber agotado el tema. He renunciado intencionadamente a tratar aquí otros aspectos esenciales, pues me propongo exponérselos oralmente cuando mi salud me lo permita, cosa que, espero, ocurrirá pronto.

Saludos fraternales.

León Trotsky

8 de diciembre de 1923

(Publicada en *Pravda* el 11 de diciembre)

PS: Como la publicación en *Pravda* de esta carta se ha retrasado dos días, aprovecho la demora para agregar algunas observaciones complementarias.

Me he enterado que cuando mi carta fue leída en las asambleas de barrio, algunos camaradas expresaron sus temores de que se explotaban mis consideraciones sobre las relaciones entre la “vieja guardia” y la joven generación para oponer (!) a los jóvenes y los viejos. Seguramente esta aprensión sólo puede provenir de aquellos que, hace sólo dos o tres meses atrás, rechazaban con horror hasta la idea de la necesidad de un cambio de orientación.

En todo caso, colocar en primer plano aprensiones de este tipo, *en el momento y en la situación actuales*, evidencia un desconocimiento de los peligros reales y de su importancia relativa. El actual estado de ánimo de los jóvenes, extremadamente sintomático, ha estado provocado precisamente por los métodos empleados para mantener la “calma” y cuya condena formal fue la resolución adoptada por unanimidad por el Buró Político. En otros términos, la “calma”, tal como era comprendida, amenazaba con alejar cada vez más a la fracción dirigente de los comunistas más jóvenes, es decir de la inmensa mayoría del partido. Una cierta tendencia del aparato a pensar y decidir por toda la organización conduce a *basar la autoridad* de los medios dirigentes únicamente *en la tradición*.

El respeto por la tradición es indiscutiblemente un elemento necesario de la formación comunista y de la cohesión del partido, pero no puede ser un factor vital si no se nutre y fortifica constantemente con un control activo de esa tradición, es decir con la elaboración colectiva de la política del partido en el momento presente. En caso contrario, puede degenerar en un sentimiento puramente oficial, no ser más que una forma sin contenido. Ese tipo de vinculación entre las generaciones es evidentemente insuficiente y muy frágil. Puede parecer sólido, hasta el momento en que se advierte que está a punto de romperse. Ese es precisamente el peligro de la política de “calma” en el partido.

Y, si los veteranos que aún no están burocratizados, que han conservado el espíritu revolucionario (es decir, y estamos persuadidos de ello, la inmensa mayoría), se dan cuenta claramente del peligro que hemos señalado y ayudan con todas sus fuerzas al partido a aplicar la resolución del Buró Político del Comité Central, toda razón para oponer a las generaciones entre sí desaparecerá. Será entonces relativamente sencillo controlar la fogsidad, los eventuales “excesos” de los jóvenes.

Pero ante todo es preciso actuar de manera que la tradición del partido deje de ser representada por el aparato dirigente sino que, por el contrario, viva y se renueve constantemente en la experiencia cotidiana de toda la organización. De este modo se evitará también otro peligro: el de la división de la vieja generación en “funcionarios”, encargados de mantener la “calma”, y en no-funcionarios. Al ya no estar cerrado en sí mismo, el aparato del partido, es decir su esqueleto orgánico, en lugar de debilitarse se reforzará. Y es indudable que en el partido tenemos necesidad de un fuerte aparato centralizado.

Se podrá quizás objetar que el ejemplo de degeneración de la socialdemocracia en la época reformista, que he citado en mi carta, no tiene mucho valor en la actual época

revolucionaria. Evidentemente, el ejemplo no implica una identidad de condiciones. Sin embargo, el carácter revolucionario de nuestra época no constituye en sí mismo una garantía.

Vivimos ahora bajo el régimen de la NEP, cuyos riesgos aumentan con el retraso de la revolución mundial. Nuestra actividad práctica cotidiana de gestión del estado, actividad cada vez más delimitada y especializada, oculta, como lo indica la resolución del Comité Central, un peligro de estrechamiento de nuestro horizonte, es decir, un peligro de degeneración oportunista.

Es evidente que este peligro aumenta en la medida en que las órdenes de los “secretarios” tienden a sustituir la verdadera dirección del partido. Seríamos revolucionarios bastante míseros si descansáramos en el “*carácter revolucionario*” de nuestra época en lugar de superar nuestras dificultades, particularmente las internas. A esta época debemos ayudarla mediante la realización racional de la nueva orientación proclamada unánimemente por el Buró Político.

Otra observación, para terminar. Hace dos o tres meses, cuando los problemas que hoy son objeto de discusión no estaban todavía a la orden del día en el partido, algunos militantes de provincia se encogían de hombros indulgentemente diciendo que en Moscú se estaba buscando el pelo en la leche, que en provincias todo marchaba mejor. Todavía hoy ese estado de ánimo se refleja en ciertas cartas de provincia. Oponer la provincia, tranquila y razonable, a la capital perturbada y contaminada, significa dar pruebas del mismo espíritu burocrático del que ya hemos hablado. En realidad, la organización moscovita es la más vasta, fuerte y vital de las organizaciones del partido. Incluso en los momentos de “calma” la actividad ha sido aquí más intensa que en otras partes.

Si Moscú se distingue ahora de los otros puntos de Rusia, es sólo porque ha tomado la iniciativa de una revisión de la orientación del partido, lo que constituye un mérito y no una culpa. Todo el partido seguirá su camino y procederá a la necesaria revisión de ciertos valores. Cuanto menos se oponga el aparato provincial del partido a este movimiento, más fácilmente superarán las organizaciones locales esta etapa inevitable de autocrítica fructífera, cuyos resultados se traducirán en el aumento de la cohesión y en la elevación del nivel ideológico del partido.

El funcionarismo en el ejército y en otras partes

1

Durante el último año, los compañeros que trabajan en el ejército y yo, en varias oportunidades hemos intercambiado opiniones, en forma oral y escrita, sobre los fenómenos negativos que se evidencian en el ejército y que están relacionados con el funcionarismo. Yo traté este problema bastante a fondo en el último congreso de los colaboradores políticos del ejército y de la marina. Pero se trata de un problema tan grave que me parece oportuno volver a referirme a él en la gran prensa, con mayor razón si se tiene en cuenta que la enfermedad no afecta solamente al ejército.

El funcionarismo está estrechamente vinculado con el burocratismo. Se podría decir que no es sino una de sus manifestaciones. Cuando, a fuerza de estar habituados a la misma forma, la personas dejan de pensar en el fondo, cuando emplean con suficiencia frases convencionales sin pensar en su sentido, cuando dan órdenes habituales sin preguntarse si son racionales, cuando temen toda palabra nueva, toda crítica, toda iniciativa, toda manifestación de independencia, quiere decir que esas personas han caído bajo la influencia del espíritu de funcionario, peligroso en extremo.

En la conferencia de los colaboradores políticos militares, cité como ejemplo de la ideología oficial vigente algunos de los resúmenes de historia de nuestras unidades

militares. La publicación de esos folletos referidos a la historia de nuestros ejércitos, de nuestras divisiones, de nuestros regimientos es en sí un hecho muy positivo. Demuestra que nuestras unidades militares se constituyeron, en las batallas y en el aprendizaje técnico, no solamente desde el punto de vista organizativo sino también desde el punto de vista moral, como organismos vivos. Son, además, una prueba del interés por el pasado de nuestra unidad. Pero es preciso reconocer que la mayor parte de estos resúmenes de historia están escritos con un tono pomposo y enfático.

Además, algunos de esos opúsculos recuerdan engañosamente las monografías aparecidas hace mucho tiempo consagradas a los regimientos de la guardia del zar. No dudo que esta comparación provocará las burlas de la prensa blanca. Pero seríamos impotentes si renunciáramos a la autocrítica por temor a proporcionar una buena carta a nuestros enemigos. Las ventajas de una autocrítica saludable son incomparablemente superiores al perjuicio que puede ocasionar el hecho de que Dan o Chernov utilicen nuestros argumentos.

Por cierto que nuestros regimientos y nuestras divisiones, y con ellos todo el país, tienen el derecho de enorgullecerse de sus victorias. Pero no hemos obtenido sólo victorias y esas victorias las hemos logrado no directamente sino a través de caminos muy sinuosos. Durante la guerra civil, hemos asistido a manifestaciones de heroísmo sin precedentes, tanto más meritorias por ser poco conocidas; pero también hemos visto casos de debilidad, de pánico, de pusilanimidad, de incapacidad y hasta de traición. La historia de cada uno de nuestros “viejos” regimientos (cuatro o cinco años constituyen, en tiempos de revolución, un título de ancianidad) es muy interesante e instructiva si se la cuenta conforme a la verdad, de manera vívida, es decir, tal como se desarrolló en el campo de batalla y en la trinchera. En su lugar, uno se encuentra frecuentemente con una leyenda heroica, venalmente oficial. Al leerla, se creería que en nuestras filas sólo hay héroes, que todos los soldados arden en deseos de combatir, que el enemigo siempre es superior en número, que todas nuestras órdenes son razonables, apropiadas para la situación, que su ejecución siempre es brillante, etcétera.

Crear que con semejantes procedimientos se puede elevar la moral de una unidad militar y se puede influir beneficiosamente en la formación de la juventud significa estar imbuido del espíritu de funcionario. En el mejor de los casos, esta “historia” no producirá ninguna impresión; el soldado rojo la leerá o la escuchará como su padre escuchaba *La vida de los santos*. Eso es magnífico, edificante se dirá, pero no es real. Los que son más viejos y han participado en la guerra civil o simplemente son más inteligentes se dirán: los militares también nos engañan. O, más directamente: se burlan de nosotros. Los más ingenuos, los que toman todo al pie de la letra, pensarán: es inútil que trate de elevarme a la altura de esos héroes, soy totalmente incapaz. Y de ese modo, en lugar de elevarles la moral, esta “historia” les deprimirá⁷.

La verdad histórica no tiene para nosotros un interés solamente histórico. Esas monografías nos son necesarias en primer lugar como medio *educativo*. Si, por ejemplo, un joven comandante se habitúa a la mentira convencional a propósito del pasado, llegará rápidamente a admitirla en su acción práctica corriente. Si, por ejemplo, comete en el frente una equivocación, un descuido, no sabrá si mencionarlo en su informe. Sabe que debería hacerlo, pero, imbuido del espíritu de funcionario, no querrá ser indigno de los héroes cuyas hazañas ha leído en las historias de su regimiento. O, simplemente, su

⁷ Es cierto que los fabricantes de las mentiras “edificantes” no están sólo en el ejército; se los encuentra en todas partes. La crítica y la autocrítica, según ellos, son un “ácido que corroe la voluntad”. El pequeño burgués, como se sabe, tiene necesidad de consuelo por sus desgracias y no tolera la crítica. Pero no puede ocurrir lo mismo entre nosotros, que somos un ejército y un partido revolucionarios. Semejante estado de ánimo debe ser combatido vigorosamente entre nuestra juventud. (LT)

sentido de responsabilidad se habrá debilitado. En ese caso, acomodará, es decir desvirtuará los hechos, induciendo a error a sus superiores. Es evidente que los informes falsos de los inferiores provocan fatalmente órdenes y disposiciones erróneas por parte de los superiores. Pero el hecho más grave es cuando el comandante simplemente teme relatar la verdad a sus jefes. El funcionarismo reviste entonces su carácter más repugnante: se miente para complacer a los superiores.

El heroísmo supremo, tanto en el arte militar como en la revolución, es la sinceridad y el sentido de la responsabilidad. No la sinceridad desde el punto de vista de una moral abstracta que enseña al hombre que no debe mentir ni engañar a su prójimo, pues esos principios idealistas son pura hipocresía .en una sociedad de clases donde existen antagonismos de intereses, luchas y una guerra permanente. El arte militar en particular implica necesariamente la astucia, la disimulación, la sorpresa, el engaño. Pero engañar consciente e intencionalmente a su enemigo en nombre de una causa por la que se da la vida no es la misma cosa que dar informaciones falsamente optimistas y que entorpecen el triunfo de la causa por falsa vergüenza o por deseos de agradar, o simplemente para adaptarse a los procedimientos burocráticos en vigor.

2

¿Por qué tratamos ahora el problema del funcionarismo? ¿Ese problema no se planteaba en los primeros años de la revolución? Aquí nos referimos sobre todo al ejército, pero el propio lector establecerá las analogías correspondientes con los otros sectores de nuestro trabajo, pues existe un cierto paralelismo en el desarrollo de la clase obrera, ya se trate de su ejército, de su partido o de su estado.

Los nuevos cuadros de nuestro ejército han sido constituidos en parte por revolucionarios, militantes combativos, partisanos que habían hecho la revolución de octubre y que ya tenían un cierto pasado y un carácter formado. La característica de esos comandantes no es la falta de iniciativa sino más bien el exceso de iniciativa o, más exactamente, una comprensión insuficiente de la necesidad de la coordinación en la acción y de una disciplina férrea. El primer período de la organización militar está cubierto por la lucha contra todas las formas de iniciativa desordenada. Se trata entonces de establecer relaciones permanentes y racionales entre los diferentes sectores del ejército, de instituir una disciplina sólida. Los años de guerra civil fueron en ese sentido una ruda escuela. Finalmente, el equilibrio necesario entre la independencia personal y el sentido de disciplina se impuso en los mejores comandantes revolucionarios de la primera promoción.

El desarrollo de nuestros jóvenes cuadros del ejército se realiza de forma correcta aunque sea en período de tregua. El futuro comandante entra a la Escuela militar muy joven. No tiene ni pasado revolucionario ni experiencia de la guerra. Es un neófito. No construye el ejército rojo como lo hacía la vieja generación; entra en él como en una organización ya totalmente organizada, con un régimen interno y determinadas tradiciones. Aquí hay una analogía con las relaciones entre los jóvenes comunistas y la vieja guardia del partido.

Por eso el medio por el cual la tradición combativa del ejército o la tradición revolucionaria del partido se transmiten a los jóvenes tiene tanta importancia. Sin una filiación continuada, y por lo tanto sin la tradición, no puede haber progresión continua. Pero la tradición no es un canon rígido o un manual oficial; no se puede aprenderlo de memoria, aceptarlo como un evangelio, creer todo lo que dice la vieja generación porque ella lo dice. Por el contrario, es preciso conquistar de alguna manera la tradición por medio de un trabajo interno, elaborarla uno mismo de manera crítica y asimilarla. Si no, todo el edificio será construido sobre la arena. Ya me referí a los representantes de la

“vieja guardia” (ordinariamente de segundo y de tercer orden) que inculcan la tradición a los jóvenes a la manera de Famusov: “Instruíos observando a los viejos, a nosotros, por ejemplo, o al tío difunto...” Pero ni en el tío ni en sus sobrinos hay nada bueno que aprender.

Es indiscutible que nuestros viejos cuadros, que prestaron a la revolución servicios inmortales, gocen de gran autoridad ante los ojos de los jóvenes militares. Y eso está muy bien, pues asegura el vínculo indisoluble entre el mando superior y el mando inferior y su unión con la masa de soldados. Pero con una condición: que la autoridad de los viejos no anule la personalidad de los jóvenes y, con mayor razón, no les infunda terror.

Es en el ejército donde es más fácil y más tentador adoptar este principio: “Cállese, no ralonee”. Pero ese principio es también más funesto allí que en otra parte. La tarea fundamental consiste no en impedir sino en ayudar al joven comandante a elaborar su propia opinión, su propia voluntad, su personalidad, en la cual la independencia debe aliarse con el sentido de la disciplina. El comandante y, en general, el hombre destinado a complacer a sus superiores es una nulidad. Con esas nulidades, el aparato administrativo militar, es decir el conjunto de las oficinas militares, puede todavía funcionar con éxito, al menos aparentemente. Pero lo que necesita un ejército, organización combativa de masas, no son funcionarios aduladores sino hombres muy templados moralmente, poseedores de un gran sentido de responsabilidad personal que, ante cada problema importante, se impondrán la elaboración consciente de su opinión personal y la defenderán valerosamente por todos, los medios compatibles con la disciplina racionalmente comprendida (es decir, no burocráticamente) y con la unidad de acción.

La historia del ejército rojo, así como la de sus diferentes unidades, es uno de los mejores instrumentos de comprensión recíproca y de unión entre la vieja y la nueva generación de cuadros militares. Es por ello que la bastedad burocrática y la sumisión de principio no pueden ser admitidas. Es preciso desarrollar la crítica, la verificación de los hechos, la independencia de criterio, una comprensión personal del presente y del futuro, la independencia de carácter, el sentido de responsabilidad, la lucidez tanto para consigo mismo como para con lo que se hace. El funcionarismo es enemigo mortal de todas estas cosas. Alejémoslo, pues, de todas partes donde aparezca.

Pravda, 4 de diciembre de 1923

Sobre la soldadura entre la ciudad y el campo (... y sobre rumores falaces)

En varias oportunidades durante estos últimos años, muchos camaradas me preguntaron en qué consisten exactamente mis opiniones sobre el campesinado y en qué se distinguen de las de Lenin. Otros me plantearon el problema en forma más precisa y concreta: “¿es cierto, me dijeron, que usted subestima el papel del campesinado en nuestro desarrollo económico y no asigna una importancia suficiente a la alianza económica y política entre el proletariado y el campesinado?” Esas preguntas me fueron planteadas de forma oral y escrita.

-¿Pero de dónde ha sacado usted eso? -pregunté asombrado- ¿En qué hechos funda su preguntas?

-No conocemos hechos -se me responde-, pero corren rumores...

No di en un primer momento demasiada importancia a esa conversación. Pero una nueva carta que acabo de recibir me ha hecho reflexionar. ¿De dónde pueden provenir esos rumores? Y casualmente recordé que rumores semejantes corrían en Rusia hace cuatro o cinco años.

En ese entonces se decía simplemente: “Lenin está con el campesinado, Trotsky en contra...” Me dediqué a buscar los artículos aparecidos sobre esta cuestión: el mío, del 7 de febrero de 1919 en *Izvestia* y el de Lenin, del 15 de febrero en *Pravda*. Lenin respondía directamente a la carta del campesino Gulov, que decía: “Corren rumores de que Lenin y Trotsky no se ponen de acuerdo, que existen entre ellos grandes divergencias con respecto precisamente al campesino medio.”

En mi carta, yo explicaba el carácter general de nuestra política campesina, nuestra actitud con respecto a los kulaks, los campesinos medios, los campesinos pobres, y concluía así:

“No ha habido ni hay ninguna divergencia de opiniones sobre este tema en el poder soviético. Pero los contrarrevolucionarios, cuyos asuntos van cada vez peor, no tienen otro recurso que engañar a las masas trabajadoras y hacerles creer que el Consejo de Comisarios del Pueblo está desgarrado por desacuerdos internos.”

En el artículo que publicó una semana después de mi carta, Lenin decía:

“Trotsky declara que los rumores que corren sobre divergencias de opiniones entre él y yo (en el problema del campesinado) son la mentira más monstruosa y desvergonzada difundida por los grandes terratenientes, los capitalistas y sus acólitos, benévulos o no. Comparto totalmente esa declaración de Trotsky.”

Pero como se ve, esas leyendas son difíciles de combatir. Recuérdese el dicho francés: “Calumniad, calumniad, que siempre algo quedará”. Ahora, ya no son por cierto voces que hacen el juego a los terratenientes y a los capitalistas, pues el número de esas honorables personas ha disminuido considerablemente desde 1919. En cambio, tenemos ahora al nepman y, en el campo, al comerciante junto al kulak. Es evidente que tienen interés en sembrar discordia y confusión a propósito de la actitud del partido comunista con respecto al campesinado.

En efecto, el kulak, el revendedor, el nuevo mercader, el intermediario de la ciudad, que tratan de vincularse directamente con el campesino productor de trigo y comprador de productos industriales, se esfuerzan por excluir a los órganos del poder soviético. Precisamente en este terreno se libra actualmente la batalla principal. Aquí también la política sirve a los intereses económicos. Tratando de vincularse con el campesinado y de ganar su confianza, el intermediario privado acoge de buen grado y difunde las viejas mentiras de los señores terratenientes de otros tiempos, con un poco más de prudencia solamente porque desde entonces el poder soviético se fortaleció.

El célebre artículo de Lenin titulado *Mejor poco pero mejor* ofrece un cuadro claro, simple y a la vez definitivo de la interdependencia económica del proletariado y del campesinado, o de la industria estatal y la agricultura. Es inútil recordar o citar este artículo que todo el mundo tiene presente en su memoria. El pensamiento fundamental es el siguiente: durante los próximos años, debemos adaptar el Estado soviético a las necesidades y a la fuerza del campesinado y continuar manteniendo su carácter de estado obrero; debemos adaptar la industria soviética al mercado campesino por una parte, y a la capacidad imponible del campesinado por la otra, conservando su carácter de industria estatal, es decir, socialista. Solamente de esta manera mantendremos el equilibrio de nuestro estado soviético mientras la revolución destruya el equilibrio en los países capitalistas. No es la repetición mecánica de la palabra “soldadura” sino la *adaptación efectiva de la industria a la economía rural* lo que resolverá verdaderamente el problema capital de nuestra economía y de nuestra política.

Llegamos así al problema de las “tijeras”. La adaptación de la industria al mercado campesino nos impone en primer término la tarea de bajar lo más posible el precio de reventa de los productos industriales. Sin embargo, el precio de reventa depende no solamente de la organización del trabajo en una fábrica dada sino también de la

organización de toda la industria estatal, de los transportes, de las finanzas, de todo el aparato comercial del estado.

Si existe una desproporción entre las diferentes partes de nuestra industria es porque el estado tiene un enorme capital muerto que pesa sobre toda la industria y aumenta el precio de cada metro de tela, de cada caja de fósforos. Si los diferentes sectores de nuestra industria estatal (carbón, metales, máquinas, algodón, tejidos, etc.) no concuerdan con los otros así como con las organizaciones de transporte y crédito, los gastos de producción serán establecidos sobre las bases de los sectores más desarrollados de la industria y el resultado final estará determinado por los sectores más atrasados. La actual crisis económica es una dura advertencia que nos lanza el mercado campesino: en lugar de charlar sobre la “soldadura” entre la clase obrera y el campesinado hay que realizarla.

En un régimen capitalista, la crisis es el medio natural y, finalmente, único, de regularización de la economía, es decir de realización del acuerdo entre los diferentes sectores de la industria y entre la producción total y la capacidad del mercado. Pero en nuestra economía soviética (que es una etapa intermedia entre el capitalismo y el socialismo) las crisis comerciales e industriales no pueden ser consideradas como un medio normal o inevitable, para coordinar los diversos sectores de la economía nacional. La crisis arrastra, anula o dispersa una cierta parte de la propiedad estatal; y una porción de ésta cae en manos del intermediario, del revendedor, en una palabra, del capital privado. Como hemos heredado una industria extremadamente desorganizada y cuyas partes, antes de la guerra, se coordinaban en proporciones muy diferentes de las que existen ahora, es muy grande la dificultad de coordinar entre sí a los numerosos sectores de la industria de manera que esta última sea, por intermedio del mercado, adaptada a la economía campesina. Si nos remitimos únicamente a las crisis para efectuar la reorganización necesaria, daríamos todas las ventajas al capital privado que ya se interpone entre el campo y nosotros, es decir entre el campesino y el obrero.

Hasta la instauración definitiva de la economía socialista, es evidente que seguiremos teniendo crisis. De lo que se trata es de reducir su número al mínimo y hacer que cada una de ellas sea lo menos dolorosa posible.

El capital comercial privado obtiene ahora beneficios considerables. Se conforma cada vez menos con las operaciones de intermediario. Intenta organizar al productor o tomar en arrendamiento las empresas industriales del estado. En otros términos, recomienza el proceso de acumulación primitiva, primeramente en el sector comercial, luego en el industrial. Es evidente que cada fracaso, cada pérdida que experimentamos representa un beneficio para el capital privado, en primer lugar porque nos debilita y además porque una parte de esa pérdida cae en manos del nuevo capitalista. ¿De qué instrumento disponemos para luchar exitosamente contra el capital privado en esas condiciones? ¿Existe ese instrumento? Sí, y ese instrumento es el método de planificación en nuestras relaciones con el mercado y la realización de las tareas económicas. El estado obrero posee las fuerzas productivas fundamentales de la industria, los medios de transporte y los organismos de crédito. No tenemos necesidad de esperar que una crisis parcial o general ponga en evidencia la falta de coordinación de los diferentes elementos de nuestra economía. No podemos caminar a tientas, ya que tenemos en nuestras manos los principales instrumentos que regulan el mercado. Podemos y debemos valorar cada vez más los elementos fundamentales de la economía, prever sus futuras relaciones mutuas en el proceso de la producción y en el paso al mercado, coordinar entre sí, cuantitativa y cualitativamente, todos los sectores de la economía y adaptar el conjunto de la industria a la economía rural. Esa es la única manera de trabajar en la realización de la “soldadura”.

Educación a la aldea es una idea excelente. Pero el arado, las telas, los fósforos baratos, no son menos importantes como base de la “soldadura”. El mejor modo de rebajar el

precio de los productos industriales es organizar a esta última conforme al desarrollo de la agricultura.

Afirmar que “todo depende de la ‘soldadura’ y no del plan de la industria” significa no comprender la esencia misma del problema, pues la “soldadura” sólo podrá ser realizada si la industria es racionalmente organizada, dirigida según una planificación determinada. Ese es el único medio de lograr los objetivos.

La buena organización del trabajo de nuestro Gosplan es el medio directo y racional de abordar con éxito la solución de los problemas relativos a la “soldadura”, no suprimiendo el mercado, sino sobre la base del mercado. Para evitar interpretaciones equívocas, diré que el problema no depende únicamente del Gosplan. Los factores y las condiciones de los cuales depende el desarrollo de la industria y de toda la economía se cuentan por docenas. Pero sólo con un Gosplan sólido, competente, que trabaje seriamente, será posible evaluar todos estos factores y condiciones de manera justa y regular en consecuencia toda nuestra acción. El campesino aún no llega a comprender esto. Pero todo comunista, todo obrero evolucionado debe saberlo. Tarde o temprano, el campesino sentirá la repercusión del trabajo del Gosplan sobre su economía. Esta tarea evidentemente es muy complicada y difícil. Exige tiempo, un sistema de relevos cada vez más precisos y decisivos. Deberemos salir de la crisis actual con mayor experiencia.

El incremento de la producción agrícola también es muy importante. Pero se efectúa de un modo mucho más espontáneo y a veces depende mucho menos de la acción del estado que de la acción de la industria. El estado obrero debe acudir en ayuda de los campesinos con la institución del crédito agrícola y de la ayuda agronómica, para permitirle la exportación de sus productos (trigo, manteca, carne, etc.) en el mercado mundial. Sin embargo, es principalmente por medio de la industria como se puede actuar directamente, y también indirectamente, sobre la agricultura. Es preciso proporcionar al campo instrumentos y máquinas agrícolas a precios razonables. Es preciso facilitarle abonos artificiales y enseres de uso doméstico a buen precio. Para organizar y desarrollar el crédito agrícola, el estado necesita fondos de circulación monetaria. Para que pueda obtenerlos, es preciso que su industria le rinda beneficios, lo que es imposible si sus partes constitutivas no están coordinadas racionalmente. Tal es la mejor forma de trabajar para la realización de la “soldadura” entre la clase obrera y el campesinado.

Para preparar políticamente esta “soldadura”, y en particular para rebatir los falsos rumores que hace circular el aparato comercial privado, hace falta un verdadero periódico campesino. ¿Qué significa en este caso “verdadero”? Un diario que llegue hasta el campesino, que le sea comprensible y que lo vincule con la clase obrera. Un diario que tire cincuenta o cien mil ejemplares quizás sea un diario donde se habla del campesinado, pero no un periódico campesino, pues nunca llegará hasta su destinatario, será interceptado en mitad del camino por nuestros innumerables aparatos que tomarán cada uno un cierto número de ejemplares. Hace falta un periódico campesino semanal (un diario sería demasiado caro y nuestros medios de comunicación no permitirían su entrega regular) cuyo tiraje el primer año sea de dos millones de ejemplares aproximadamente. Ese diario no debe instruir al campesino ni lanzarle arengas sino contarle lo que sucede en la Rusia soviética y en el extranjero, principalmente los problemas que le atañen directamente. El campesino posrevolucionario gustará rápidamente de la lectura si sabemos ofrecerle un periódico que le interese. Ese periódico, cuyo tiraje deberá aumentar todos los meses, asegurará al menos una comunicación semanal entre el estado soviético y la inmensa masa rural. Pero este problema del diario nos remite al problema de la industria. Es preciso que la técnica de la edición sea perfecta. El periódico campesino deberá ser ejemplar, no solamente desde el punto de vista de la redacción sino también

desde el punto de vista tipográfico, pues sería vergonzoso enviar cada semana a los campesinos muestras de nuestra negligencia urbana.

Esto es todo lo que puedo responder por el momento a las preguntas que se me han hecho con respecto al problema del campesinado. Si esas explicaciones no satisfacen a los camaradas que se han dirigido a mí, estoy dispuesto a darles noticias más concretas, con datos precisos extraídos de la experiencia de nuestros seis últimos años de trabajo, pues éste es un problema de importancia capital.

Pravda, 6 de diciembre de 1923

Dos generaciones

Publicamos este documento que nos ha sido enviado y que caracteriza la falta de fundamento y la intencionada malevolencia de las afirmaciones sobre nuestro supuesto deseo de oponer los jóvenes a los viejos.

Las esferas dirigentes de la Juventud Comunista Rusa han intervenido en la discusión del partido. Considerando que un artículo firmado por nueve camaradas (“Dos generaciones”, en *Pravda*, número 1) y una directiva de los militantes de Petrogrado plantean la cuestión de manera errónea y pueden confundir al partido si de ello deriva una amplia discusión en la juventud comunista, creemos necesario analizar sus declaraciones y las razones que las motivan.

La directiva de Petrogrado y el artículo de los nueve dicen que no es justo adular a los jóvenes, que éstos no son los que controlan el partido, que no se debe oponer la nueva generación del partido a la vieja, que ninguna degeneración nos amenaza, que Trotsky es responsable de todos estos gravísimos cargos y que es preciso poner en guardia a la juventud al respecto. Veamos cómo están las cosas realmente.

En su artículo, los nueve camaradas dicen que Trotsky coge por los pelos la cuestión de los jóvenes (luego volveremos sobre esto), que él se adapta a los jóvenes, los adula. Escuchemos lo que dice Lenin al respecto:

“Han sido fundadas escuelas soviéticas, facultades obreras, allí se instruyen centenares de jóvenes. Este trabajo arrojará sus frutos. Si trabajamos sin demasiada precipitación, dentro de algunos años tendremos una masa de jóvenes *capaces de modificar radicalmente nuestro aparato.*”

¿Por qué Lenin habla de este modo de los jóvenes? ¿Qué lo impulsa a decir estas cosas? ¿El deseo de adaptarse negligentemente a los jóvenes, de adularlos, de obtener sus aplausos, o una comprensión real de la situación y del papel a cumplir por los jóvenes? No se trata de “adulación” por parte de Trotsky, y no existe razón alguna para oponerlo a los otros jefes de nuestro partido. Los nueve camaradas dicen que Lenin nos ha enseñado a tener una actitud crítica frente a los jóvenes, a no estimular sus errores. El camarada Trotsky asume la misma actitud cuando en el XI Congreso del partido decía, y lo repite hoy, “... esto no significa, por cierto, que todos los actos y los estados de ánimo de los jóvenes expresan tendencias sanas”, o en otro párrafo: “La juventud de las escuelas, reclutada en todos los estratos y substratos de la sociedad soviética, refleja en su variada composición todos nuestros errores y todos nuestros méritos.” A juzgar por las citas, Trotsky, antes que adular a los jóvenes, los crítica.

Igualmente, la cuestión de la degeneración ha sido expuesta de forma errónea. Trotsky habla del peligro de degeneración, tanto para la vieja como para la nueva generación. A esto, la redacción de *Pravda* responde del siguiente modo:

“El peligro teórico de degeneración existe entre nosotros. Surge de la posibilidad de una victoria gradual de la economía capitalista sobre la economía socialista y de una

progresiva soldadura entre nuestros cuadros administrativos y esta nueva burguesía. Pero nadie niega la existencia de este peligro.”

Sin embargo, lo que dicen en su artículo los nueve camaradas: “Este peligro de degeneración política no existe entre nosotros”, no concuerda en modo alguno con esta declaración. En consecuencia, acusación y defensa no cuentan. Pasemos a la acusación más grave: Trotsky opone dos generaciones, las enfrenta entre sí, “quiere minar la influencia del probado Estado Mayor bolchevique”. He aquí lo que escribe Trotsky:

“Pretender desechar a la vieja generación sería una locura. Lo que es preciso es que esta vieja generación cambie de orientación y así pueda ejercer en el futuro una influencia preponderante sobre toda la actividad autónoma del partido.”

¿Hay aquí alguna oposición entre jóvenes y viejos, algún deseo de minar los viejos cuadros? ¿Son éstos los conceptos que están en la base de la argumentación de los dos documentos? Nos parece que si se analizan seria y cuidadosamente todas las declaraciones citadas de Trotsky, es imposible ver en ellas cualquier azuzamiento de una de las partes, una intención de animosidad. Por el contrario, Trotsky concibe al nuevo curso como el mejor medio para consolidar y acrecentar la influencia de los viejos cuadros bolcheviques.

Pero si se rechazan todas estas leyendas, estas interpretaciones arbitrarias y estas deformaciones, y si se estudia a fondo la cuestión de los métodos de educación de los jóvenes comunistas en el espíritu leninista, aparece claramente que Trotsky tiene plena razón.

Y si los nueve camaradas de la juventud comunista que han intervenido se tomasen el trabajo de examinar con cuidado la situación del joven comunista, que es la que mejor conocen, comprobarán que los jóvenes comunistas del Konsomol no sienten ser los miembros del partido en el interior de su organización, sino “jóvenes comunistas en el partido”.

Este es un hecho señalado muchas veces por los militantes más autorizados.

¿Cuál es la razón profunda de esto? Ocurre que en el régimen estrecho del partido, los jóvenes no tienen posibilidad de participar en la suma de riqueza común acumulada durante largos años de trabajo del partido. El mejor modo de transmitir a los jóvenes la tradición revolucionaria bolchevique, todas las cualidades que deben ser propias del cuadro del partido, es el nuevo curso de la democracia aplicado “conscientemente por la vieja generación en interés de la continuidad de su influencia directiva”.

He aquí que, en lo que respecta a la esencia del problema, no es Trotsky quien ha “cogido por los pelos” la cuestión de los jóvenes (vinculada, según su opinión, a todas las razones que motivan el nuevo curso en el partido) sino que son los autores de las cartas los que le atribuyen posiciones que nunca sostuvo.

En efecto (aunque sea involuntariamente), los nueve camaradas que han hecho intervenir a la juventud comunista en la discusión, han reducido todo a la cuestión de las dos generaciones, sin vincular este problema al conjunto de la discusión y de todos los problemas que se le plantean actualmente al partido. Y cuando el mismo problema de las generaciones es planteado de manera errónea, cuando es desnaturalizado, toda intervención en este sentido no puede menos que ser un paso en falso: si estas intervenciones conducen a una discusión de los militantes del Konsomol, esta discusión seguirá una línea falsa y provocará aquel tipo de disenso contra el que se ha levantado el propio Trotsky.

El Comité Central del Konsomol ha decidido no someter a una discusión, particular de los miembros del partido que trabajan en la organización de los jóvenes, los problemas suscitados en la discusión del partido. Consideramos esta decisión como injusta, pero de todos modos, ésta no legitima el artículo aquí mencionado. Si la decisión que prohíbe que

la discusión sea llevada al Konsomol es justa, estos camaradas del Comité Central han creído necesario entrar en la discusión para no decir nada de nuevo, salvo una grosera acusación contra Trotsky, inclinándose no se sabe ante cuál “divina trinidad”. ¿Cómo explicar este hecho de otro modo que por el deseo de enfrentar a Trotsky con los jóvenes?

Nadie ha rechazado (y menos Trotsky) la necesidad de conservar la influencia preponderante, la dirección de los viejos cuadros del partido; esta necesidad es más que evidente para cada uno de nosotros. No discutimos el artículo de los nueve a propósito de esto.

Nos oponemos a que se atribuyan a los camaradas dirigentes del partido opiniones que ellos jamás expresaron, y por ello también nos oponemos a que se desnaturalicen los problemas, a observarlos bajo una luz falsa, particularmente delante de los jóvenes comunistas. *No queremos que se oculte la necesidad de crear en el partido una situación que permita formar verdaderos leninistas y no comunistas como aquellos de los que habla Lenin en el III Congreso del Konsomol:*

“Nosotros estamos por la unidad, por la dirección verdaderamente bolchevique del partido. Estamos lejos de cerrar los ojos sobre los peligros que amenazan a los jóvenes. Conscientes en cambio de estos peligros, no queremos que se oculte el problema del nuevo curso bajo el pretexto de defender los derechos históricos de la vieja guardia del partido contra atentados inexistentes.”

V. Dalin, miembro del CC del Konsomol

M. Fedorov, miembro del CC del Konsomol

A. Sochin, colaborador del CC del Konsomol

A. Bezimenski, uno de los fundadores del Konsomol, miembro del comité de Moscú

F. Deljusin, ex-secretario del Comité de Moscú

B. Treivas, ex-secretario del Comité de Moscú

M. Dugacev, uno de los fundadores del Konsomol

***Carta de los 46 al Politburó del Comité Central del Partido Comunista Ruso
(Bolchevique) (Plataforma de los 46)***

AL POLITBURÓ DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA RUSO

Secreto

La extrema gravedad de la situación nos obliga (en interés de nuestro partido, en interés de la clase obrera) a declarar abiertamente que una prosecución de la política de la mayoría del Politburó acarrearía graves desastres para todo el partido. La crisis económica y financiera iniciada a fines de julio de este año, con todas las consecuencias políticas, comprendidas las internas al partido, que de ésta derivan, ha puesto implacablemente de manifiesto la ineficiencia de la dirección del partido, en el campo económico y sobre todo en el campo de las relaciones internas del partido.

El carácter casual, poco meditado y asistemático de las decisiones del Comité Central, que no ha logrado obtener resultados adecuados en el campo económico, condujo a una situación en la que, no obstante los indudables éxitos importantes en el campo de la industria, de la agricultura, de las finanzas y de los transportes (éxitos obtenidos en la economía del país de manera espontánea y no gracias a la dirección, a veces a pesar de su incapacidad o, incluso, en ausencia de toda dirección), nos encontramos frente a la perspectiva no sólo de la finalización de tales éxitos sino también de una grave crisis económica.

Estamos amenazados por un inminente derrumbe del *chervonets*, que ha ido transformándose en la moneda principal luego de la liquidación del déficit del presupuesto; por una crisis del crédito, en la cual el Gosbank no puede ya, sin correr el

riesgo de un serio derrumbe, financiar la industria o el intercambio de productos industriales y ni siquiera la adquisición de grano para la exportación; por una interrupción de la venta de los productos industriales como consecuencia de los precios elevados, que se explican en parte por la ausencia de una dirección organizativa planificada en la industria, y en parte por una equivocada política crediticia; por la imposibilidad de llevar a la práctica el programa de exportación de grano debido a la incapacidad para adquirirlo; por los precios extremadamente bajos para los artículos alimenticios, que perjudican a los campesinos y amenazan con provocar una retracción en vasta escala de la producción agrícola; por las desigualdades en los salarios, que provocan un natural descontento entre los obreros, junto a un caos presupuestario, lo que indirectamente provoca el caos en el aparato estatal. El método “revolucionario” de efectuar reducciones presupuestarias, y nuevas y evidentes reducciones al ponerlo en funcionamiento, dejó de ser una medida transitoria y se ha convertido en un fenómeno regular que perturba continuamente al aparato estatal y, como consecuencia de la falta de plan en las reducciones efectuadas, lo perturba de manera casual y espontánea.

Estos son algunos de los elementos de la crisis económica, crediticia y financiera que ya ha comenzado. Si no se adoptan inmediatamente medidas amplias, bien estudiadas, planificadas y enérgicas, si continúa la actual ausencia de dirección, corremos el riesgo de un colapso económico extremadamente agudo que acarreará inevitablemente complicaciones políticas internas y una parálisis completa de nuestra influencia y capacidad de acción externa. Y esto último, como es comprensible, nos es más necesario que nunca: de él depende la suerte de la revolución mundial y de la clase obrera en todos los países.

Análogamente, en el campo de las relaciones internas del partido vemos la misma dirección equivocada que paraliza y divide al partido; lo que aparece como particularmente claro en el período de crisis que estamos atravesando.

No creemos que todo se deba a la ineficiencia política de los actuales dirigentes del partido; por el contrario, aunque diferimos de ellos en la apreciación de la situación y en la adopción de los medios adecuados para modificarla, consideramos que los actuales dirigentes no podrían dejar de ser designados por el partido para los puestos más importantes en la dictadura proletaria. Nosotros explicamos los errores por el hecho de que detrás de la forma externa de la unidad oficial se da en la práctica un reclutamiento unilateral de los individuos, y una dirección de los asuntos que es unilateral y adaptada a las opiniones y simpatías de un grupo restringido. Como consecuencia de una dirección del partido distorsionada por tales consideraciones estrechas, el partido está dejando en gran medida de ser aquella viva colectividad independiente que con sensibilidad aferra la realidad de las cosas porque está ligada a esta realidad mediante miles de hilos. Comprobamos, en cambio, la siempre creciente, y hoy apenas oculta división del partido entre una jerarquía secretarial y la “gente tranquila”, entre funcionarios profesionales de partido designados desde arriba y la masa general del partido que no participa en la actividad común.

Este es un hecho conocido por los afiliados al partido. Miembros del partido que están insatisfechos por esta o aquella decisión del Comité Central o de un comité provincial, que tienen esta o aquella duda en su mente, que en privado enfatizan sobre este o aquel error, irregularidad o desorden, tienen temor de hablar de ello en las reuniones de partido, o a veces hasta siquiera conversar sobre tales problemas, a menos que el interlocutor sea absolutamente de fiar desde el punto de vista de la “discreción”; la libre discusión en el interior del partido ha desaparecido prácticamente, la opinión pública del partido está ahogada. En la actualidad, no es el partido, no es el conjunto de sus afiliados el que promueve y escoge a los miembros de los comités provinciales y del Comité Central del

PCR (b). Por el contrario, la jerarquía secretarial del partido elige cada vez con mayor frecuencia a los participantes de las conferencias y congresos que se están convirtiendo cada vez más en las asambleas ejecutivas de esta jerarquía.

El régimen instituido en el interior del partido es absolutamente intolerable; destruye la independencia del partido, sustituyendo el partido por un aparato burocrático reclutado que actúa sin oposición en tiempos normales, pero que inevitablemente la provoca en los momentos de crisis, y que amenaza con transformarse en completamente ineficiente frente a los serios acontecimientos provocados por la crisis.

La situación así creada se explica por el hecho de que el régimen de la dictadura de una fracción en el interior del partido, creado de hecho después del X Congreso, ha sobrevivido a sí mismo. Muchos de nosotros aceptamos conscientemente someternos a dicho régimen. El giro político del año 1921, y después, la enfermedad del camarada Lenin, exigían, según algunos de nosotros, una dictadura en el interior del partido como medida coyuntural. Otros compañeros desde un comienzo asumieron frente a ella una actitud escéptica o negativa. De todas maneras, ya en la época del XII Congreso este régimen estaba superado. Había comenzado a mostrar el reverso de la medalla. Las ligazones en el interior del partido habían comenzado a debilitarse, el partido se apagaba. En su seno, movimientos de oposición extremos y evidentemente malsanos habían comenzado a adquirir un carácter antipartidario, dado que la discusión entre los compañeros acerca de los problemas fundamentales y controvertidos estaba ahogada. Tal discusión habría revelado sin dificultad el carácter malsano de estos movimientos tanto a la masa del partido como a la mayoría de los participantes de ellos. Aparecieron, en cambio, movimientos ilegales que atrajeron a los miembros del partido fuera de los límites partidarios y provocaron un divorcio entre el partido y las masas trabajadoras.

Si la situación así creada no es modificada radicalmente en un futuro inmediato, la crisis económica en la Rusia soviética y la crisis de la dictadura de fracción en el partido infligirán duros golpes a la dictadura obrera en Rusia y al Partido Comunista Ruso. Con tal peso sobre sus espaldas, la dictadura del proletariado en Rusia y su guía, el PCR, no pueden afrontar la fase inminente de nuevas agitaciones a escala mundial, y la perspectiva es la de ser derrotados en todo el frente de la lucha proletaria. Naturalmente, a primera vista sería más simple resolver la cuestión diciendo que en este momento, consideradas todas las circunstancias, no hay ni puede haber posibilidad alguna de plantear el problema de un cambio en la orientación del partido, de poner a la orden del día nuevos y complicados objetivos, etc. Pero es perfectamente claro que tal punto de vista equivaldría a cerrar oficialmente los ojos sobre la situación real, dado que todo el peligro consiste en el hecho de que no existe una verdadera unidad de pensamiento y de acción frente a una situación interna y externa extremadamente complicadas. La lucha que se está llevando a cabo en el partido es tanto más áspera cuanto más silenciosa y secretamente se entabla. Si nosotros planteamos esta cuestión ante el Comité Central, es precisamente para provocar la más rápida y menos dolorosa solución a las contradicciones que laceran al partido y para asentarlos rápidamente sobre una base sana. Es indispensable una real unidad en las opiniones y en las acciones. Las dificultades planteadas requieren de todos los miembros del partido una acción unida, fraterna, plenamente consciente, extremadamente vigorosa, extremadamente concentrada. El régimen de fracción debe ser abolido, y esto debe ser hecho en primer lugar por quienes lo crearon; debe ser sustituido por un régimen de unidad entre camaradas y de democracia interna de partido.

A fin de esclarecer lo anteriormente expuesto y de adoptar las medidas indispensables para salir de la crisis económica, política y de partido, nosotros proponemos al Comité Central, como primera y urgente iniciativa, convocar una conferencia de los miembros del Comité Central, junto con sus más eminentes y activos funcionarios del partido, de

modo tal que la lista de los convocados comprenda un cierto número de compañeros que tengan opiniones distintas de las de la mayoría del Comité Central

Firmas debajo de la Declaración al Politburó del Comité Central del PCR sobre la situación interna del partido del 15 de octubre de 1923

E. Preobrazhensky

B. Breslav

L. Serebriákov⁸

No estando de acuerdo con algunos de los puntos de esta carta que explican las causas de la situación creada, pero considerando que el partido se encuentra frente a problemas que no pueden ser completamente resueltos con los medios practicados hasta ahora, me asocio plenamente a la conclusión final de la presente carta.

A. Beloborodov⁹

Concuerdo plenamente con las propuestas, aunque disiento sobre algunos puntos de los considerandos.

A. Rosengolts

M. Alsky¹⁰

Sustancialmente comparto los puntos de vista de este llamamiento. La exigencia de afrontar directa y sinceramente todos nuestros males se ha vuelto tan urgente que apoyo plenamente la propuesta de convocar la sugerida conferencia a fin de establecer los medios prácticos para escapar a la acumulación de las dificultades.

Antonov-Ovséenko

A. Benedíktov

I. N. Smirnov

G. Piatakov

V Obolensky (Osinsky)

N Muralov

T. Saprónov¹¹

No concuerdo con diversas opiniones de la primera parte de la declaración. No concuerdo con diversas caracterizaciones de la situación interna del partido. Al mismo tiempo, estoy profundamente convencido que la situación del partido requiere que se adopten medidas radicales; porque actualmente esta situación no es sana. Comparto plenamente la propuesta práctica.

A. Bubnov

A. Voronski

V. Smirnov

E. Bosh

I. Byk

V. Kosior

F. Lokatskov¹²

8 **E. Preobrazhensky** (1886-1937) era miembro del partido desde 1903, **B. Breslav** (1882-1943) desde 1903, **L. Serebriákov** desde 1905.

9 **A. Belodorodov** (1891-1938) era miembro del partido desde 1907.

10 **A. Rosengolts** (1889-1938) era miembro del partido desde 1905, **A. Alsky** (1892-1937) desde 1917.

11 **V. Antonov-Oséenko** (1883-1938), militante revolucionario desde 1901, era miembro del partido desde 1917, **I Smirnov** (1887-1937) desde 1899, **G. Piatakov**, (1891-1937) desde 1910, **N. Osinsky**, (1887-1938) desde 1907, **I Muralov**, (1877-1937) desde 1901, **V Saprónov** (1887-1938) desde 1911.

12 **S Bubnov** (1884-1938), era miembro del partido desde 1903, **K. Voronsky** (1884-1943) desde 1904, **M Smirnov** (1887-1937) desde 1907, **E. Bosch** (1871-1925) desde 1901, **I. Byk** (1882-¿?) desde 1918, **V. Kosior** (1891-1938) desde 1907, **F. Lokatskov** (1881-1937) desde 1904.

Concuerdo plenamente con la evaluación de la situación económica. Considero peligroso en este momento un debilitamiento de la dictadura política, pero es indispensable una clarificación. Considero absolutamente indispensable una conferencia.

P. Kaganovich
Drobnis
P. Kovalenko
A. E. Minkin
V. Yakóvleva¹³

Concuerdo plenamente con la propuesta práctica.

B. Elsin¹⁴

Firmo con las mismas reservas que el camarada Bubnov.

F Levitin¹⁵

Firmo con la misma reserva del compañero Bubnov. Aunque no comparto la forma y el tono, cuyo carácter me impulsa tanto más a concordar con la parte práctica de la declaración.

I Paliudov
O Schmidel
N Vaganian
I Stukov
A Lobanov
Rafael
S Vasilchenko
Mikh
Jakov
A Pusakov
N Nikolayev¹⁶

No concuerdo del todo con la primera parte que trata de la situación económica del país; efectivamente, ésta es muy seria y requiere un examen extremadamente atento, pero hasta ahora el partido no ha producido hombres que lo dirigirían mejor que aquellos que lo están haciendo hasta ahora. Sobre el problema de la situación interna del partido, considero que hay un elemento sustancial de verdad en todo lo dicho, y considero esencial la adopción de medidas urgentes.

F Dudnik¹⁷

La situación en el partido y la situación internacional son tales que requieren, ahora más que nunca, un especial esfuerzo y concentración de las fuerzas del partido. Me asocio a la declaración y la considero *exclusivamente* como una tentativa para reconstituir la unidad del partido y prepararlo para los futuros acontecimientos. Es natural que en este momento haya que excluir todo tipo de lucha en el interior del partido. Es necesario que el Comité Central evalúe ponderadamente la situación y adopte urgentes medidas para eliminar el descontento en el seno del partido y aun entre las masas no pertenecientes al partido.

13 **P. Kaganovich** (1887-¿?) era miembro del partido desde 1905, **Drobnis** (1890-1937) desde 1906, **P. Kovalenko** (1888-¿?) desde 1911, **A E Minkin** (1887-1955) desde 1903, **V. Yakóvleva** (1894-1941) desde 1904.

14 **B. Eltsin** (1875-1937) era miembro del partido desde 1897.

15 **F Levitín** (1891-¿?) era miembro del partido desde 1916.

16 **O Schmidel** (1889-¿?) era miembro del partido desde 1917, **Tergavian** (1893-1936) desde 1912, **I Stukov** (1887-1937) desde 1905, **Lobanov** (1887-1937) desde 1904, **Rafael** (RB Farbman) (1893-1966) desde 1906, **Vasilchenko** (1891-1937) desde 1901, **Jakov** (1893-1936) desde 1911, **Pusakov** (1884-¿?) desde 1905, **Nikolayev** (Bezrechetertnyi) (1895-¿?) desde 1914.

17 No tenemos ninguna información sobre Dudnik.

A. Goldman
V. Maximovsky
D. Sosnovski
Danishevsky
Mesiatsev
Jorechko
12X2318

Dado que en los últimos tiempos estuve sobre todo al margen del trabajo de los organismos del partido, me abstengo de todo juicio sobre los dos primeros párrafos de la parte introductoria; sobre el resto estoy de acuerdo.

Averin¹⁹

Concuerdo con la exposición de la primera parte sobre la situación económica y política del país. Considero que en la parte que describe la situación interna del partido hay una cierta exageración. Es absolutamente indispensable adoptar inmediatamente medidas para salvaguardar la unidad del partido.

M Boguslavsky²⁰

Carta a los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) (8 de octubre de 1923)

1.- Una de las propuestas de la comisión del camarada Dzerzhinsky (especialmente la motivada por las huelgas) consiste en obligar a los miembros del partido a informar al GPU, al Comité Central y a la Comisión Central de Control, sobre cualquier reagrupamiento en el seno del partido del que puedan tener conocimiento.

Se podría pensar que es deber elemental de los militantes señalar a las estructuras del partido la existencia de elementos hostiles que se sirvan de su marco y que, seis años después de la Revolución de Octubre no se necesita una resolución para precisarlo. Que se manifieste hoy en día la necesidad de semejante resolución es un síntoma extremadamente inquietante que viene a añadirse a otros también muy indicativos. Ello significa: a) que se han formado en el interior del partido grupos de oposición clandestina y que estos pueden devenir peligrosos para la revolución; b) que se ha desarrollado en el partido un espíritu que tolera que camaradas al corriente de tales hechos no informen a las estructuras del partido. Estos dos elementos rinden testimonio de una extrema degradación de la situación en el interior del partido desde el XII Congreso en el que los discursos constataban una unanimidad del 90 %. Es verdad que entonces ya se sobreestimaba esta unanimidad. Numerosos militantes, y no de los menores, estaban extremadamente consternados por los medios y métodos para convocar el Congreso²¹. Y esta consternación ganó a la mayoría de los delegados. Estos estaban dispuestos en su gran mayoría, en el contexto de la enfermedad de Lenin y de la situación internacional, a apoyar al nuevo Comité Central. Precisamente esta aspiración a trabajar con eficacia y en unidad fue, especialmente en el dominio de la economía, lo que atenuó la tendencia a la constitución de grupos en el partido y llevó a numerosos militantes a silenciar su

18 **Goldman** (1894-1943) era miembro del partido desde 1917, **Maximovsky** (1887-1941) desde 1903, **Sosnovsky** (1886-1937) desde 1904, **Danishevsky** (1884-1941) desde 1900, **Mesiatsev** (1887-¿?) desde 1906, **Jorechko** (1893-¿?) desde 1914.

19 **Averin** (1885-1945) era miembro del partido desde 1904.

20 **Bogulavsky** (1886-1937), miembro del partido desde febrero de 1917.

21 El XII congreso fue preparado por el aparato de la forma más autocrática eliminando a todos los opositores; la dirección de los debates también fue muy antidemocrática y una de las principales víctimas fue Rakovsky.

descontento y no manifestar en la tribuna su legítima consternación. Estos seis meses de actividad del Comité Central muestran, sin embargo, una extensión de los métodos que sirvieron para convocar el XII Congreso. El resultado es que se han constituido grupos hostiles y encarnizados en el interior del partido, y que son numerosos quienes conociendo el peligro se callan. Asistimos en esto a una degradación brusca de la situación y a una ruptura en aumento entre el Comité Central y el partido.

2.- Esta fuerte degradación tiene dos causas: a) el régimen interno en el partido, fundamentalmente injusto y malsano; b) el descontento de los obreros y campesinos ante la situación económica difícil, agravada no solamente por factores objetivos sino, también, por errores de fondo en la política económica. Estos dos elementos están estrechamente ligados como se verá más adelante.

3.- La consigna que presidió la convocatoria del XII Congreso fue la de la unidad. Habiendo sido encargado de redactar las tesis sobre la industria, llamé la atención del Comité Central ya antes del Congreso sobre el peligro extremo que se corría al presentar de nuevo al XII Congreso los proyectos económicos bajo una forma abstracta de propaganda, cuando de lo que se trataba era de llevar al partido a cambiar de actitud y a disponerse a adoptar medidas concretas y eficaces para mantener el valor de la producción de estado. No puedo dejar de aconsejar a todos los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control que tomen conocimiento de la correspondencia que se intercambió entonces con este motivo en el seno del Buró Político. He demostrado que si esta consigna era interpretada y utilizada como una herramienta de agitación, sin tener en cuenta su contenido económico real (economía planificada, potente concentración de la industria, severa bajada en los gastos excesivos de la industria y del comercio), perdía su sentido un discurso sobre la organización de la industria. Ante la insistencia del Plenario, hice ese discurso, sin embargo, tratando por mi parte de no obstaculizar el trabajo futuro del primer Comité Central elegido sin Lenin.

4.- La resolución sobre la industria exige un reforzamiento de la organización del Gosplan, su consolidación en tanto que órgano dirigente del plan. Es significativo que, tras el XII Congreso, Lenin haya dirigido una nota al Comité Central pidiendo que el Gosplan sea dotado incluso de derechos legislativos (o más exactamente del derecho administrativo de decidir). En realidad, desde el Congreso, el Gosplan aún ha sido más bandeado. En determinados dominios, su actividad es útil y necesaria pero no tiene nada que ver con la regulación de la economía por el plan anunciada por el XII Congreso. Las principales estructuras de estado encargadas de la economía, especialmente en el escalón central, actúan dentro de una escandalosa ausencia de coordinación. Más aun que antes del Congreso, las principales cuestiones económicas se zanján en el politburó, de prisa y corriendo, sin verdadera preparación y sin coordinación con las estructuras del plan. El 19 de septiembre, los camaradas Ríkov y Piatakov, sobre los que recae la dirección de la industria de estado e incluso la totalidad de la economía en el caso de Ríkov, han entregado una nota al Comité Central en la que avanzan prudentemente: *“determinadas decisiones del Buró Político nos obligan a señalar que, en la situación que se está desarrollando, la gestión de la industria de estado que se nos ha confiado deviene cada vez más difícil”*. Es cierto que esos camaradas han rechazado la difusión de su nota, pensando que no era oportuno lanzar el debate sobre esta cuestión en el Plenario. Pero esta consideración de forma (el rechazo a divulgar su nota), no cambia en nada su apreciación de la política económica del Buró Político, sucesión de decisiones arriesgadas e incoherentes que hacen *“extremadamente difícil”* cualquier dirección un poco planificada de la economía. En las conversaciones privadas este juicio adquiere un tono netamente más categórico. Ninguna estructura del partido o de los soviets hace análisis o

elaboración en materia de economía. Para ser más preciso hay que decir que no existe dirección de la economía; el caos proviene de la cúspide.

5.- En esta carta no me lanzaré a un análisis de nuestra política en materia de finanzas, industria, requisita de grano, exportación de cereales e impuestos, pues ello exigiría desarrollos demasiado largos. Hoy en día no hay duda alguna que la crisis de la producción industrial tiene como principal causa una dependencia de la política financiera frente al plan económico. Ciertos avances importantes en la industria se hunden, o amenazan con hacerlo, porque existe incompatibilidad entre los diferentes componentes de la economía de estado; por otra parte, por la misma naturaleza de la Nep, cada fracaso en el dominio de la industria o del comercio de estado provoca un aumento del capital privado en detrimento del capital de estado. El actual período se caracteriza por una separación creciente entre los precios de los productos manufacturados y los de los productos agrícolas, lo que equivale a una liquidación de la Nep pues el campesino, que es la base de la Nep, se ríe de saber por qué no puede comprar (por qué el comercio está prohibido por decreto o por qué dos cajas de cerillas cuestan el equivalente a un *poud* de trigo). No voy a explicar porque la concentración industrial (una cuestión de vida o muerte para la industria) tropieza continuamente con consideraciones “políticas” (o peor aún, locales) y progresa mucho más lentamente que los precios de los productos manufacturados. Pero es preciso detenerse en uno de los aspectos de la cuestión que muestra claramente que la dirección de la economía por el partido degenera a causa de la ausencia de plan, de sistema y de línea política justa.

El XII Congreso mostró de forma indignante los abusos cometidos por las estructuras del partido en la utilización de las decisiones en materia de industria y de intercambios. ¿En qué consisten? En que determinadas estructuras, encargadas de supervisar los servicios económicos y de incentivar su sentido de la precisión, su voluntad de aplicación, su preocupación por la economía, su sentimiento de responsabilidad, no hacen otra cosa más que corromperlos con los medios más groseros y les llevan a engañar al estado: más que tasar a las empresas industriales en beneficio de las estructuras del partido, lo que sería ilegal pero tendría al menos un sentido concreto, se recurre a un dispositivo que obliga a decisiones insensatas que despilfarran, además de papel, tiempo de trabajo de impresión, etc. Lo más indignante es que los responsables económicos no se atreven a oponerse a este despilfarro desmoralizador; se someten a una página o media de medidas redactadas por cualquier “*mensajero comunista*” en conformidad con las decisiones del secretario del comité regional. Si alguien se atreve a oponerse, manifestando así una verdadera comprensión de la tarea del partido, inmediatamente se verá alineado en la categoría de aquellos que rehúsan reconocer “*la dirección del partido*”, con todas las consecuencias que ello entraña. Desde el XII Congreso no se ha producido ninguna mejora, puede ser que con la excepción de algunos lugares aislados. Hay que ignorarlo todo sobre una gestión económica justa y el sentido de la responsabilidad para taparse los ojos ante esta forma de “*dirigir*” la economía o para pensar que esto no tiene importancia.

6.- El XII Congreso, como el conjunto del partido, se ha esforzado incontestablemente en reforzar la influencia del partido en la dirección y el control de las estructuras económicas, sobre todo para hacer recaer sobre los gestores de la economía la responsabilidad de los métodos y resultados de su dirección. Los resultados positivos son insignificantes. Y el descontento de las masas proviene, sobre todo, del despilfarro y de la ausencia de control sobre los numerosos servicios económicos cuyos responsables se someten mucho más voluntariamente a la llamada “*dirección*” del partido (declaraciones absurdas, etc.) en tanto que lo esencial de su actividad se mantiene fuera de toda dirección y control reales.

7.- Durante el último Pleno del Comité Central se constituyó una comisión extraordinaria para la reducción de los gastos generales y la bajada de los precios. Este mismo hecho rinde crudamente testimonio de nuestra mala gestión económica. La cuestión de los precios de los productos y de los intercambios fue analizada en su momento y se adoptaron, por unanimidad en el XII Congreso, decisiones concernientes a la reducción de los excedentes de la producción y de los intercambios. Los organismos que tenían que aplicar esas medidas: el Comisariado de Economía, el Gosplan, STO22 y el Politburó como órgano dirigentes. ¿Por qué entonces crear una comisión extraordinaria? Porque los organismo existentes no habían obtenido los resultados necesarios. ¿Qué puede aportar una comisión extraordinaria? Actuando paralelamente puede disparar, empujar, insistir y, finalmente, reducir algunos precios por métodos administrativos. Pero es evidente que una reducción mecánica de los precios, por organismos del estado bajo un impulso político, no hará más que enriquecer a los intermediarios y no repercutirá, seguramente, en el mercado agrícola. Reducir las tijeras, homogeneizar la economía, sólo se puede hacer por medios estructurales: una severa concentración planificada, una bajada orgánica de los gastos generales y la responsabilización real de los gestores de la economía. La misma creación de una comisión extraordinaria para la reducción de los precios ilustra clara y cruelmente la tendencia del político, que ignora el sentido de la regulación por el plan, a volver, bajo la presión de las consecuencias que él mismo ha engendrado, al sistema de definición de los precios establecido en el período del comunismo de guerra. Las medidas se suceden y no hacen más que agravar el estado de la economía en lugar de mejorarlo.

8.- La escalofriante diferencia de los precios, debida al peso del impuesto único que no está adaptado a las relaciones económicas reales, ha suscitado un extremo descontento entre los campesinos. Este descontento ha encontrado eco, directo e indirecto, entre los obreros, después, en consecuencia, entre los militantes de base del partido. Se reaniman y consolidan pequeños grupos de oposición y su descontento se amplía. Así, la “unión” de los campesinos con el partido a través de los obreros se presenta a la inversa. Se puede extraer la lección, si no se había previsto o si se había cerrado los ojos hasta estos últimos tiempos. Las fórmulas generales de propaganda concernientes a la “unión” producen resultados opuestos sin que el problema central se solucione: la racionalización de la industria de estado y la reducción de las tijeras. He aquí las razones esenciales de los conflictos que se han producido en el seno del Comité Central en vísperas del XII Congreso. La vida ha zanjado. Se podría haber evitado esta dura lección, o al menos se podrían haber reducido los efectos a la mitad o a las tres cuartas partes, si se hubiese tenido en cuenta correctamente los factores económicos y se hubiese razonado en término de plan.

9.-Una de las misiones esenciales confiadas por el XII Congreso al Comité Central era reclutar con cuidado a los gestores de la economía, desde la base a la cúspide. La atención del Buró de Organización en el reclutamiento se ha centrado, sin embargo, sobre cualquier cosa diferente a las cualidades personales. A través de nominaciones, cambios, permutas, se evaluaba ante todo entre los miembros del partido su capacidad para aceptar u oponerse al régimen interior que el Buró de Organización y el Comité Central imponen en el partido, de forma no declarada ni oficial pero tanto más eficaz. El XII Congreso afirmó que el Comité Central debía estar compuesto por personas “independientes”. Sin comentarios. La “independencia” ha devenido el criterio de selección por el secretario general de los secretarios regionales y de todas las estructuras de arriba abajo hasta la menor célula. La nominación en la jerarquía del partido de camaradas, considerados por

22 STO era el Consejo de Trabajo y de Defensa.

el secretariado como independientes en el sentido que hemos visto, se ha llevado adelante con una particular intensidad. Es inútil dar aquí ejemplos aislados cuando el partido examina centenares de hechos más significativos. Mencionaré solamente a Ucrania donde ese verdadero trabajo de desorganización sólo podrá entrañar consecuencias graves que se harán sentir en los próximos meses²³.

10.- En el peor momento del comunismo de guerra, el proceso de nominación sólo alcanzaba la décima parte que ahora. La nominación de los secretarios regionales es hoy en día la regla. El secretario deviene independiente de las organizaciones locales del partido. En caso de oposición, de crítica o descontento, el secretario recurre al traslado con la ayuda del centro. El Politburó ha declarado con satisfacción durante una de sus sesiones que, en el proceso de reagrupamiento de las regiones, la única cuestión que interesó al organismo encargado de su realización es saber quién será nombrado secretario de la región reunida. Nombrado por el centro y, por tanto, casi independiente de las estructuras locales del partido, el secretario es a su vez el autor de nuevas nominaciones y cambios en el interior de la región. El aparato de los secretarios, a punto de constituirse desde la cumbre a la base, adquiere un peso cada vez más grande y se apodera de todos los hilos. Cada vez se convierte en más ilusoria la participación de la base del partido en la formación de la organización del partido. Desde hace un año y medio se ha desarrollado una psicología del secretario, cuyo rasgo principal es la certidumbre que el secretario es capaz de resolver cualquier problema, sea el que sea, sin conocer los datos. Vemos muy cerca de aquí a camaradas que nunca han manifestado ninguna cualidad de organización o administración cuando dirigían instituciones soviéticas, meterse a solucionar cuestiones económicas, militares y otras desde que llegan al puesto de secretario. Esta práctica es mucho más nefasta en cuanto que disipa y mata el sentimiento de responsabilidad.

11.- El XII Congreso del partido se realizó bajo el signo de la democracia obrera. Numerosos discursos pronunciados entonces en defensa de la democracia obrera me parecieron exagerados, y en gran medida demagógicos a causa de la incompatibilidad de una democracia obrera plena y completa con un régimen de dictadura. Pero estaba completamente claro que la presión del período del comunismo de guerra tenía que ceder a una expresión del partido más amplia y viva. Sin embargo, el régimen que se ha instaurado principalmente desde antes del X Congreso, y que se estableció a continuación definitivamente, está mucho más alejado de la democracia obrera que el régimen de los tiempos más duros del comunismo de guerra. La burocratización del aparato del partido ha alcanzado un desarrollo sin precedentes por medio de la designación de secretarios. En las horas más penosas de la guerra civil discutíamos, en el seno del partido e incluso en la prensa, sobre la cuestión del recurso a los especialistas, sobre la elección de un ejército regular o de un ejército de guerrilleros, de la disciplina, etc.; hoy en día, sin embargo, no hay ni la sombra de una discusión abierta sobre cuestiones que preocupan realmente al partido. Una capa muy amplia de militantes del partido, miembros del aparato de estado y del partido, renuncia a su opinión personal o, como mínimo, a expresarse abiertamente como si pensase que la jerarquía de los secretarios fuese la instancia que fabrica la opinión y las decisiones del partido. Por debajo de esta capa de militantes, que se abstienen de cualquier opinión personal, se encuentra la masa de los militantes que toman todas las decisiones como consignas, incluso como órdenes. Existe un profundo descontento provocado tanto por el funcionamiento general como por razones precisas. Como no existe ninguna posibilidad de discutir verdaderamente ni de tener peso en la organización del partido (mediante la elección de los secretarios de comités del partido), ese descontento, lejos de absorberse, se acumula secretamente hasta

23 Para desembarazarse de Rakovsky, enviado a Londres en julio, después de sus fieles, Stalin depuró vigorosamente el partido ucraniano hasta el punto de desorganizarlo.

provocar accesos internos. Mientras que el aparato oficial (el aparato de los secretarios) da la imagen de una organización cada vez más grande, de una homogeneidad casi automática, la discusión y la reflexión sobre las cuestiones actuales más difíciles se desarrolla al margen, lo que suscita la creación de grupos ilegales en el seno del partido.

12.-Oficialmente, el XII Congreso destacó a los viejos bolcheviques. Es cierto que los bolcheviques de la clandestinidad representan el caldo de cultivo y su columna vertebral. Es posible y necesario incentivar su reclutamiento a los puestos de dirección, si tienen las cualidades indispensables evidentemente. Pero la forma en que se ha realizado este reclutamiento, la nominación por arriba, es tanto más peligrosa en cuanto divide a los viejos bolcheviques en dos grupos con el criterio de la “*independencia*”. El bolchevismo de principios deviene así, para el conjunto del partido, responsable del régimen interno que se desarrolla en él y de los grandes errores cometidos en materia de desarrollo económico. No hay que olvidar que la aplastante mayoría de los miembros de nuestro partido está constituida por jóvenes revolucionarios que no tienen la experiencia de la clandestinidad, o por antiguos miembros de otros partidos políticos. El ascenso del descontento frente a un aparato de los secretarios, fuera de todo control, que se identifica con el viejo bolchevismo, puede tener funestas consecuencias en la preservación del predominio de las ideas y en el mantenimiento de la dirección organizativa de los bolcheviques de la clandestinidad en nuestro partido de medio millón de miembros.

13.- La tentativa llevada a cabo por el Politburó para basar el presupuesto sobre la venta de vodka, lo que significaría que los ingresos del estado obrero serían independientes de los éxitos del desarrollo económico, constituye un síntoma muy grave. Únicamente una protesta enérgica en el seno del CC y fuera de él ha impedido esta tentativa que habría descargado un terrible golpe no solamente a la actividad económica sino al mismo partido. Pero se mantiene la idea de una futura legislación del vodka por el CC. No hay duda alguna que existe un estrecho lazo entre el carácter todopoderoso de la organización de los secretarios, cada vez más independientes del partido, y la tendencia a elaborar un presupuesto lo más independiente posible de los éxitos y reveses del desarrollo económico. La tentativa de presentar a la oposición a la legalización del vodka como un crimen contra el partido, igualmente que la marginación de la redacción del diario central del camarada que reclamaba libertad para juzgar sobre ese funesto plan, continúan siendo uno de los momentos más indignos de la historia del partido.

14.- La gestión desordenada de la economía y el régimen interno del partido que he descrito han tenido y tienen todavía fuertes repercusiones en el ejército. Las decisiones que toma el Politburó concernientes al ejército tienen siempre un carácter episódico y aleatorio. Las cuestiones esenciales de la construcción del ejército, y de su preparación para una situación de guerra, jamás han sido examinadas en el Politburó, que examinó una masa de cuestiones dispares sin dotarse jamás de los medios para examinar un problema en su conjunto, preparando el dossier y estudiándolo de forma sistemática. Los saltos de la economía, y en la situación internacional, impelen al Politburó a tomar de un día para otro decisiones totalmente contradictorias concernientes al ejército. Así, en el momento del ultimátum de Curzon²⁴, la idea de aumentar el ejército de 100 a 200.000 soldados suplementarios, fue citada en el Politburó y fueron necesarios muchos esfuerzos para rechazarla. En el mes de julio, cuando yo estaba de vacaciones, el Pleno del CC le confió al Soviet Revolucionario del Ejército la elaboración de un proyecto de reducción de los efectivos militares de 50 a 100.00 soldados. El estado mayor trabajó en ello activamente durante los meses de julio y agosto. A fines de agosto, bajo el efecto de los acontecimientos en Alemania, ese plan fue anulado y reemplazado por un proyecto de

²⁴ El 2 de mayo de 1923, el ministro británico Lord Curzon había enviado al gobierno soviético su celebre “ultimátum”.

aumento de los efectivos. Cada una de esas decisiones exigía una elaboración intensa y complicada, un conjunto de propuestas, solicitudes y disposiciones del centro hacia las regiones militares. Todo ello hace pensar que la actividad del Soviet Revolucionario del Ejército está desprovista de cualquier idea directriz. Así, en un artículo aparecido en el diario de la región militar de Ucrania, un miembro del CC pudo concluir el carácter contradictorio de las disposiciones del soviét revolucionario del ejército; sin embargo, este miembro estaba bien colocado para saber de dónde venían esas decisiones contradictorias.

La selección antes de la entrada en el partido, selección que se desarrolla bajo la cobertura de sus estructuras oficiales, descarga también un duro golpe sobre la cohesión moral del ejército. En la cúspide se actúa contra el Soviet Revolucionario del Ejército exactamente como se hace contra lo que se podría llamar el antiguo comisariado del pueblo de Ucrania²⁵. Aunque frente a éste se ha procedido con más lentitud y prudencia, y de forma más disimulada. Pero en un caso como en el otro, es visible que se nombra preferentemente a hombres que estén dispuestos a actuar para aislar al órgano dirigente del ejército. Se introduce desde arriba la duplicidad en el aparato interno del ejército. El Soviet Revolucionario del Ejército se opone al partido, de múltiples formas alusivas o a veces abiertamente; sin embargo, sería difícil encontrar una institución soviética que aplique con tanta severidad y al pie de la letra las decisiones del partido, emanen de sus congresos o del Politburó, sin sufrir en su seno la menor reprobación ni incluso la menor discusión, cuando incluso esas decisiones, como he demostrado, no son ni racionales ni están coordinadas. Lo más simple sería suprimir el Soviet Revolucionario del Ejército. No obstante, el Buró de Organización, que no se ha pronunciado todavía en esta etapa, empuja a todos los militantes serios en el ejército a preguntarse con ansiedad sobre la salida de este proceso.

15.-Hoy en día la potencia de combate del ejército depende en un 90 % de la industria. La desorganización general de la economía se vuelve a ver evidente y completamente en la industria que aprovisiona al ejército. El reemplazo de los dirigentes, llevado a cabo en él también con criterios de “independencia”, se ha hecho con tal rapidez que, en este período crucial, la industria militar, que debería funcionar con una energía decuplicada, se ha quedado durante casi tres meses sin verdadera dirección.

En lugar de concentrar su atención en la industria, y particularmente en la industria militar, el último pleno se ha preocupado de hacer entrar en el Soviet Revolucionario Militar a un grupo de miembros del CC dirigidos por el camarada Stalin. Independientemente del sentido que esta medida, no se puede ser más claro, pueda tener en el interior del partido, el mismo anuncio de un nuevo Soviet Revolucionario del Ejército no podía ser percibido por nuestros vecinos de otra forma más que como el pase a otra política; dicho de otra forma: a una política agresiva. Únicamente las protestas que planteé de la forma más enérgica impidieron que el Pleno adoptase esta medida. El Pleno ha aplazado la creación de un nuevo Soviet Revolucionario Militar hasta el momento en que haya “movilización”. A primera vista es incomprensible que se guarde esta decisión en reserva difundiéndola al mismo tiempo a través de decenas de ejemplares, cuando no se sabe en absoluto cuándo y bajo qué condiciones se hará esta movilización, ni incluso si habrá movilización, ni a quién le podrá confiar el Pleno los asuntos militares. Pero en realidad, esta decisión que parece incomprensible es un paso reflexionado hacia la realización de objetivos preestablecidos, a lo que está acostumbrado la mayoría del Politburó y del Buró de Organización. Además, el Pleno ha decidido introducir en el Soviet Revolucionario del Ejército uno o dos miembros del CC “*para seguir*

25 Nueva alusión a la represión administrativa para alejar a Rakovsky.

particularmente la industria militar” que no está sometida al soviét militar y ha quedado casi tres meses sin dirección. Sobre la base de esta decisión, el Politburó ha hecho entrar en el Soviet Revolucionario del Ejército a los camaradas Lashévich y Vorochilov; además, este último, nombrado “especialmente para seguir la industria militar”, sigue en Rostov. En el fondo es una medida preparatoria. Por otra parte, el camarada Kuibychev cuando le reproché el hecho que los motivos reales de los cambios en el seno del Soviet del Ejército no tenían nada que ver con los motivos reales, no solamente no lo negó sino que incluso me dijo abiertamente: *“Estimamos que es preciso combatirlo, pero no podemos declararle abiertamente enemigo; he aquí por qué nos vemos obligados a recurrir a tales métodos”*.

16.- La crisis que se desarrolla hoy en día rápidamente en el seno del partido no puede ser resuelta por medio de métodos represivos, estén o no justificados según las circunstancias. Las dificultades objetivas de desarrollo son enormes. Pero el régimen injusto en el interior del partido no hace más que acentuarlas; desviando la energía de las tareas constructivas hacia la actividad de grupúsculo; seleccionando de forma artificial a los militantes sin tener en cuenta su peso en el partido o en los soviets; substituyendo la competencia y la autoridad en la forma de dirigir por la orden formal basada en una obediencia pasiva de todos y cada uno. Ese régimen interno, nocivo para el desarrollo económico, ha sido y sigue siendo la causa del descontento de unos, de la apatía de otros, de la marginación concreta de los terceros. Esto podría ser provisionalmente soportable si el partido asegurase éxitos en el dominio de la economía. Pero no es ese el caso. Por ello este régimen no puede mantenerse por mucho tiempo. Debe cambiarse.

17.- Si el desorden de la política económica y el burocratismo de los secretarios en la política del partido han suscitado la inquietud desde antes del XII Congreso, ciertamente nadie esperaba que esta política desvelase tan rápidamente su inconsistencia. El partido entra en un período de su historia en el que puede ser que cargue con la responsabilidad más grande con el pesado peso de los errores cometidos por sus estructuras dirigentes. La capacidad de acción del partido se ha ralentizado. El partido observa con una extrema inquietud las llamativas contradicciones de la política económica y todas sus consecuencias. Observa con una inquietud, puede que más grande aun, la disociación que se opera artificialmente en su cabeza y que vuelve impotentes a las estructuras de dirección del partido y de los soviets. El partido sabe que las razones oficiales de las nominaciones, reagrupamientos, cambios de destino y traslados, están lejos de corresponderse con necesidades reales y con los intereses del desarrollo. Estos procedimientos llevan a una dislocación del partido. Seis años después de la Revolución de Octubre, y en vísperas de la revolución alemana, el BP se plantea un proyecto de resolución obligando a todo militante a comunicar al GPU lo que sepa sobre los reagrupamientos ilegales en el partido.

Es absolutamente evidente que este régimen y este espíritu son incompatibles con las tareas que pueden plantearse, y que se le van a plantear, al partido con la revolución alemana. Es preciso poner fin al burocratismo de los secretarios. Hay que restaurar los derechos de la democracia en el partido, lo bastante como mínimo para impedir que el partido se seque y degenera. La base del partido debe expresar las razones de su descontento en el mismo seno del partido; debe poder participar realmente en la constitución del aparato organizativo, conforme a los estatutos y, sobre todo, al espíritu de nuestro partido. Hay que reagrupar las fuerzas del partido en función de las necesidades reales del trabajo a llevar a cabo y, ante todo, en los sectores industrial y militar. Si no se ejecutan verdaderamente las decisiones del XII Congreso sobre la industria, no se podrá asegurar un aumento regular ni incluso el mantenimiento en su actual nivel de los salarios obreros. La salida menos dolorosa, y la más rápida, a esta situación sería que la actual

dirección tome conciencia de las consecuencias del régimen que ha impuesto artificialmente y que manifieste una auténtica voluntad de transformar la vida del partido. Sería cómodo, bajo tales condiciones, encontrar las formas y medios del cambio. El partido podría respirar. Esta vía es la que propongo al CC.

18.- Los miembros del CC y de la CCC saben que, al mismo tiempo que golpeando con resolución y nitidez en el seno mismo del CC contra la política errónea que se lleva en particular en los dominios de la industria y del régimen interno, me he abstenido resueltamente de llevar ese combate interno en el CC, ante la apreciación de un círculo incluso estrecho de camaradas que, sin embargo, con toda justicia, deberían ocupar puestos de responsabilidad en ese mismo CC y en la CCC. Me es obligado constatar que los esfuerzos que he desplegado desde hace seis meses en ese sentido no han obtenido ningún resultado. Se ha llegado a un punto en el que el partido está abiertamente amenazado por una crisis de una excepcional gravedad y, bajo esas circunstancias, tendría el derecho a acusar a todos aquellos que han visto el peligro sin señalarlo abiertamente, que han preferido la forma al contenido.

Teniendo en cuenta la situación que se desarrolla, estimo no solamente como mi derecho sino como mi deber exponer lo que pasa a cada miembro del partido que me parezca suficientemente preparado, perspicaz, sólido, y que en consecuencia sea capaz de ayuda al partido a salir del impasse sin sacudidas ni convulsiones fraccionales.

Carta al Presidium de la Comisión Central de Control y al Politburó del Comité Central del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 19 de octubre de 1923

Absolutamente secreta

1.- la decisión del Presidium de la CCC con motivo de mi carta²⁶ se ha tomado sin que yo haya sido invitado a la reunión del Presidium, sin una real explicación por mi parte; es decir, sin la elemental observación de las garantías de regularidad e imparcialidad en el juicio llevado a cabo por cada miembro del partido.

2.- El Presidium define mi carta como una plataforma para la creación de una fracción. En esa apreciación sólo puedo ver la prolongación de la misma lucha de la que me habló el camarada Kuibychév antes de mi carta e independientemente de ésta.

3.- En mi carta hablo de sus objetivos. Basándose en toda mi conducta en el CC, el Presidium no puede dejar de reconocer que me he abstenido de cualquier acción que, aunque sólo fuese superficialmente, pudiese parecerse a una tentativa de creación de una fracción. Cuando los debates en el interior del Comité Central devenían inmediatamente patrimonio de amplios círculos del partido (de una manera dirigida contra mí) constantemente me abstuve de algunas consideraciones, a fuese con quién fuese que no fuera miembro del Comité Central, a propósito de las cuestiones en litigio.

4.- Sin cesar he continuado esperando que la experiencia objetiva de los compañeros con la crítica en el interior del partido salvaguardaría, al fin de cuentas, una línea correcta en las cuestiones litigiosas.

5.- A mi vuelta de Kislovodsky, tras un tratamiento de larga duración, encontré en el país y en el partido una situación muy degradada. Tengo que decir que ese cambio sólo se me manifestó claramente en el Plenario del CC²⁷ pues, durante mi estancia en Kislovodsky, nadie me había dado la menor información al respecto. Sin embargo, la línea general del trabajo del Plenario sigue en todo punto a la del pasado. No se había planteado ninguna medida que responda, aunque sólo sea un poco, a la nueva situación.

²⁶ Se trata de la carta del 8 de octubre de 1923. [Ver en estos anexos]]

²⁷ Se trata del Plenario del CC del 23 de septiembre.

6.- En la sesión del Politburó tras el Plenario, caractericé la situación grave que se había creado e indiqué la necesidad de medidas excepcionales, tanto en el dominio económico como en el seno del partido, con el objetivo de garantizar la posibilidad real de un trabajo general del partido.

7.- En respuesta a mi intervención, el camarada Ríkov propuso una reunión privada de miembros del Politburó. Ésta no tuvo lugar a causa de un encadenamiento de pequeños malos entendidos en los que no existió ninguna falta subjetiva por parte de nadie. Solamente el 15 de octubre recibí el mensaje explicativo del camarada Ríkov que comenzaba con estas palabras: *“Soy muy culpable por no haber respondido al mensaje que usted me envió en respuesta a la invitación para hacer una reunión con algunos miembros del CC”*.

8.- En ausencia de una respuesta a mi carta, estaba completamente en mi derecho para considerar que los miembros del Politburó rechazaban el examen, que ellos mismos habían propuesto, de los muy importantes problemas de crisis interna que yo había expuesto. Solamente tras ello escribí la carta cuyo objetivo (estaba indicado en ella) era incitar al CC, de acuerdo con la nueva situación, a plantear y resolver de forma diferente los problemas más agudos y delicados de la vida interior.

Para controlar mi propia apreciación de la nueva situación, di a conocer mi carta a penas a una decena de camaradas responsables²⁸, de los que todos se dieron claramente cuenta que se trataba de un documento rigurosamente secreto concerniente a los asuntos internos del partido y que, por razones internacionales, no podía en ningún caso tener una amplia difusión y, en consecuencia, aún menos convertirse en una plataforma.

9.- Cuando una parte del Politburó propuso no enviar la carta a los miembros del CC y de la CCC para tratar de preparar una solución de los problemas a través del Politburó, estuve de acuerdo, tras prevenirle sobre que algunos camaradas que no formaban parte del CC conocían mi carta. Habiéndome enterado de que se habían hecho algunas copias, inmediatamente después de la sesión del Politburó pedí categóricamente que no solamente no se difundieran sino que se me entregasen. Toda esta forma de actuar se parece bien poco a la preparación de una plataforma.

10.- El Presidium de la CC se ha pronunciado a favor que el problema sea resuelto en el interior del CC y de la CCC. El Politburó ha declarado este punto de vista motivándolo en que mi carta había tenido una difusión, decía él, masiva. No tengo ninguna posibilidad de verificarlo; es decir, en qué medida mi carta es conocida, ahora que se le ha enviado a los miembros del CC y de la CCC. Pero todos sabemos que la carta del camarada Lenin sobre la cuestión nacional fue puesta en conocimiento de un número relativamente elevado de miembros del partido y, al mismo tiempo y por un cuerdo común, no tuvo difusión²⁹. Está perfectamente claro para mí que, si se hubiese querido, mi carta, destinada por su objeto mismo (y a causa de la situación internacional) a un círculo muy limitado de personas, no habría podido salir de esos límites si hubiese habido una real voluntad de examinar los problemas sin sacudidas ni convulsiones fraccionalistas.

11.- El rechazo del Politburó a unirse a la parte correspondiente de la decisión de la CCC sólo puede entenderse como la autorización a hacer circular ampliamente la carta. Justamente de esta forma se le puede atribuir ahora el carácter de plataforma de fracción que no tiene.

12.- Rechazando categóricamente la apreciación del CCC sobre mi carta, restablezco por la presente declaración los hechos a propósito de los cuales el Presidium de la CCC no me ha dado respuesta a tiempo.

²⁸ Entre esa decena estaban con seguridad Rakovsky, Smirnov, Muralov, Preobrazhensky, Sosnovsky, etc.

²⁹ Alusión a la difusión de la carta de Lenin sobre las nacionalidades en el XII Congreso.

Carta a los miembros del Comité Central y de la Comisión de Control del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 23 de octubre de 1923

La respuesta de los miembros del Politburó a mi carta es tal que se podría decir que sus autores consideran excluidas la posibilidad y necesidad de cambiar seriamente la política actual del partido y la política económica, y que rechazan totalmente la idea de la creación de las condiciones normales para un trabajo colectivo sano en las instituciones dirigentes del partido. Y esto es muy inquietante.

El régimen en el partido

1.- Ante todo, el documento reduce toda la cuestión de la crisis del partido a una acusación formal de creación de una plataforma, de fraccionalismo, etc. Sin embargo, tal acusación es evidentemente un abusivo uso de las resoluciones del X Congreso sobre la existencia de fracciones; es decir, de agrupamientos organizados, de gente que piensa la misma cosa, en el interior del partido, lo que presenta un extremo peligro, eso completamente indiscutible.

Pero más allá de esto está llamar fracción a cualquier tentativa de un miembro aislado del partido, o de un grupo de miembros del partido, para llamar la atención del CC sobre una irregularidad o un error político. No hay nada más peligroso que la decisión burocrática, llevada hasta el absurdo, de prohibir la creación, en el interior del partido, de organizaciones fraccionales.

Efectivamente, el régimen de ausencia de fracciones en el partido puede no ser violado solamente en el caso que el partido, desde abajo hasta arriba, se mantenga como un colectivo activo e independiente en el que la elaboración de la opinión del partido no tropiece con compartimentos artificiales, superfluos, en el que las instituciones dirigentes no lleven a cabo por sí mismas la política de la selección fraccional latente, escuchen con la mayor atención la voz de la crítica en el seno del partido sin intentar liquidar todo pensamiento independiente con una acusación de fraccionalismo.

2.- En la reunión del Politburó del 11 de diciembre, el camarada Dzherzhinsky le reprochó al Comité de Moscú el hecho que los miembros de base de la organización moscovita consideren que es imposible ofrecer su opinión en el marco de la organización del partido y que lo hagan a sus espaldas. El camarada Zelensky³⁰, secretario del *gubkom* de Moscú respondió a esto textualmente: “*Dice usted que no hay vida en las células, que todo el mundo se calla. Pero ¿no ha pasado lo mismo en la conferencia del partido sobre los acontecimientos de Alemania? ¿No se callaba también allí todo el mundo?*”

El camarada Bujarin³¹, en su intervención contra la propuesta de obligar, mediante una nueva resolución del Politburó, a los miembros del partido a denunciar cualquier agrupamiento en el partido, dijo lo siguiente: “*Esta propuesta sólo causará mal. Se comprenderá como un exceso de espíritu policial, ya muy extendido sin ella. Nos es absolutamente necesario dar un golpe de timón, cambiar el sentido de la democracia en el partido*”.

El camarada Molotov³² declaró que él no tenía ninguna objeción. Y cuando le pregunté contra qué no tenía ninguna objeción el camarada Molotov, éste me respondió que no tenía ninguna objeción contras las verdaderas primeras formuladas por el

30 **I. a. Zelensky** (1890-1938) era un viejo bolchevique ligado a Zinóviev.

31 **N. I. Bujarin** (1888-1938) había presentado la resolución sobre la democracia obrera en el X Congreso y defendido a los comunistas georgianos contra Stalin en el XIIº.

32 **V. M. Skriabin** llamado **Molotov** (1890-1986) era un fiel de Stalin.

camarada Bujarin, es decir contra la necesidad de un brusco golpe de timón en el sentido de la democracia en el partido.

Todas las frases citadas más arriba son literales pues, teniendo en cuenta la importancia excepcional de la cuestión, yo anoté en aquel momento las formulaciones más importantes. Nadie planteó ninguna objeción a la afirmación que es necesario ir más lejos, no agravando las amenazas, la represión, la presión o, como lo dice el camarada Bujarin, reforzando el espíritu policial, sino dando un brusco golpe de timón en el sentido de la democracia en el partido.

Sin embargo, en la carta de los miembros del Politburó ya no hay ninguna alusión a la cuestión así planteada. El régimen en el partido parece normal. La carta habla en detalle del trabajo de educación del partido, de la formación de movimientos de trabajadores, etc. Sin ninguna duda, el aparato del partido ha crecido demasiado, incluyendo su aparato de formación. Sin ninguna duda, los estudios se han desarrollado mucho, lo que sin dudas es una inmensa conquista. Pero este hecho no excluye ni desmiente de ninguna manera la disminución extraordinaria en la actividad política y crítica del partido, el debilitamiento de su vida interna en tanto que partido y el crecimiento paralelo de medidas de organización puramente mecánicas para garantizar la línea de las instituciones dirigentes del partido.

3.- La mención que he hecho de los procedimientos malsanos empleados en la época de la preparación del XII Congreso, con el objetivo de oponer a un aparte de los dirigentes al resto (sin fundamentos ideológicos suficientes o al menos claramente expresados), engendró en los autores de la respuesta una acusación igualmente formal y totalmente carente de fundamentos según la cual yo habría denigrado la legitimidad de la composición del XII Congreso. No he hecho ninguna alusión a ello en mi carta. Plantear la cuestión formal de la competencia o de la autoridad del XII Congreso está, como mínimo, fuera de lugar pero es justo y completamente adecuado para plantear la cuestión de la necesidad de garantizar en el partido un régimen que le permita formular cada día su opinión sobre las cuestiones más importantes y poder definir lo mejor posible su voluntad a través de sus congresos.

4.- La “*respuesta*” de los miembros del Politburó me imputa la exigencia de no sé qué democracia absoluta “desarrollada”, y me pregunta si no exijo la abolición de todas las resoluciones del partido que limitan la aplicación de los métodos de la democracia “desarrollada”. En efecto, mi carta dice que, de los discursos a favor de la democracia obrera, numerosos de ellos me parecieron, en su momento, exagerados y demagógicos, teniendo en cuenta la incompatibilidad de una democracia obrera total, desarrollada hasta el final, con un régimen de “dictadura”. Así, todas las discusiones de la “*respuesta*” al respecto parecen un completo malentendido. Yo no me habría decidido ni incluso a exigir un brusco golpe de timón en el sentido de “la democracia obrera”, como lo hizo el camarada Bujarin el 11 de octubre, en la reunión del Politburó sin que ello plantease la menor objeción. Es suficiente con que ese golpe de timón sea sincero y se haga con buena fe, incluso si no es brusco sino prudente en consonancia con toda la coyuntura. Pero solamente haría falta que ese golpe de timón se produjese: las limitaciones instituidas por el partido deben conservarse en tanto que la experiencia no ha demostrado que sean falsas. Pero, dentro de esos límites, el partido debe vivir una vida completa de organización dirigente y gobernante y no mantener silencio. A eso se reduce toda la cuestión.

5.- Es indiscutible que la *miasnikovchina*³³ no es un fenómeno que date de ayer (como dice la “*respuesta*”). Pero quien dio la alarma, una alarma completamente legítima, a propósito del crecimiento de la *miasnikovchina*, de la multiplicación de células ilegales

33 G.I. Miasnikov (1889-1946), un obrero originario de Perm y miembro del PC, había escrito textos reclamando la libertad total de prensa. Fue excluido en 1922 a causa de la resolución del X Congreso.

en el partido, de la participación de miembros del partido en huelgas, de la “pasividad” frente a esos fenómenos en numerosos miembros del partido que entraban en esas células ilegales, quien dio la alarma fue, precisamente, el Politburó.

Tal es el sentido de las conclusiones de la comisión del camarada Dzherzhinsky. Este es el fondo de la cuestión. El peligro de esta situación no era, parecía ser, un misterio para nadie. Justamente a partir de ahí el camarada Dzherzhinsky exigía la renovación del Comité de Moscú, demasiado burocrático. Por ello, justamente, el camarada Bujarin exigía un brusco golpe de timón en el sentido de la democracia en el partido y el camarada Molotov reconocía que se trataba de “*verdades primeras*”. Ahora parece ser que todo eso ya no existe. Todo el asunto se reduce a un Miasnikov excluido y... al camarada Ryazanov. Esta reevaluación de las conclusiones de ayer, desconcertante y sin fundamentos, presenta en sí misma un gran peligro y hace correr el peligro de perpetuar una exacerbación de las contradicciones acumuladas en el partido.

La tentativa de implicar a Lenin en mis divergencias

La carta de los miembros del Politburó trata de introducir el nombre de Lenin en las cuestiones en litigio, presentando el asunto como la continuación de la política de Lenin por una de las partes y, por la otra parte, la lucha contra esta política. Más de una vez se han hecho tentativas para presentar así las divergencias bajo una forma más prudente y velada en la época de la preparación del XII Congreso y, sobre todo, tras su celebración.

Precisamente porque esas tentativas tenían la forma de alusiones y se hacían con palabras encubierta, era imposible reaccionar contra ellas. Pero, precisamente porque se contaba con mi silencio se hacían las alusiones. La “*respuesta*” actual de los miembros del Politburó que trata de formular más concretamente las alusiones revela por ello mismo, como lo vemos ahora, su total inconsistencia, y al mismo tiempo da la posibilidad de refutarlas clara y precisamente. Voy a examinar las cuestiones en litigio punto por punto haciendo citas exactas y refiriéndome a documentos fácilmente verificables.

1.- Una de las cuestiones en litigio, central en el dominio de la economía, era y sigue siendo la cuestión del papel de la dirección del plan, es decir de la unión sistemática de los elementos fundamentales de la economía estatal en el proceso de su adaptación al mercado que se desarrolla. Yo pensaba, y pienso, que una de las principales razones de nuestras crisis económicas, de su particular agudeza y de su devastador efecto, es la ausencia de una regulación correcta y uniforme de la economía por arriba. Es completamente exacto que, en la cuestión de la organización de la dirección del plan, mantuve divergencias con el camarada Lenin. La autoridad del camarada Lenin no tenía para mí menos importancia que para cualquier otro miembro del CC. Pero yo consideraba, y considero, que el partido escoge a los miembros del CC para que defiendan en él lo que consideren justo en cada caso determinado. ¿Cómo fue resuelto el problema por el camarada Lenin? El 2 de junio de este año, el Politburó recibió de N. Krupskaya una nota especial del camarada Lenin sobre “*la atribución de funciones legislativas al Gosplan*”, dictada el 17 de diciembre de 1922. En ese documento, el camarada Lenin escribe:

“Esta idea fue sugerida hace mucho tiempo, parece, por el camarada Trotski. Yo me pronuncié contra ella en ese momento, porque opinaba que entonces se produciría una discordancia fundamental en el sistema de nuestras instituciones legislativas. Pero luego de un examen más atento compruebo que en esencia hay una idea sana, a saber: el GOSPLAN se mantiene un tanto apartado de nuestras instituciones legislativas, a pesar de que, como conjunto de personas versadas, con experiencia, de expertos, de representantes de la ciencia y de la técnica, está en realidad en mejores condiciones para juzgar con acierto las cosas. [...]

En este aspecto pienso que se puede y se debe acceder a los deseos del camarada Trotski, pero no en el sentido de que específicamente sea presidente del GOSPLAN cualquiera de nuestros líderes políticos o el presidente del Consejo Superior de Economía Nacional, etc.”³⁴

Y en conclusión el camarada Lenin se opone a que el Gosplan examine las misiones particulares pero es favorable a que el Gosplan pueda “*resolver sistemáticamente el conjunto de los problemas de su competencia, etc.*”. Como se ve, la cuestión está planteada aquí de forma bastante clara y exhaustiva.

La cuestión de la fusión de la función de presidente del Sovnarjoze³⁵ con la de presidente del Gosplan es una cuestión técnica subalterna. Ahora la resolución del CC ha ligado la función de vicepresidente del Consejo de Trabajo y Defensa (STO) con la de presidente del Sovnarjoze, lo que va mucho más lejos que mis propuestas en ese dominio. He escrito más de una vez, o dicho en el CC, que combinaciones de ese género parecen, por supuesto, factibles y que el fondo del problema no está ahí. Está en la necesidad de crear un Estado Mayor económico que tenga competencias y autoridad y al que no se le escape ninguna cuestión económica. Mientras Lenin dirigió el trabajo económico, era él mismo en gran parte su propio estado mayor y la cuestión del Gosplan no podía tener la decisiva importancia que ha revestido después, tras que él cayese enfermo. Cuando Lenin juzga la dirección de la economía tal como se ha formado después que él se haya alejado del trabajo, el camarada Lenin declara que en mi posición había una idea sana. El hecho que Lenin esté alejado del trabajo dirigente desde hace mucho tiempo no puede compensarse, hasta cierto punto, más que mediante la organización correcta de la dirección de la economía. Sin embargo, en ese dominio no hemos dado un paso adelante sino uno atrás. Los problemas económicos se resuelven ahora, más que nunca, de una manera desordenada y apresurada y no según un plan sistemático.

2.- Otra cuestión económica sobre la que existen desacuerdos (en los que tomó parte el camarada Lenin un poco antes del XII Congreso) tiene que ver con el monopolio del comercio exterior, es decir con la cuestión que el XII Congreso (sin que se produjese objeción proveniente de ninguna parte) consideró como una de las bases de la dictadura socialista en las condiciones de cerco capitalista. Intercambié con el camarada Lenin una correspondencia bastante abundante. No cito aquí más que una sola carta del camarada Lenin del 13 de diciembre de 1922. Aclara bien su forma de plantear la cuestión.

“Camarada Trotsky,

He recibido su opinión sobre la carta de Krestinsky³⁶ y los planes de Avanesov³⁷. Me parece que usted y yo estamos plenamente de acuerdo y pienso que la cuestión del Gosplan, tal como está planteada, excluye (o retrasa) cualquier debate para saber si el Gosplan debe tener derecho a tomar disposiciones administrativas. Como ya hemos visto, hace dos semanas como más tarde, el 27 de diciembre, el camarada Stalin reconoció que era necesario acordar también al Gosplan el derecho a tomar disposiciones administrativas en una escala más grande de lo que yo proponía.

En cualquier caso, le ruego insistentemente que defienda en el Plenario próximo nuestro punto de vista común sobre la necesidad absoluta de conservar y reforzar el monopolio del comercio exterior.

34 V. I. Lenin, “Atribuciones de funciones legislativas al GOSPLAN”, en *Obras Completas*, Tomo XXXVI, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 478 y 479. Las *Obras* dan la fecha del 27 de diciembre. NdT. 35 Consejo Económico.

36 N. N. Krestinsky (1883-1938) era embajador en Alemania y próximo a Trotsky.

37 V. A. Avanesov (1884-1930) era responsable del rabkrin de la RSFSR y dirigente de la Checa.

Como el Plenario precedente ha tomado al respecto una decisión que va completamente en contra del monopolio del comercio exterior y como es una cuestión sobre la que no hay que ceder, pienso, como dije en mi carta a Frumkin³⁸ y Stomoniakov³⁹, que si somos vencidos en esta cuestión tendremos que llevarla ante el congreso del partido. Para ello será necesaria una breve exposición de nuestras divergencias ante la fracción del partido del próximo congreso de los soviets. Si tengo tiempo redactaré una, y estaría muy contento si usted hace lo mismo. Las dudas sobre esta cuestión nos causan un inaudito perjuicio y los argumentos en contra se resumen enteramente a acusaciones concernientes a la imperfección del aparato. Pero nuestro aparato se distingue por sus imperfecciones en todos los dominios y renunciar al monopolio a causa de la imperfección del aparato significaría tirar al niño con el agua de la bañera.” 13 de diciembre de 1922⁴⁰

Así, en lo tocante a una de las cuestiones más importantes de nuestra política económica, el camarada Lenin exigía que, en el caso en que el Plenario no anulase su decisión manifiestamente errónea, yo interviniese abiertamente exponiendo las divergencias ante la fracción del congreso de los soviets. Ello muestra bastante claramente dos cosas; en primer lugar cuánta importancia le concedía el camarada Lenin al error del Plenario y, en segundo lugar, teniendo en cuenta que él comprendía bastante bien, se puede pensar con seguridad, la importancia de la disciplina formal, en este caso ponía el contenido por encima de la forma.

3.- El desacuerdo más importante del último año en el que tomó parte el camarada Lenin tenía que ver con la cuestión nacional. Aquí, de nuevo, todos los hechos y documentos están ahí. La importancia que le daba el camarada Lenin a la cuestión nacional y a los errores cometidos en esta cuestión es bastante evidente ante la lectura de su carta (del 30 de diciembre de 1922) que comienza con estas palabras: “*Creo que soy culpable, con respecto a los obreros de Rusia, por no haber intervenido con suficiente energía y decisión...*”⁴¹ Habiéndose enterado, sin que yo lo supiese, de qué punto de vista defendí yo en la cuestión nacional en el Plenario del CC, el camarada Lenin me envió la pequeña nota siguiente:

“Rigurosamente secreto

Personal

Querido camarada Trotsky:

Mucho le rogaré que asuma la defensa de la cuestión georgiana en el CC del partido. La cosa se halla ahora bajo la “inquisición” de Stalin y de Dzerzhinsky, y no puedo fiarme de su imparcialidad. Todo lo contrario. Si usted aceptara asumir la defensa, podré estar tranquilo. Si por cualquier motivo no aceptara, devuélvame todo el legajo. Consideraré esto como un rechazo.

Con los mejores saludos comunistas.

Lenin

Dictado por teléfono el 5 de marzo de 1923”⁴²

Cuando le propuse al camarada Lenin, a través de su secretaria (el camarada Lenin estaba ya gravemente enfermo y las entrevistas personales le estaban prohibidas) mostrar

38 **M. I. Frumkin** (1878-1939) era vicepresidente del pueblo en Comercio.

39 **B. S. Stomoniakov** (1882-1931) se ocupaba del comercio exterior.

40 Ni en las *Obras completas* ni tampoco en la recopilación *Contra la burocracia* de Ediciones Pasado y Presente, Córdoba, 1971, figura esta nota. NdT.

41 V. I. Lenin, “El problema de las nacionalidades o de la “autonomización”, en *Obras completas*, Tomo XXXVI, Akal Editor, Madrid, página 484

42 V. I. Lenin, *Contra la burocracia*, Ediciones Pasado y Presente, Córdoba, 1971, página 106.

su carta y artículo del 30 de diciembre, que él me había enviado en secreto, a los miembros del Politburó a fin de obtener una media vuelta en la cuestión nacional de una forma menos dolorosa, el camarada Lenin me lo prohibió formalmente con los mismos argumentos que los que yo ya había utilizado una vez en la sesión del Presidium del XII Congreso. “*En ningún caso [me comunicó Vladimir Ilich a través de su secretaria]. Él [se trataba del camarada Kámenev que partía hacia Georgia] se lo contará todo a Stalin y Stalin aceptará un compromiso podrido y nos engañará*”.

Me es imposible no señalar aquí que la carta del camarada Lenin en la que hablaba al “consejo de antiguos”⁴³ del XII Congreso como de alguna cosa que era evidente y que debía ser publicada (puede ser que solamente eliminando, como lo proponían otros, los pasajes personales muy violentos) se mantiene sin publicar a día de hoy.

4.- Una de las cuestiones centrales del XII Congreso fue la cuestión planteada por el camarada Lenin de la reorganización de la Inspección Obrera y Campesina (rabkrin) y de la CCC. Es remarcable que esta cuestión haya sido presentada más de una vez y aún es más remarcable que lo haya sido como motivo de desacuerdo entre mí y el camarada Lenin cuando esta cuestión, como la cuestión nacional, le da a las cosas una claridad radicalmente opuesta a la de algunos en el Politburó.

Es perfectamente exacto que mi juicio era muy negativo sobre la vieja rabkrin. Sin embargo, el camarada Lenin, en su artículo “Mejor poco, pero mejor” lanzó sobre la rabkrin un juicio tan mortífero que yo no hubiese podido formular otro semejante: “*El Comisariato del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza en la actualidad de la menor autoridad. Todos saben que no hay instituciones peor organizadas que las de nuestra Inspección Obrera y Campesina, y que en las condiciones actuales nada podemos esperar de este comisariato del pueblo*”⁴⁴ Si se hace memoria sobre quién ha dirigido durante mucho tiempo la rabkrin⁴⁵ no es difícil comprender contra quién está dirigido este juicio, igual que el artículo sobre la cuestión nacional.

Sin embargo, ¿qué actitud mantenía el Politburó frente al proyecto de reorganización de la rabkrin propuesta por Lenin? Bujarin no se decidía a imprimir este artículo del camarada Lenin que éste insistía, por su parte, en que apareciese inmediatamente. Krupskaya⁴⁶ me habló de este artículo por teléfono y me rogó que interviniese para que fuese impreso lo más rápidamente posible⁴⁷.

En el Politburó que yo había hecho convocar sin tardanza, todos los presentes, los camaradas Stalin, Molotov, Kuibyshev, Rykov, Kalinin, Bujarin, no solamente es que se pronunciaron contra el plan del camarada Lenin sino también incluso contra la impresión de su artículo. Los miembros del Secretariado emitieron objeciones particularmente violentas y categóricas. Ocurriendo que Lenin insistía en que se le mostrase el artículo impreso, el camarada Kuibyshev, futuro comisario del pueblo en la rabkrin, propuso en dicha sesión del Politburó que se imprimiese un solo ejemplar de un número especial de la *Pravda* con el artículo del camarada Lenin para tranquilizarlo ocultando al mismo tiempo este artículo al partido.

43 Este “seniorenm konvent” se había formado en vísperas del XII Congreso de acuerdo con una decisión del Pleno de abril.

44 V. I. Lenin, “Mejor poco pero mejor”, en *Obras Completas*, Tomo XXXVI, Akal Editor, Madrid, página 526.

45 Se apuntaba hacia Stalin.

46 N. K. Krúpskaya (1869-1939) era la mujer de Lenin.

47 Según los documentos de los archivos publicados en *Izvestia TsK KPSS*, 1989, nº 11, páginas 179-192, toda una parte de la frase (en cursiva aquí más abajo) había sido suprimida del artículo de Lenin en la *Pravda*: “*para que ninguna autoridad, ni del secretario general ni de cualquier otro miembro del CC, pueda impedirles hacer tal interpretación*”.

Probé que la reforma radical propuesta por Lenin era progresista en sí misma con la condición, por supuesto, de hacerse bien, pero que, incluso si se oponían, sería ridículo y absurdo proteger al partido contra las propuestas del camarada Lenin. Se me respondió con argumentos todos ellos formalistas: “*Nosotros, el Comité Central, tenemos la responsabilidad, nosotros decidimos*”. Únicamente el camarada Kámenev, que acaba de llegar con casi media hora de retraso a la reunión del Politburó, me apoyó. El principal argumento a favor de la impresión de la carta era que, no importa cómo, no se podría ocultar al partido esta carta del camarada Lenin. En consecuencia, esta carta había devenido, en las manos de quienes no querían publicarla, una bandera particular que trataban de revolver contra mí. Se puso a la cabeza de la CCC al camarada Kuibyshev, exmiembro del Secretariado. En lugar de la lucha contra el plan, preconizada por Lenin, se adoptó la vía de la “*neutralización*” de ese plan. Al hacer esto, la CCC da prueba de la imparcialidad e independencia de una institución del partido que debe defender y consolidar la base de derecho del partido y de la unidad contra todos sus excesos administrativos. No examinaré aquí esta cuestión pues estimo que ya está suficientemente clara.

5.- Tales son los últimos episodios más instructivos de mi “*lucha*” contra la política del camarada Lenin. No es sorprendente que la “*respuesta*” de los miembros del Politburó, pasando por encima de los hechos demasiado claros y demasiado indiscutibles del último año, juzgue necesario citar la propuesta del camarada Lenin, que se remonta al año 1921 (!), de enviarme a Ucrania como delegado del comisariado del pueblo de avituallamiento.

El hecho está enunciado de forma inexacta y comentada de forma tendenciosa. El camarada Lenin temía, en el otoño de 1921, que los ucranianos no diesen pruebas de suficiente energía en la recolecta del impuesto sobre los víveres (y en esa época esta cuestión era muy importante) y proponía enviarme (no en nombre del comisariado en cuestión sino del CC) para que yo ejerciese la presión necesaria. Viajes de esta clase he hecho más de uno en cuatro años: no solamente a los frentes sino también al Donbas, a los Urales (en dos ocasiones) y a Petrogrado. Esos viajes no tenían nada que ver con los desacuerdos en el seno del Politburó sino que estaban motivados por asuntos urgentes. Como en la visita anterior a Ucrania había sacado la impresión que los camaradas ucranianos hacían lo necesario, juzgue entonces mi viaje inútil. El desacuerdo tenía un carácter puramente práctico. La propuesta del camarada Lenin fue aceptada.

Entonces, para evitar relaciones enturbiadas, propuse que se me nombrase temporalmente (se trataba de cuatro o seis semanas) comisario de avituallamiento de Ucrania. Esto se aceptó (sin que se me liberase de mis otras obligaciones). Pero al día siguiente el mismo camarada Lenin, que había recibido de Jarkov informaciones más tranquilizadoras, vino a verme al comisariado militar y me propuso anular la decisión del día anterior, medida que acogí con ganas pues daba esta decisión por inútil.

Tal fue este episodio de décimo orden que no tiene ninguna relación con las cuestiones que agitan actualmente al partido. Que se cite este pequeño episodio olvidado prueba muy bien que no existen hechos mejores ni más convincentes para alimentar y sostener la leyenda de mí pretendida línea antileninista. Ni la hubo ni la puede haber. Pues esta malintencionada leyenda, aunque cuidadosamente mantenida, sigue siendo una leyenda.

La “subestimación” del papel del campesinado

Una de las “acusaciones” fantásticas que se han formulado más de una vez con palabras encubiertas o a mis espaldas, y que ahora se hace abiertamente, es la de la subestimación que habría hecho yo del papel del campesinado en nuestra revolución. Entre los autores de la carta, no existe la más mínima sombra de un esfuerzo para probar

esta afirmación, y no pueden existir pruebas de este género. Estaría fuera de lugar analizar aquí los desacuerdos concernientes a las fuerzas internas de la revolución en el período de 1905 a 1914. Desde aquellos tiempos hemos aprendido demasiado todos como para extraer juicios propiamente formales sobre el período actual a partir de los desacuerdos de entonces. Yo he vuelto a editar, hace mucho tiempo, mis trabajos fundamentales en ese dominio (*Resultados y perspectivas, Nuestras divergencias*)⁴⁸. Lo que era erróneo en mi punto de vista de entonces lo he reconocido y mostrado desde hace mucho tiempo en palabras y actos. Pero en cualquier caso, mis antiguas concepciones no solamente no me han impedido sino que incluso me han ayudado a aceptar las *Tesis de Abril* (1917) del camarada Lenin, de las que se desviaron tanta gente que se pretendía “*leninista*” y, lo que es aún más importante, no me impidieron atravesar junto al camarada Lenin el período anterior a Octubre y la Revolución de Octubre. Si es difícil analizar las fuerzas y evaluar las clases, lo es mucho más durante un período de grandes cambios. He aquí por qué no creo necesario volver al período anterior a Octubre.

¿Cómo se ha expresado mi “*subestimación*” del campesinado después de Octubre? Durante los tres primeros años de la revolución estuve casi exclusivamente ocupado en formar regimientos de campesinos con la ayuda de los obreros de vanguardia. Este trabajo ya era más que suficiente para hacer comprender a cualquiera el papel del campesino y las relaciones entre las clases fundamentales de nuestra revolución. Mi experiencia militar me permite estar muy atento a todo lo que incumbe al campesinado. Como prueba (si tan necesaria es) citaré algunos hechos más o menos importantes pero todos ellos convincentes de cara a la cuestión determinada

a) Tras la muerte de I. M. Sverdlov⁴⁹, cuando Lenin propuso nombrar como presidente del VTsIK (el Comité Central Ejecutivo Panruso) al camarada Kámenev⁵⁰, tomé posición a favor que se nombrase para dicho puesto a una persona que estuviera ligada al campesinado. Cuando el camarada Lenin y, tras él, el Politburó adoptaron este punto de vista, planteé la candidatura del camarada Kalinin⁵¹.

b) En marzo de 1919, en una nota dirigida al CC, defendí la necesidad de una aplicación más profunda de nuestra política orientada al campesino medio, me alcé contra la negligencia del partido en esta cuestión. En un informe que me había inspirado directamente una discusión en la organización, de Sergileyev, escribí: “*La situación política provisional (puede, por otra parte, que de larga duración) se corresponde con una realidad socioeconómica mucho más profunda. Pues si la revolución proletaria triunfa en Occidente nos hará falta apoyarnos en una amplia medida en el campesinado medio e integrarlo en la economía socialista para construir el socialismo.*”

c) Influenciado por el estado de ánimo del ejército y por la experiencia de mi viaje de inspección económica en los Urales, escribí al CC en febrero de 1920: “*la política actual de requisas igual de los productos alimenticios, de la responsabilidad colectiva, para la entrega de esos productos y del reparto igual de los productos de la industria, provoca la decadencia progresiva de la agricultura, la dispersión del proletariado industrial y amenaza con desorganizar completamente la vida económica del país.*”

Como medida práctica fundamental, proponía reemplazar la requisas de los excedentes por un impuesto proporcional a la cantidad de la producción, una especie de impuesto progresivo sobre el ingreso y establecido de tal forma que no obstante fuese ventajoso aumentar las superficies sembradas o cultivarlas mejor.

48 *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución y Nuestras divergencias*, en estas mismas OELT-EIS.

49 I. M. Sverdlov (1885-1919) fue el primer secretario del partido. Murió de tuberculosis.

50 L. B. Kámenev (1883-1936) estaba en la troika con Zinóviev y Stalin.

51 M. I. Kalinin, (1875-1945) tenía el aspecto del campesino que había sido en primera juventud.

Se puede, por supuesto, considerar que esta propuesta era prematura en 1920, pero no se puede interpretar como una falta de atención cara al papel e importancia del campesinado.

d) Lo esencial de los debates que se desarrollaban en el CC en vísperas del congreso sobre la cuestión de la “*alianza*” (*smychka*)⁵² radicaba, lo que demostré de pleno acuerdo con el sentido del discurso fundamental del camarada Lenin en XI Congreso, en que la alianza de un principio ha devenido ahora una cuestión de relación de los precios (las tijeras) y que la clave de esta alianza no radica en fórmulas de propaganda ni en diversiones políticas, sino en la bajada del precio de venta de la producción del estado gracias a su buena organización. Incluso si esta idea fuese falsa, no contendría ninguna “*subestimación*” del papel del campesinado. Pero se ha demostrado completamente justa. Ahora tropezamos con el problema de los precios.

e) En el XII Congreso, el camarada Kámenev afirmó que era yo quien había tenido la iniciativa de plantear la cuestión de la compra de trigo a su justo precio y de su exportación (el hecho puede probarse fácilmente con documentos).

Así, rechazo las afirmaciones gratuitas, manifiestamente inventadas, concernientes a mi pretendida línea incorrecta en la cuestión del campesinado como una leyenda artificialmente creada para justificar la creación de compartimentos en el interior del partido.

El partido y el estado

Otra elucubración, completamente carente de fundamento, es la afirmación según la cual yo trataría de debilitar la dependencia del aparato del estado frente al partido. En efecto, todos mis esfuerzos se han dirigido, y se dirigen todavía, a garantizar una dirección colectiva efectiva del partido en todas las cuestiones fundamentales, y no una simple intervención de tiempo en tiempo y caso a caso. Para no afirmarlo sin pruebas de apoyo cito aquí un extracto (uno entre tantos otros) de mi carta a los miembros del CC del 22 de marzo del año en curso:

“1.- Nuestro aparato de estado es socialmente variado, revolucionariamente inestable y totalmente sometido a influencias que nos son hostiles. Ello constituye un gran peligro bajo las condiciones de la Nep.

2.- El aparato de estado ha tomado su forma actual durante estos cinco últimos años a pesar del hecho que todo el período precedente estaba lleno de esfuerzos de las organizaciones del partido, grupos, células, para dirigir directamente durante los mismos cinco últimos años el trabajo del estado. La razón de ello radica en los métodos y procedimientos principalmente artesanales y episódicos con los que el partido ha ejercido su influencia sobre el aparato de Estado. Es necesario un giro radical en esta relación. Debe comenzar con el trabajo del CC y de su Politburó.

3.- El Politburó debe estudiar a fondo, con los departamentos, las cuestiones fundamentales de su trabajo en lo que tocante al plan, es decir al programa de su actividad durante una larga duración, y constituir, en relación con ello, un núcleo fundamental de trabajadores.

4.- El Politburó debe someter a examen periódicamente los informes departamentales en vistas a obtener una ejecución efectiva del plan.

5.- El Politburó debe obtener, mediante una presión y un control permanentes, la instauración en todos los departamentos de métodos sistemáticos de

⁵² La palabra “*smychka*” a veces se traduce por “soldadura”. Se trata, por supuesto, del acuerdo obreros-campesinos.

reagrupamiento y educación de los trabajadores. El Politburó debe renunciar a examinar los innumerables conflictos en los departamentos, o entre ellos, o los recursos financieros, y dejar ese trabajo a los organismos soviéticos.

6.- El Politburó y el Orgburó (Secretariado de Organización) deben renunciar al sistema actualmente en vigor que reemplaza la dirección y reparto de las funciones en el seno del partido por la gesticulación de un secretario.”

No puedo añadir nada ahora a este extracto de mi carta, rechazando de forma bastante convincente la absurda leyenda de la que he hablado.

Tras el XII Congreso, el Politburó quería, por lo que parecía, tratar de adentrarse en la vía que yo había propuesto y dio una orden particular sobre los métodos de trabajo del Politburó. Este decreto, sin embargo, jamás ha sido aplicado. El caótico orden en las decisiones concernientes a los asuntos se identifica, como antes, con la dictadura del partido. El deseo de introducir, en los métodos y formas de la dictadura del partido, un plan y un sistema no tiene otro efecto que resquebrajar las bases de la misma dictadura.

De la dirección del Plan

Ya hemos visto más arriba cómo el camarada Lenin se enfrentó a la cuestión de la dirección de la economía por el plan, en su nota sobre el Gosplan. Los autores de la carta repiten más de una vez que los rápidos éxitos son impensables en el dominio de la economía, que es inútil apresurarse, ponerse nerviosos, etc. Todas esas consideraciones, sin embargo, están desprovistas de contenido ante el hecho que hemos entrado en una crisis aguda, una de cuyas causas es la descoordinación de los elementos esenciales de nuestra economía, ante todo de las finanzas, por una parte, y, por la otra, de la industria y el comercio. Si es cierto que son imposibles rápidos éxitos en el dominio de la economía entonces también es absolutamente cierto que rápidos fracasos, crisis, bloqueos, catástrofes parciales, son completamente posibles en ausencia de prudencia y dirección planificada.

Ya he citado en mi carta la reciente declaración de los camaradas Ríkov y Piatakov que decía: *“Determinadas decisiones del Politburó llaman nuestra atención sobre el hecho que, en la situación creada, nos es extremadamente difícil dirigir la industria de estado”*. El hecho que Ríkov haya firmado la *“respuesta”* de los miembros del Politburó no debilita, sino que refuerza, por el contrario, el valor de su firma debajo de las palabras que acabo de citar. Miembro del CC, el camarada Piatakov, que bajo misión del Politburó trabajó primero en el Gosplan y después a la cabeza del VSNKh, firmó la carta que llama la atención sobre la ausencia de dirección planificada de la economía, como una de las causas más importantes de nuestras crisis y dificultades.

Los representantes de los sindicatos más importantes firmaron, el 1 de octubre, una nota cuya principal conclusión proclama: *“Debe existir una coordinación del trabajo de los diversos organismos de estado que crean las condiciones principales del trabajo de la industria que tienen una enorme influencia, a menudo preponderante, en el precio de sus productos y que, al mismo tiempo, tienen cada una de ellas, por su parte, su política autónoma y su “autofinanciación” sin tener en cuenta la cifra de negocios del país”*.

Uno de los dirigentes más importantes de la industria, el camarada Bogdanov⁵³, escribe en una nota del 14 de octubre: *“Los fenómenos que tienen lugar actualmente, cuando el programa de reducción del crédito instituido por la Banca del Estado era completamente desconocido por la industria, son inadmisibles y no llevan más que al pánico y a la desorganización del mercado.”*

⁵³ P. A. Bogdanov (1882-1938), presidente del sovnaarjose de la RSFSR era el gran organizador de la industria rusa.

Se podrían multiplicar hasta el infinito el número de estos testimonios perfectamente indiscutibles. Todo ello siete meses después del XII Congreso. El principal mal es la ausencia de cualquier dirección planificada, ausencia que conduce ineluctablemente a la improvisación y a decisiones arbitrarias. Sin embargo, frente a este hecho totalmente indiscutible, la “*respuesta*” de los miembros del Politburó declara que los discursos sobre “*la regulación flexible del plan*” no tienen contenido real, sólo son “*frases*” y no merecen más que la “*burla*” (!!).

Debo constatar aquí que los autores de la carta han expulsado de su memoria las resoluciones del XII Congreso. En ellas se dice textualmente: “*El principio del plan, en cuanto a su extensión, se distingue poco bajo la Nep del principio del plan bajo el comunismo de guerra. Pero se distingue de éste radicalmente por los métodos de dirección centralizada, reemplazados por la libertad de maniobra de la economía*”. Asimismo, al mostrar la necesidad de una regulación flexible del plan, yo no hago otra cosa más que repetir el texto de la resolución del congreso del partido. Las resoluciones del congreso del partido no deben ser “*burlas*” sino ejecutadas.

“Es necesario [prosigue la misma resolución del congreso] darle al Gosplan una posición mejor definida, una organización estable, derechos más claros y completamente indiscutibles, pero sobre todo deberes. Se debe decretar como principio inquebrantable que ninguna cuestión económica de interés nacional puede ser tratada en los organismos superiores de la República al margen del Gosplan. ¿Se ha hecho? En lo más mínimo.

Y, por fin: hay que luchar, por medio del Gosplan [dice el congreso] contra la creación de toda suerte de comisiones temporales y ocasionales que analizan, dirigen, verifican, preparan y causan el más gran perjuicio a nuestro trabajo de estado. Es preciso garantizar un trabajo correcto a través de organismos permanentes y normales. Sólo así se pueden mejorar esos organismos y desarrollar en ellos la necesaria flexibilidad (concordándolos en todas las cosas con la tarea que les es confiada sobre la base de la experiencia permanente)”.

Esta última cita de la resolución del XII Congreso es particularmente clara y convincente a la luz de los últimos hechos y, sobre todo, de la creación de una serie de comisiones especiales sobre los salarios, precios, etc. “*La lucha por la bajada de los precios ya ha comenzado*”, dice la carta de los miembros del Politburó, como si se tratase de un problema independiente tomado aisladamente. El preciso es la derivada de todo nuestro trabajo económico, incluyendo la regulación flexible del plan. El mismo hecho de formar una comisión particular para la bajada de los precios denota el mal funcionamiento de los organismos existentes normalmente y aparece, según el juicio del XII Congreso, “*como el mal más grande de nuestro trabajo de estado*”.

Sea como sea, es necesario ejecutar la resolución del XII Congreso en lo que concierne al Gosplan. Hay que transformarlo en el Estado Mayor dirigente de la economía. Hay que garantizar los derechos del Gosplan de acuerdo con las propuestas del camarada Lenin que ya he citado más arriba.

Cuestiones de política exterior

1.- La “*respuesta*” da una imagen completamente inexacta del desarrollo de las conversaciones diplomáticas durante el ultimátum de Curzon. Aquí, del autor de la carta ha contado, evidentemente, con su memoria y ninguno de los firmantes ha buscado información en los documentos. Me sería preciso anegar mi carta con demasiadas informaciones y citas para corregir las afirmaciones manifiestamente falsas reunidas en algunas líneas en la “*respuesta*”. Estoy dispuesto a hacerlo sin importarme dónde ni cuándo en caso de necesidad. Me limitará ahora a recordar que, de las cuatro notas que

tienen un lazo con el ultimátum, la primera fue escrita por mí y el camarada Litvínov⁵⁴, la tercera por el camarada Chicherin⁵⁵ y la cuarta por mí.

2.- La política con Polonia no exige, a decir verdad, ningún comentario actualmente. El cambio de política, en el que yo había insistido hace un mes, se ha producido en grandes líneas. Las relaciones con Polonia están planteadas no como cuestiones formales de tercer o décimo orden sino como conversaciones concretas sobre el tránsito y la no injerencia militar. Es esta la única forma correcta, realista y práctica, de plantear la cuestión, aunque sea incluso para llegar a resultados determinados, puede que substanciales y prácticos y colocarnos al mismo tiempo en una posición clara frente a las masas populares de nuestro país. Durante determinado período la cuestión está, así, agotada.

No veo por qué el Politburó coge de pasada la defensa del camarada Chicherin contra mis pretendidos ataques “*inapropiados*”. He criticado determinadas propuestas tuyas, como he criticado la política de la mayoría del Politburó en la medida en que las he visto incorrectas. No hay ningún ataque “*inapropiado*”.

Sobre la revolución alemana

La imagen que se da de las disensiones sobre la revolución alemana es falsa e incompleta. Considero que esas discusiones han sido literalmente suprimidas por las resoluciones tomadas, después de una encarnizada y muy seria lucha, y por las decisiones prácticas que se adoptaron después. La lucha se desarrolló sobre tres puntos: 1) la importancia y la fijación de los plazos; 2) los soviets de diputados y los comités de fábrica (Fabzavkon); y 3) las relaciones entre el CC del PC alemán y la dirección berlinesa. Hemos adoptado una resolución en la que mostramos (tras una seria lucha interna) que el mayor peligro para la revolución alemana era la falta de determinación de los círculos dirigentes del partido alemán a favor de un levantamiento armado que implicaba plan y plazos. Para comprender que una posición clara y neta es aquí necesaria nos es suficiente con nuestra propia experiencia antes de Octubre. He expuesto la naturaleza de las disensiones que se han producido en mi artículo sobre “*los plazos*” aparecido en Pravda⁵⁶.

Cuando fue adoptada la resolución, luché firmemente contra la falsa sabiduría marxista según la cual es imposible fijar plazos a “*la revolución*” (de hecho a la toma del poder), etc. Si no planteamos claramente ahora esta cuestión corremos el riesgo que los acontecimientos alemanes se desarrollen según el modelo búlgaro.

De acuerdo con todos los datos y en particular con los informes del camarada Miliutin⁵⁷, delegado de la Comintern, perdimos en la revolución en Bulgaria justamente porque no supimos plantear el levantamiento en el momento oportuno, como una obra de arte. Ahora entramos en un período de inmensos cambios militares y revolucionarios y la cuestión del levantamiento, con todos sus aspectos concretos, deviene una de las cuestiones primordiales de la política comunista⁵⁸.

En lo que concierne a la segunda cuestión, se ha tratado de imponer al partido alemán la creación de soviets de diputados junto a los comités de fábrica que ya existían de hecho.

54 **M. M. Wallach** llamado **Litvínov** (1876-1951) era entonces el vice comisario del pueblo para los asuntos extranjeros.

55 **G. V. Chicherin** (1872-1936) era comisario del pueblo para asuntos extranjeros.

56 Ver en Edicions Internacionals Sedov: *¿Es posible fijar un horario preciso para la revolución y la contrarrevolución?* <http://grupgerminal.org/?q=node/794> NdT.

57 **V. P. Miliutin** (1884-1938) era un especialista en cuestiones campesinas.

58 Del mismo autor se puede ver al respecto en estas Edicions Internacional Sedov *Los problemas de la guerra civil*: <http://grupgerminal.org/?q=system/files/problemasdelaguerracivilTrotsky1924.pdf> NdT.

Tras una viva lucha, se ha abandonado ese plan que podía costarle muy caro al partido alemán.

Es monstruoso afirmar que yo hablé con menosprecio del CC alemán. Muy al contrario: en mi trabajo (y no es la primera vez) he insistido en la necesidad de apoyar firmemente al CC alemán contra los dirigentes superficiales de la Izquierda berlinesa⁵⁹. Pero no le he disimulado a toda la delegación alemana el peligro que representaba su atentismo frente al levantamiento. La situación exigía una acción de las más determinadas. En esto son inadmisibles el menor error, la menor negligencia. Desde el último Plenario se ha avanzado en la dirección indicada.

Los elementos personales en la carta de los miembros del Politburó

En la “*respuesta*” hay toda una serie de elementos personales, de acusaciones, que me hubiera gustado mucho no tener que examinar aquí si hubiese sido posible. Pero renunciar a hacerlo equivaldría a aceptar tácitamente el hecho que los autores de la carta quieren, se podría decir, hacer imposible el trabajo colectivo sobre la base de los principios. Ni quiero ni puedo aceptarlo. Me parece necesario, pues, mostrar que los autores de la carta se han equivocado cuando tratan de probar con argumentos personales la imposibilidad de un trabajo correcto y honesto que se efectuaría enteramente sobre la base de la corrección de los aspectos claramente erróneos y nocivos del régimen actual del partido y de la economía. El sentido de los pasajes correspondientes de la “*respuesta*” lleva a que mis consideraciones sobre el papel de la dirección del plan, sobre la burocratización del aparato del estado, etc., no parecen ser otra cosa más que, ni más ni menos, pretensiones personales:

“Declaramos [dicen los autores de la carta] que, igual que antes, el Politburó no puede asumir la responsabilidad de satisfacer las pretensiones del camarada Trotsky para ejercer la dictadura en el dominio de la dirección de los asuntos económicos, además de los poderes que ya tiene como presidente del Consejo Militar Revolucionario. Nuestro deber es decir que no podemos cargar con la responsabilidad de una experiencia arriesgada en ese dominio”.

Esta presentación del asunto aparece como absolutamente inverosímil a la luz de los hechos anteriores. Voy a citar los más evidentes y los menos discutibles. El 6 de enero de este año, en una carta especial dirigida a todos los miembros del CC, el camarada Stalin proponía, entre otras, las siguientes medidas:

“3.- Colocar a la cabeza del VNSKh al camarada Piatakov y nombrar a uno de los puestos de vicepresidente al camarada Bogdanov (para mi está claro que el camarada Bogdanov no ha podido ni podrá reunir bajo sus órdenes a los trust de los que se ha perdido el control).

4.- Nombrar al camarada Trotsky vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (propuesta del camarada Lenin) tras haberle confiado el VSNKh.

5.- Pienso que esos cambios podrían aligerar nuestra tarea en la liquidación del “caos”.”

Es completamente evidente que el camarada Stalin no hizo sus propuestas escritas a espaldas de los otros miembros del Politburó.

El 17 de enero, el camarada Stalin escribe en otra carta-circular:

“No me opondré a que el camarada Trotsky sea nombrado simultáneamente vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y presidente del Gosplan”.

Mis objeciones verbales y escritas a estas propuestas de orden puramente práctico tenían motivos en parte organizativos y en parte personales. No es necesario repetirlo

⁵⁹ La Izquierda Alemana estaba representada en Moscú por Ruth Fischer y Maslow.

aquí, tanto más teniendo en cuenta que esa correspondencia es completamente accesible para su consulta. Probé, especialmente, que asociar el trabajo del VSNKh y el trabajo militar es un problema demasiado difícil. El camarada Stalin ha probado la posibilidad.

En todos los casos, vemos que el asunto no se resume del todo a que, por una parte, hay “*pretensiones personales*” para ocupar el puesto de presidente del VSNKh y, por otra parte, hay rechazo del Politburó a cargar con la responsabilidad de una “*experiencia arriesgada*”. En efecto, el camarada Stalin, con el acuerdo cierto del resto de miembros del Politburó, ha propuesto insistentemente esta experiencia, considerando que podría ayudar a “*liquidar el caos*”.

He declinado esta responsabilidad suplementaria temiendo, además del resto, la dispersión y los costes negativos de tal acumulación. En XII Congreso del partido, el camarada Stalin juzgó necesario constatar públicamente que yo no estaba dispuesto a hacer un trabajo mucho más importante. ¿Cómo conciliar con todos esos hechos y afirmaciones lo que ahora añade la “*respuesta*”, a saber mi pretendida aspiración a devenir presidente el VSNKh? Además, esta aspiración es tan fuerte que me lleva a avanzar tal o tal otra propuesta de principios o de organización. ¿No es monstruoso?

Tras el XII Congreso, el camarada Ríkov, al renunciar al puesto de presidente del VSNKh, ya escribía al Politburó:

“En una de sus propuestas enviadas a los miembros del CC, el camarada Stalin proponía la dirección del VSNKh al camarada Trotsky. No veo ninguna razón para rechazarlo, visto que el camarada Trotsky se ha volcado en numerosas ocasiones en estos últimos años en el estudio de la industria y de la economía, y que conoce tan bien las principales cuestiones de la práctica actual de la economía como, también, del aparato de dirección de la industria.

El excepcional éxito logrado en el Congreso por el informe del camarada Trotsky le da todas las garantías que el partido en su conjunto aprobará esta nominación.

Es preciso ligar el trabajo del camarada Trotsky en el VSNKh con su participación en el trabajo general del gobierno, en ayuda a la construcción del STO que proponía en su carta el camarada Stalin”.

¿De qué forma, a pesar de todo, pregunto, se pueden cambiar a posteriori los acontecimientos ya ocurridos? ¿Cómo conciliar las propuestas de Stalin con su firma al pie de la última “*respuesta*”? ¿Cómo relacionar la declaración del camarada Ríkov que ya he citado con su resistencia actual a mi pretendida pretensión de apoderarme del VSNKh? ¿De dónde proviene todo esto? ¿Con qué objetivo? Renuncio a entenderlo.

¿No es monstruoso afirmar que algunas decenas de viejos militantes irreprochables sólo formulan sus puntos de vista y sus exigencias en una carta al CC para asegurarme el puesto de presidente del VSNKh? ¿Y cuándo? En el momento en que la acumulación del trabajo militar y del trabajo económico parece menos realizable, tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista militar.

Todavía debo mencionar un episodio que muestra cómo se hace la historia y cómo se escribe. En la sesión del Politburó que había elaborado el orden del día del XII Congreso, el camarada Stalin, con el apoyo del camarada Kámenev, del camarada Kalinin y, si no me equivoco, del camarada Tomsy (el camarada Zinóviev estaba ausente) me había propuesto que hiciese el informe político del CC. La discusión se desarrollaba en el Politburó calmadamente y en con un ánimo práctico. Yo respondía que no importa ni qué informe ni hecho por quién sólo podría que acrecer el abatimiento del partido suscitado por la enfermedad de Valdirmir Ilich. Por este motivo, sería mejor limitarse al balance político que el camarada Stalin podría unir al balance de organización. Las cuestiones

principales serían examinadas en los puntos correspondientes del orden del día. Además, añadí, todavía manteníamos desacuerdos esenciales sobre las cuestiones económicas.

El camarada Kalinin, alzándose contra mi última consideración, dijo: “*Sus propuestas han pasado a ser mayoritarias en el Politburó y no tiene usted ningún motivo para no querer hacer el informe político*”. Sin embargo, continué insistiendo en mi propuesta. La cuestión no se zanjó en la sesión; después, como es sabido, se le dio otro giro al asunto.

Pero ¿no es evidente que el hecho que acabo de citar y que, por supuesto, ninguno de los participantes en la sesión en cuestión del Politburó ha podido olvidar, se encuentra ahora en llamativa contradicción con el cuadro general que da ahora, a posteriori, la “*respuesta*” de los miembros del Politburó a fin de explicar y justificar el sistema de compartimentos artificiales en el partido?

Es completamente inconcebible acusarme de no haber prestado, estos últimos años, una atención suficiente al ejército. No sé cómo interpretar esta acusación: ¿significa que mi jornada de trabajo es demasiado corta o bien que está llena de asuntos secundarios? Durante la ejecución de numerosas misiones del CC he tenido que llamar la atención, más de una vez, sobre el hecho que esas misiones de desviaban del trabajo militar. La preparación del informe y de las tesis sobre la industria me ocupó, por ejemplo, dos meses de trabajo intensivo. La participación en los trabajos del Comintern toma demasiado tiempo. El solo trabajo que ejecuto sin que me haya sido confiado por el Politburó es mi participación en el Moskoust60, pero dudo que me robe más de dos o tres horas al mes. En la “*respuesta*” se hace alusión, ciertamente, al estudio de las cuestiones de literatura, arte, de la vida cotidiana, etc., como el motivo de la atención insuficiente que le dedico al ejército. Pero este tipo de alusión es indirecta porque los autores saben que me ocupé de esas cuestiones cuando me curaba, cuando todo trabajo intelectual intensivo me estaba prohibido.

No veo ninguna razón para justificarme ante el partido por haber empleado mis vacaciones de verano no solamente en curarme sino también en escribir libros sobre la literatura o la vida cotidiana61. No puedo expresar mi sorpresa porque a partir de ese hecho se trate de construir una acusación. Al respecto, el camarada Lenin, con quien hablé de los artículos que había bosquejado sobre “*la cultura proletaria*”, insistía además hace un año y medio en que acelerase ese trabajo, sólo este verano he logrado acabarlo62.

Sin embargo sí que es cierto que no ha habido ningún trabajo creador en el dominio del ejército, vista su situación material extremadamente difícil, la completa inestabilidad de su presupuesto, las reducciones y los cambios permanentes en los estados mayores, los nombramientos o destituciones frecuentes, absolutamente inoportunos desde mi punto de vista para los intereses del asunto.

Todo ello creaba condiciones de trabajo extremadamente penosas, además de la puesta en marcha desde arriba en el ejército de esta “*política*” especial cuyos ejemplos son ahora conocidos por la mayoría de los trabajadores responsables del partido y del ejército. La “*respuesta*” de los miembros del Politburó parece estar desarrollada ulteriormente a esta misma política cuyo sentido está perfectamente claro.

La desconfianza frente al partido

Una acusación que sería demasiado seria si no fuera tan ligera es la de la desconfianza ante el partido y la incapacidad para comprenderlo. Se cita como prueba la expresión que empleé no sé dónde ni cuándo sobre el “*oblomvoschina del Gubkon*” (sin explicar en qué

60 Se trata de la Unión Combinada de Moscú, organismo de control de la actividad económica de la capital.

61 León Trotsky, *Problemas de la vida cotidiana*, en estas mismas OELT-EIS.

62 Hemos integrado en el texto esta frase que en el original está a pie de página. Se trata de *Literatura y Revolución*, en estas mismas OELT-EIS.

contexto ni en qué sentido fueron pronunciadas esas palabras). Finalmente, de la declaración que hice y que decía que, teniendo en cuenta la gravedad de la coyuntura, me sentía obligado a poner el fondo del asunto por encima de su forma y llamar la atención de los militantes más responsables sobre la situación que se ha creado, la “*respuesta*” dice: “*Consideramos que se trata aquí de una declaración sin precedentes en nuestros medios bolcheviques*”.

Mi declaración ni tenía ni tiene como objetivo otro más que presionar al CC y acelerar ese cambio de curso que la situación hace ineluctable. Sin embargo, hemos visto casos en los que, en vísperas de combates decisivos o en el curso de esos combates (ello ocurría en 1917), se han abandonado los puestos más importantes dirigiéndose al partido contra el CC (frente a elementos extraños al partido o a enemigos). Considero que la confianza en el partido y la desconfianza hacia él, y frente a sus fuerzas creadoras, se demuestra más seguramente que nada durante las grandes pruebas como las que hemos atravesado.

No existe casi en todo el país un *gubkom*⁶³ con el cual yo no haya tenido que trabajar codo con codo en las dificultades más difíciles de la guerra civil y entre las faltas que he cometido no están la desconfianza criminal frente a las fuerzas creadoras del partido y de la clase obrera. Esta acusación la rechazo como pura mentira con un carácter premeditadamente injurioso.

Tales son mis explicaciones sobre los puntos más importantes de la carta de los miembros del Politburó. Una salida menos dolorosa y más rápida (lo repetido de nuevo) no se puede encontrar a no ser que exista en el grupo que dirige el CC una seria e inquebrantable voluntad de hacer saltar por los aires los compartimentos artificiales levantados en el interior del partido, de ser más atentos a las apremiantes exigencias de cambiar el curso del partido y de ayudarlo de esta forma a volver a encontrar su espíritu de iniciativa; su actividad y su armonía. Es esta vía, el CC encontrará el sostén más activo de la mayoría aplastante de los miembros del partido (y esas cuestiones que en este momento parecen ser o parecían ser factores personales, desaparecerán por sí mismas).

L. Trotsky, 23 de octubre de 1923

Discurso en el Plenario Unificado del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 26 de octubre de 1923

Camaradas,

Se ha citado aquí el hecho que yo señalé que existían desacuerdos en toda una serie de cuestiones. Pero determinados camaradas han tratado de presentar la cosa como si el partido estuviese desgarrado por desacuerdos de fondo. Lo que se ha citado es la respuesta del camarada Kuibyshev. Kuibyshev me ha acusado de tratar la cuestión con rasgos demasiado bastos y ha atribuido todo el asunto a mi temperamento.

Pero Vareikis⁶⁵ ha abordado una cuestión mucho más vasta: la de la política extranjera. Los últimos telegramas provenientes de Polonia indican que el discurso de Trotsky en el congreso de los metalúrgicos ha dado la impresión a los gobiernos burgueses de que estamos a favor de una política de paz.

63 El *gubkom* es un comité de “gobierno” (subdivisión territorial).

64 Este texto se encontró en los archivos del Comité Central. Se trata de la reconstrucción de la intervención de Trotsky hecha por el secretario de Stalin, Boris Bajanov, sobre la base de las notas que había tomado. Este discurso ha sido ignorado durante mucho tiempo. Los historiadores pensaban que Trotsky había estado ausente en este Comité Central y algunos de ellos han sacado conclusiones apresuradas.

65 **I. M. Vareikis** (1894-1939) era uno de los *aparatchik* enviado a Ucrania recientemente.

Ahora bien, me toca intervenir como Comisario del Pueblo para los Asuntos Militares, que todos los gobiernos burgueses escuchen atentamente. Debo responder a la cuestión de saber si habrá o no guerra. (Mi respuesta puede tener consecuencias enormes. Afirmo que la línea que tomé era absolutamente correcta).

Hay dos maneras de ver mi carta. Unos dicen: “*La intervención de Trotsky es un trueno en un cielo sereno*” y la explican por su descontento a raíz de la composición del Consejo Militar Revolucionario de la República. Otros dicen: “*Trotsky repite lo que viene diciendo desde hace dos años; así era ya bajo Lenin*”.

Camaradas, se ha dicho aquí que han habido reuniones “*restringidas*”. Camaradas, es preciso tener la misma línea. Por supuesto que las dos interpretaciones de mi intervención son falsas y hay en ello un eco de los desacuerdos pasados. Pero existe también nuevos desacuerdos y la nueva situación los agrava. Es falso decir que no los he planteado en el Politburó. Los he planteado y *he aquí* los resultados. Rykov trató de convocar una reunión restringida. Ello no dio ningún resultado. Como en el seno del Politburó hay otro Politburó, y en el seno del Comité Central hay otro Comité Central, he descartado la discusión efectiva de esta cuestión.

No he tenido la posibilidad de dar informaciones a los otros miembros del CC. Por ello no me queda más que esta vía. Zinóviev dice que me he ofuscado y que he rechazado la tentativa de llegar a un acuerdo que él había incentivado por medio del camarada Serebriakov⁶⁶, pero es pura chiquillada. No he podido ver a Serebriakov desde hace dos años, cuando vino a mi casa le respondí: “*¿Qué es el grupo de los cinco⁶⁷? Tenemos un CC, un Politburó. Si Zinóviev quiere instaurar relaciones normales es preciso suprimir la troika y el grupo de los cinco*”.

¿Por qué no me dirigí a la Comisión Central de Control? Camaradas, ha habido demasiada cuestión de “*burocratismo*”, no quiero repetir la palabra. Los miembros de la CCC conocen una serie de acciones del grupo que lucha contra los pretendidos “*trotskyistas*”. Los miembros de la CCC saben que se llama “*trotskyistas*” a aquellos que no luchan activamente contra Trotsky. ¿Cómo pueden ser “*trotskyistas*”? Jamás he divulgado fuera del CC desacuerdos internos, jamás he buscado reunir camaradas, formar un grupo, una fracción. Sabéis, sin embargo, que en estos últimos tiempos se ha desplazado o destituido a pretendidos “*trotskyistas*”. ¿En qué sentido podían ser “*trotskyistas*”? Se llama “*trotskyista*” a quien ha considerado que no se necesita este “*séquito*” del que habla Petrovsky, o del que hablaba Frunze⁶⁸. Los miembros de la CCC tenían conocimiento de estos cambios, de esta actitud hacia los “*trotskyistas*” y el CC no ha reaccionado. ¿Cómo puedo, yo que sé todo eso, confiar la decisión a la CCC? No confiaba ni confío en la mayoría de la CCC. Por eso no me dirigí a ella.

El promotor de esta política del secretariado (que considera que cualquiera que no de pruebas de una desconfianza activa contra Trotsky es un “*trotskyista*”) era el camarada Kyuibyshev. El camarada Yaroslavsky⁶⁹ era también partidario de esta política. Ahora Kuibyshev y Yaroslavsky están en la CCC y dirigen su trabajo. Veamos en el presente a dónde lleva ello. Tomemos los hechos. El Presidium de la CCC ha examinado la cuestión de la culpabilidad de un miembro del partido acusándolo de una falta grave hacia el partido. Los principios elementales de la ética del partido, y de una aproximación sin

66 **L. P. Serebriakov** (1891-1937) metalúrgico, era vicecomisario del Pueblo para las Comunicaciones y uno de los firmantes de la “Carta de los 46”.

67 En el texto la *piatiorka*.

68 **G. I. Petrovsky** (1879-1958) era el presidente del Ejecutivo de los Soviets de Ucrania y **M. V. Frunze** (1885-1925) vicepresidente de su gobierno. No entendemos la alusión de Trotsky al “séquito”. Se trata probablemente de la depuración en Ucrania ligada a la partida de Rakovsky.

69 **R. M. Emelian** llamado **Yaroslavsky** (1878-1943), viejo bolchevique, miembro de la CCC, ejerció después de fiscal contra los *oppositzionneri*.

prejuicios al asunto, exigen que se escuchen las declaraciones de ese miembro del partido. Sin embargo se delibera, se toma una decisión y no se le ha invitado a explicarse. ¿No caracteriza eso a la CCC? Se produce una reunión del Presidium de la CCC con miembros de la CCC a raíz de esta misma cuestión. De nuevo se discute la cuestión, de nuevo se vota una resolución. ¿Se me ha invitado? ¿Se me ha dado la posibilidad de expresarme y de elucidar los hechos? No se ha hecho nada de eso.

Recordad, camaradas, la idea que es el fundamento de la CCC. La CC debe ser una instancia independiente, debe corregir los excesos, las faltas del trabajo de los responsables del partido.

Afirmo que habéis transformado a la CCC en instrumento del secretariado del CC en la lucha en el interior del partido. Deformáis el pensamiento de Vladimir Ilich. No me he dirigido a la CCC. Me acusáis. Este es el burocratismo contra el que me levanto.

Respecto al bonapartismo (del que me acusan en su carta los miembros del Politburó), (Kámenev: “*La palabra no se ha usado en la carta*”) no puedo escupir en la carta de los miembros del Politburó como lo recomienda el camarada Kámenev. En esta carta se dice que (y cito) yo quiero “*añadir a los plenos poderes en el dominio militar los plenos poderes en el dominio del VSNKh70*”.

Camaradas, dejadme en primer lugar explicaros qué son esos “*plenos poderes*”. Cada uno de vosotros sabe naturalmente que las nominaciones pasan en el ejército por el Orgburó y el Politburó, no por los jefes de las regiones militares en persona. Considerad la elección de los colaboradores responsables en el ejército. Mirad que entre nosotros están los dirigentes de los distritos militares: el camarada Lashévich en Siberia, el camarada Vorochilov en el Sureste, el camarada Frunze en Ucrania, etc. Solo en Moscú se encuentra a la cabeza del distrito un bastante mal “*trotskyista*”, Murálov71. Sólo se habla de los plenos poderes del departamento militar para abusar de los provinciales.

Se dice que yo dije en el XII Congreso que el ejército se acercaba al partido y que ahora digo lo contrario. Es inexacto. Este proceso está en marcha. He hablado de las condiciones de mi trabajo. Todo militante que trabaja conmigo o que, simplemente, puede trabajar conmigo, es sospechoso por ello mismo de ser trotskyista (aunque con Skliansky72, mi más próximo colaborador, con quien me reúno dos horas diarias, jamás he discutido cuestiones del partido. Camaradas, el hecho que se me quite la gente con la que puedo trabajar y que se me rodee de gente activamente dispuesta contra mí, significa, como mínimo, un total aislamiento. ¡He aquí lo que son los “*poderes ilimitados*” en el dominio del departamento militar!

Mi conversación con Vladimir Ilich a raíz de los zemstvo, etc. Camaradas, en mi trabajo hay un factor personal que no juega ningún papel en mi vida cotidiana, por decirlo así, pero que tiene una gran importancia política. Es mi origen judío. Recuerdo muy bien cómo Vladimir Ilich, tumbado al sol, me dijo el 25 de octubre en Smolny: “*Haremos de usted el Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores. Usted aplastará a la burguesía y a la nobleza*”. Yo pensaba que sería mucho mejor que no hubiera ningún judío en el primer gobierno soviético revolucionario. Vladimir Ilich me dijo “*Tonterías. Todo eso no son más que nimiedades*”. Mis argumentos fueron, sin embargo, influyentes. Escapé a una nominación de Comisario del Pueblo de Interior y fui designado como responsable de nuestra política extranjera, aunque, señalémoslo de pasada, mi oposición era categórica. Cuando devino necesario organizar nuestras fuerzas militares, la elección recayó sobre mí. Y yo tenía razón. No hablo de los resultados directos de mi trabajo. Más

70 Consejo Nacional Economía.

71 El viejo bolchevique N. I. Murálov era un amigo personal de Trotsky.

72 **E. M. Skliansky** (1892-1925), muy próximo a Trotsky desde la guerra civil, era vicepresidente del CMR de la RSFSR.

arriba habéis hecho de ello una apreciación positiva. Pero yo tenía razón. Recordad con que fuerza, durante la ofensiva de Yudenich, Wrangel y Denikin⁷³, nuestros enemigos utilizaron el hecho que un judío se encontrase a la cabeza del Ejército Rojo. Ello no ejerció ningún papel en mi vida personal (pero como factor político es muy importante, nunca lo he olvidado). Vladimir Ilich consideraba que era una manía por mi parte y lo llama a eso un tic.

En el momento en que Vladimir Ilich me propuso devenir zam (único suplente del Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo), lo rechacé Con las mismas razones y Vladimir Ilich casi lo aprobó.

¿Por qué no entré en el Consejo de Economía Nacional (VNSKh) o en el Consejo de Trabajo y Defensa (STO)? Temía más que nada que se tuviera la impresión que Trotsky quería crear una fracción. Y Vladimir Ilich tuvo una vez este temor. Tras el X Congreso, se puso en guardia. Fui a verle adrede y le dije que no había nada de eso. Estuvimos un rato largo conversando y me parece que le convencí que yo no estaba ocupado en crear grupos y fracciones y que incluso ni pensaba en ello. Camaradas, no lo engañé. No saqué nada al exterior que pudiese ser entendido como una divergencia de opinión o una crítica al comité central.

Cuando se agravaron las divergencias sobre las cuestiones económicas, (me vi obligado a ponerlas en conocimiento del CC. En primer lugar estaba la cuestión del Gosplan). Considero que hace falta una institución que estudie a fondo todas las cuestiones desde el punto de vista de la coordinación económica antes que sean propuestas para decisión en los órganos superiores. No puedo votar en el Politburó si la gente experta que conoce verdaderamente alguna cosa no ha estudiado esas cuestiones previamente. Si se me hubiese liberado de todo trabajo y se me hubiese puesto en el Gosplan, no habría estado en contra. Afirmino que nuestras crisis se agravan en un 50, e incluso en un 75 %, a causa de nuestro acercamiento no metódico. El Gosplan es nuestro órgano más importante. Camaradas, habéis escuchado decir que nuestro Gosplan “*marcha bastante mal*” como dice el camarada Kámenev. Con un Gosplan que “*marcha mal*”, no se puede comenzar gran cosa. Pero si el Gosplan, que marcha bastante mal, no se reorganiza, se continuará zanjando las cuestiones más importantes de nuestra economía caso por caso y empíricamente. Camaradas, no es exagerado decir que ahora esa es la cuestión más importante. Deseo volver sobre la cuestión: ¿Qué haré yo en el VSNKh o en STO si el Gosplan no se reorganiza? Tendré que asumir antes la elaboración, a fondo, de todas las cuestiones, lo que es, naturalmente, físicamente completamente imposible. O bien hay que enviar esas cuestiones al Politburó, al VSNKh o al STO.

Mi jornada de trabajo está suficientemente llena. Rechazo con indignación todas las insinuaciones concernientes a mi trabajo de investigación sobre la vida cotidiana. Para ese trabajo, que por otra parte no es verdaderamente inútil, no he utilizado ni un solo minuto de mi tiempo de trabajo, lo he hecho en Kislovodsk durante el tiempo de vacaciones que se me dio para una cura. Por tanto, camaradas, sólo veo una salida para salir de esta situación: reorganizar la institución.

Llego a la situación en el interior del partido. Los ucranianos han puesto todos los puntos sobre las íes. Mantsev⁷⁴ las ha colocado en otra parte. Su declaración se corresponde con la lógica de la situación. Lo que ha dicho Frunze no se corresponde con esta lógica, lo que ha dicho Petrovsky se corresponde en parte con ella, cuando habla del “*séquito*”. Camaradas, sabéis muy bien que nunca he sido un “*demócrata*” pero de ello

73 Los generales **N. N. Yudenich** (1862-1933) y **A. I. Denikin** (1872-1947) eran con Wrangel y también Kolchak los principales jefes blancos.

74 **V. N. Mantsev** (1888-1939), antiguo jefe de la Checa en Ucrania acababa de ser transferido a la Inspección Obrera y Campesina en Moscú.

no se deduce que ignore o que haya ignorado la opinión de mis camaradas de trabajo. Aunque tengo un posición negativa respecto a la “*doctrina militar única*”, he polemizado amigablemente⁷⁵ con Frunze sobre esta cuestión y como resultado hemos hecho un folleto. Se me cita otro ejemplo. Aunque la deliberación de los comandantes de distrito se pronunció a favor de la revocación de Arjanov⁷⁶, no la habría aplicado y dudaría en hacerlo. Es una persona que no suscita ninguna simpatía y con un pasado completamente miserable. Me resulta tan próximo como Sologub o Arens⁷⁷. Pero toda la cuestión es que hay que reemplazarlo. Es un hombre extraordinariamente enérgico. Desde el momento en que se decidió reemplazarlo estuve de acuerdo. Se nombró a Dimitriev como adjunto. Trabajó tres meses. No hubo solución. Kolegayev⁷⁸ está enfermo. Se ha escogido a Ochkin, se le ha nombrado adjunto. Si se habitúa, se le nombrará. Es monstruoso hacer de la cuestión de su reemplazamiento una cuestión de fondo.

Vayamos al incidente concerniente a la escritura de las observaciones de Vorochilov que ha tomado la palabra aquí sobre Rumania. Tengo muy buena memoria pero he olvidado completamente a Vorochilov y las notas escritas en un pequeño trozo de papel. Incluso si era cierto, esto no es sin embargo más que una bagatela y en su momento le concedí tan poca importancia que lo he olvidado completamente. Camaradas, no reivindico ningún diploma de democratismo. Pero la situación que he encontrado a mi vuelta, tras unas vacaciones de dos meses, me ha llevado a estudiar la cuestión. La situación me obliga a hablar de mí y los hechos lo prueban, Pues, camaradas, mis notas sobre sesión del Politburó del 11 de octubre que os he leído son un hecho. Es preciso salirse. De dos cosas, una. O bien un giro hacia la democracia en el partido, no voy a decir cómo el camarada Bujarin “soltar vapor”, no, simplemente un giro; o bien decir que va bien. Se afirma que he inventado todo esto para crear una fracción. ¿Cuándo? ¿En qué momento? ¿Por qué? ¿Puede ser dentro del ejército? ¡Id hasta el final! ¡Llamad a eso bonapartismo!

Lo repito. Me he encontrado ante tal situación tras mis vacaciones, que, cuando he reflexionado en ello y he sometido mis impresiones al examen y control de decenas de camaradas experimentado (y sabéis que para mí, a causa de la posición oficial, cualquier otro camino para sondear la opinión del partido es extraordinariamente difícil). He dicho: “*Menos régimen policial y más plan*”. Por ello me queréis condenar.

Hablaré claramente. En el Politburó tenemos camaradas que quieren llevar este asunto hasta el final en el sentido de una profundización continua de los desacuerdos para llevarla hasta las masas del partido y hacer imposible cualquier colaboración posterior.

Creo que la mayoría del CC y del partido no lo quiere. Pero la única resolución que se prepara aquí y que se os ha recomendado adoptar, y que lo será seguramente, será (me temo) un apoyo a quienes quieren acabar con la colaboración.

Camaradas, antes de votar esta resolución, tratad de reflexionar sobre mi situación y de comprender la complejidad de mis condiciones. No me he podido levantar contra quienes han lanzado la ficción según la cual yo combato las tradiciones de Vladimir Ilich. He estado situado en una aposición trágica. En la época en que esa red me cubría no podía explicar nada, no podía revelar a nadie la verdad, no podía aceptar el combate. Era necesario rasgar esa red.

⁷⁵ La palabra prueba que las relaciones de Trotsky con Frunze eran buenas; Frunze, por otra parte, estaba ligado a Rakovsky.

⁷⁶ **M. M. Arjanov** (1873-1941), especialista en transportes era responsable del avituallamiento del Ejército Rojo.

⁷⁷ **N. V. Sollogub** ¿1883=1937?, había sido Jefe de Estado Mayor en Ucrania y acaba de ser mudado a Moscú en un puesto de segundo orden. **Jean Arens** (nacido en 1889), antiguo militantes del Bund, era de la OGPU.

⁷⁸ **A. L. Kolegayev** (1887-1937) era un ex -sr de izquierda.

Quien, en un momento como este de una importancia histórica, puede que mundial, piense que tengo motivos personales, que tengo la ridícula aspiración de asumir yo solo toda la responsabilidad del poder, ése me consideraría como un triple bribón y como un triple loco. Reflexionad en ello, camaradas, antes de tomar vuestra decisión. Si os adentráis en esa vía (y se diría que queréis hacerlo) cometeréis un enorme error.

Nota a la subcomisión del Politburó. 5 de diciembre de 1923⁷⁹

5 de diciembre de 1923. Un momento excepcionalmente importante y crítico en el desarrollo del partido nos impone a todos la obligación de aplicar todas nuestras fuerzas para que el cambio profundo, necesario y urgente de orientación del partido se produzca con las mínimas sacudidas de organización y además sin convulsiones fraccionales, en el marco de los estatutos del partido y conservando no solamente la unidad del partido sino su unanimidad. Ese resultado sólo puede alcanzarse a condición que el Comité Central, con una unanimidad máxima en sus propias filas, encabece el movimiento que tiene lugar ahora en el partido y que va hacia un cambio de orientación en dirección a la democracia obrera.

Sobre estas consideraciones esenciales nos basamos nosotros, los tres miembros de la subcomisión a la que se le ha confiado el trabajo de formular definitivamente el documento que proclame en nombre del Comité Central la necesidad de nuevos pasos serios en el dominio económico y el cambio en la orientación de la política en el seno del partido. En el marco de esas consideraciones generales, en el seno de la subcomisión de los tres se han observado diversas tendencias que se han expresado en el hecho que el camarada Trotsky considera, por su parte, necesaria una formulación mucho más decidida y categórica de los nuevos pasos indicados, con el objetivo de disipar en el partido las dudas, sean cuales sean, concernientes a la aspiración del CC a realizar efectivamente el objetivo que se ha anunciado. Con una particular insistencia, el camarada Trotsky ha expresado el temor que, de ahora en adelante, se vean catalogadas como fraccionales declaraciones colectivas de trabajadores perfectamente disciplinados, dirigidas al Comité Central del partido, como ha ocurrido en el Plenario del CC y de la CCC en octubre con la declaración de los 4680, la cual, según el camarada Trotsky, era en su base perfectamente justa y representaba la voz sana de los trabajadores responsables que previnieron al CC sobre la necesidad de revisar a tiempo la orientación, lo que no se había hecho.

El camarada Trotsky ha expresado, además, el temor a que los conservadurismos del aparato del partido y el hábito a los métodos burocráticos de dirección del partido, se conviertan en obstáculos muy serios en la vía de la realización del nuevo curso y puedan, por ello, provocar sacudidas en la organización y agrupamientos fraccionales. El camarada Trotsky insistía en formulaciones más decisivas, más categóricas y precisas de las diferentes partes del actual documento precisamente para ejercer una presión oportuna sobre el personal del aparato del partido.

79 Esta nota, mecanografiada, se encuentra en los archivos del PCUS con la forma de un texto mecanografiado con correcciones manuscritas de Trotsky. Probablemente fue redactada, en cualquier caso firmada y aprobada, por él en tanto que miembro de la “subcomisión de los tres” que había redactado la resolución sobre el “nuevo curso”: Trotsky, Kámenev y Stalin

80 Se trata de la “declaración de los 46”, todos ellos próximos a Trotsky, remitida al Comité Central el 16 de octubre de 1923, y que trataba sobre la situación del partido. Se la había condenado como iniciativa fraccional en el Comité Central del 25 de octubre de 1923. [Ver en estos anexos NdT]

Por otra parte, los camaradas Kámenev y Stalin, cuando nos separamos, han expresado su firme certeza que los miedos del camarada Trotsky no tenían fundamento pues el Buró Político y, tras él, el Comité Central juzgan indispensable realizar con mano firme, apoyándose en el partido en su conjunto, las medidas propuestas, y salvaguardar electamente en la vida del partido los principios de una democracia del partido de abajo arriba.

Guiados por la determinación de sacar al partido de las dificultades actuales para llevarlo hacia la unanimidad total y la combatividad, los tres miembros de la subcomisión han decidido votar a favor del documento en su actual forma a fin de facilitar lo más posible al partido la resolución del problema extremadamente importante que se le plantea ahora.

Este mismo día, 5 de diciembre, la comisión ha presentado a examen de la reunión común del Buró Político del CC y del Presidium de la CCC la resolución sobre “la construcción del partido”.

Carta al Comité Central del Partido Comunista Ruso (Bolchevique). 9 de diciembre de 1923⁸¹

He indicado a la comisión del Buró Político que ha elaborado la resolución sobre la construcción del partido que sólo podré votarla con serias reservas que someteré al CC sin publicarlas a fin de no crear dificultades suplementarias por mi intervención ya tardía.

He hecho una declaración análoga en la sesión común del Buró Político y del Presidium de la Comisión Central de Control en la que el texto de la resolución que hemos elaborado se ha ratificado. El actual documento contiene también mi declaración escrita sobre la votación que tuvo lugar.

1.- La contradicción esencial de la resolución que hemos adoptado reside en que está presentada como procedente del Plenario de octubre. En realidad, *el Plenario de octubre fue la expresión más acaba de la orientación burocrática del aparato*⁸² que hoy en día ha sufrido un cambio radical. El Pleno de octubre condenó lo que ahora, dos meses más tarde, el Politburó ha juzgado indispensable adoptar.

2. A causa de su fuerte inercia, el aparato del partido continúa todavía siguiendo una línea de la que las decisiones del Pleno de octubre son su más estruendosa expresión. Una nutrida e influyente camarilla en el aparato (agrupamiento en esencia fraccional) no solamente rechaza este giro a favor de una nueva orientación sino que, además, considera sin duda alguna la resolución del CC como una maniobra que no cambia en nada en el fondo la orientación del partido. Precisamente por ello, insisto a favor de una condena infinitamente más clara, tajante y precisa, de los elementos burocráticos y formalistas del aparato del partido.

3. La posición puramente formal de los miembros del Politburó sobre la cuestión de los agrupamientos y formaciones fraccionales me inspira una particular inquietud. Por supuesto que no tenemos divergencias sobre la cuestión del carácter extremadamente peligroso y nocivo de la formación de fracciones en el partido. Pero existe divergencia en cuanto a los métodos y medios por medio de los cuales proteger al partido de la división fraccional. Las fracciones y los agrupamientos que se han descubierto estos últimos tiempos en el partido se han desarrollado no a causa de abuso en el régimen de la democracia obrera sino, por el contrario, bajo la influencia de un régimen puramente burocrático. Para eliminar la tendencia al fraccionalismo es preciso golpear al

⁸¹ En el original Stalin escribió de puño y letra: “A expedir urgentemente”. El documento fue enviado a los miembros del CC.

⁸² Resaltado por Stalin en el documento original.

burocratismo. A la espera de ello, el partido está completamente bajo la impresión de la condena por “*fraccionalismo*” de miembros de partido irreprochables que pusieron en guardia al Comité Central contra la orientación falsa del partido. Si se hubiese transferido tales métodos al “*nuevo curso*”, se le habría erradico de golpe.

4. Igualmente inspiran temores el comportamiento de determinados miembros del Politburó ante la crisis económica que sufrimos, su significado, causas y perspectivas. En intervenciones importantes escuchamos declaraciones según las cuales esta crisis ha demostrado no ser más que “*una tempestad en un vaso de agua*” y el movimiento de septiembre un simple episodio. Si el partido hubiese sido impregnado por tal punto de vista no habría podido encontrar en él mismo la suficiente tensión para alcanzar la solución a los problemas y dificultades económicas.

Así, la resolución adoptada me parece demasiado inacabada e insuficiente a causa del carácter tardío de su aparición. Al mismo tiempo, se presenta como un paso principista importante, indiscutiblemente serio, desde una orientación burocrática dominante a un régimen de partido más sano.

Bajo tales condiciones, no tengo en el momento de votar otra elección más que la abstención y el voto a favor, con el argumento que acabo de dar. Estando dado que, en la subcomisión, los camaradas Kámenev y Stalin han hablado con insistencia de la decisión firme del Politburó para garantizar la realización efectiva del nuevo curso, he decidido votar a favor de la resolución, con la intención de facilitarle por mi parte lo más posible al Comité Central un giro serio y profundo (sin sacudidas de organización ni convulsiones políticas⁸³). Considero mi deber, sin embargo, significar con fuerza que cualquier tentativa de utilizar una resolución, adoptada por unanimidad con el objetivo de salvaguardar la unanimidad del partido, para medidas mecánicas del aparato⁸⁴ nos conducirá a resultados totalmente opuestos a aquellos a los que aspiramos.

Precisamente porque en la base de las dificultades que sufre el partido están las dificultades de orden económico, serias y de larga duración, es indispensable una política clara y precisa del Comité Central en una dirección cuya primera etapa está fijada por la resolución adoptada por unanimidad por el Buró Político.

Carta al Politburó del Comité Central y al Presidium de la Comisión de Control Central. 13 de diciembre de 1923

Queridos camaradas,

El editorial de hoy en la *Pravda*⁸⁵, al igual que las intervenciones de determinados miembros del Buró Político del CC y del Presidium de la CCC, en particular la intervención de Stalin en el CC de las Komsomol⁸⁶, tienen tal carácter que se podría decir que esos camaradas especulan con una eventual ruptura de nuestra unanimidad durante la votación de la resolución sobre la construcción del partido, o incluso que aspiran a esta ruptura.

Como pretexto a las intervenciones de este tipo a veces se muestra mi carta reproducida en la *Pravda*⁸⁷. Desde un punto de vista formal, el problema es que si el Buró Político o el CC consideraban que esta carta entraba en contradicción con la resolución adoptada

⁸³ Resaltado por Stalin en el documento original.

⁸⁴ Resaltado por Trotsky.

⁸⁵ La *Pravda* acababa de publicar un editorial de Bujarin titulado “Nuestro partido y el oportunismo”.

⁸⁶ Stalin había intervenido, efectivamente, el 11 de diciembre en la reunión de este organismo con una “información” sobre la discusión en el seno del partido.

⁸⁷ Se trata de la carta a la asamblea del radio de Krasnaya Presnia, fechada el 8 de diciembre de 1923 y publicada en la *Pravda* del día 11.

por unanimidad estaban obligados a exigirme explicaciones y retrasar la impresión de la carta. Igualmente, cuando tuve conocimiento de la intervención del camarada Stalin en el destrito de Krasnaya Presnia me dirigí al Buró Político para pedirle aclaraciones. Pienso que esta es la única vía justa. No voy a entrar en una apreciación de la interpretación que la *Pravda* se esfuerza en dar de mi carta en su editorial de hoy, pues ese artículo está claramente dictado no por el deseo de mostrar inexactitudes reales o imaginarias o perspectivas de ruptura en mi carta, sino por el de presentar a mi artículo como un pretexto para romper la decisión tomada por unanimidad y en el terreno de la cual me mantengo.

Ruego al Buró Político me responda:

¿Ha examinado la cuestión planteada por mi artículo y le ha dado las correspondientes directrices a la *Pravda*? Si es así, entonces: ¿cuándo?

¿Por qué sin mi participación? En ningún caso puedo suponer que *Pravda* o miembros aislados del Buró Político hayan podido actuar en esta cuestión extremadamente importante bajo su sola responsabilidad.

Las mismas preguntas las dirijo también al Presidium de la CCC. Yo las planteo, por supuesto, no solamente por razones formales, que tiene su peso, sino también porque juzgo indispensable, como lo juzgué en el momento en que la comisión trabajaba, hacer por mi parte todo aquello que pueda contribuir a hacer salir al partido de las actuales dificultades sin sacudidas de organización ni convulsiones fraccionales.

Con mis saludos comunistas

Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
 - *09.a. Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*
 - *09.b. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano
(enlace desde imagen)

Alejandría Proletaria

